

100
AÑOS



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO



1 9 2 8 - 2 0 2 8

Concurso y talleres literarios
TRAVESÍA 2024
para adultos mayores de la V región



VICERRECTORÍA
DE VINCULACIÓN
CON EL MEDIO



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO

ILCL
INSTITUTO DE
LITERATURA Y
CIENCIAS DEL
LENGUAJE



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
VALPARAÍSO



TRAVESÍA

Libro recopilatorio digital de la V versión del proyecto





Índice

Introducción	4
Prólogo	5
Ganadores escritores y escritoras publicados	5
Ganadores escritores y escritoras inéditos	10
Cuento póstumo	14
Cuentos de escritores y escritoras publicados	15
Cuentos de escritores y escritoras inéditos	36



Introducción

Este libro digital es el resultado de la implementación durante el 2024 de la V versión del proyecto Travesía, concurso y talleres literarios para adultos mayores de la región de Valparaíso.

La iniciativa surgió el año 2020 en el Instituto de Literatura y Ciencias del Lenguaje (ILCL) y se mantiene hasta la fecha con el respaldo y financiamiento de la Vicerrectoría de Vinculación con el Medio de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (PUCV). El proyecto es liderado por el director del programa de Doctorado en Literatura PUCV, Dr. Hugo Herrera Pardo, en colaboración con la académica e investigadora Dra. Andrea Santana Covarrubias.

Durante el segundo semestre de 2024, más de 100 adultos mayores de comunas costeras, del valle y la cordillera de la región de Valparaíso participaron en talleres literarios y de escritura creativa, de manera presencial y virtual. Estos espacios colectivos y de creación fueron guiados por cinco talleristas estudiantes universitarios y ex alumnos del ILCL: Fernanda Carrasco, Damaris Villafaña, Ignacio Segura, Fernanda Tapia y Marta Palmieri.

Previo al desarrollo de los talleres, los estudiantes universitarios y ex alumnos participaron en un proceso formativo junto al periodista y escritor Cristóbal Gaete, actual Premio Municipal de Literatura de Valparaíso (2024), en la categoría Trayectoria.

En el concurso literario Travesía se recibieron 77 cuentos de adultos mayores de la región Valparaíso, que fueron clasificados en la categoría de escritores publicados e inéditos. En ambas categorías se entregaron premios para los primeros lugares.

El jurado que determinó las obras ganadoras estuvo compuesto por el director del proyecto, Dr. Hugo Herrera Pardo, la presidenta de la Sociedad Chilena de Estudios Literarios (SOCHEL) y académica ILCL Dra. Hurtado Pedrero, y la Alumna y profesora de Pedagogía en Castellano y Comunicación Fernanda Tapia.

Gracias a todas y todos por formar parte de Travesía 2024.



Prólogo

Escribir es un acto solitario, pero que cobra sentido cuando se comparte.

Es una pulsión que de una u otra manera encuentra caminos por los que fluir y salir al mundo, y una vez libre, esas palabras cobran su propia vida y se resisten a volver al encierro de la mente creadora, son a la vez cuerpo libre y apéndice de quien lo escribió.

Hoy celebramos los cuentos e historias escritas por ustedes y compartidas con nosotros, en esta quinta versión del concurso Travesía y en la próxima publicación digital que reunirá estos escritos para que lleguen a muchos más lectoras y lectores, que podrán disfrutar de los universos creados por ustedes en un gesto de valiente atrevimiento y amor por la palabra escrita.

Como tallerista, quisiera reconocer el trabajo y dedicación que cada participante puso a lo largo del proceso, el entusiasmo y las ganas de aprender y lanzarse a la aventura de escribir, comentar y dialogar en torno a las lecturas propuestas y a los textos que cada semana nacían de las tareas entregadas.

Sin duda, mucho talento habita en ustedes, sumado a las experiencias acumuladas a lo largo de sus travesías vitales, diversas y sin embargo, profundamente conectadas, a través de la palabra compartida y el gusto por la reflexión literaria.

Un abrazo a cada una y cada uno, felicidades por participar de esta instancia de escritura y creación, gracias también por permitirme aprender con ustedes y compartir la riqueza humana que convoca el oficio de la escritura, tan necesaria y reconfortante en tiempos de lejanía e inmediatez, un refugio de palabras compartidas para conectar con la creación y liberación de nuestros sentires.



Fernanda Tapia

Alumni PUCV y profesora de Pedagogía en Castellano y Comunicación
Autora de “Diario non diario” (Editorial Humo, 2020)

*Texto leído en la ceremonia de premiación de la V versión de Travesía.

Ganadores categoría

ESCRITORES

PUBLICADOS





1° Lugar En el borde

Javier Olivares Ojeda

67 años, Valparaíso

“La lectura es para mí algo así como la barandilla en los balcones”

Nuria Espert

A Aniceto, de niño, le encantaba ir a la biblioteca, a cualquiera, por eso cuando —años después— llegaba a algún pueblo, ejerciendo su oficio de vendedor viajero, inmediatamente preguntaba si había alguna biblioteca en el lugar. En general, las respuestas eran positivas, pues en nuestro país no hay localidad, aldea, villorrio o ciudad que se precie, que no tenga un recinto de ese tipo donde se pueda pasar buena parte del día ensimismado entre libros, revistas, periódicos, enciclopedias y demases. Le gustaban los libros, no cabía duda. Se había dado cuenta de ello cuando su querida madre, queriendo castigarlo, lo mandó a acostarse temprano y le pasó un libro, quizá para aumentar la pena impuesta a ese niño de once años que había salido de casa sin permiso, provocando una dramática y comprensible reacción de su progenitora. Esa tarde fría y soleada de invierno, devoró la Historia de Chile de Walterio Millar, que su profesora del Liceo 2 de Hombres de Playa Ancha le había dado como tarea revisar. Definitivamente, le gustaban los libros; disfrutaba del aroma de la tinta, del papel viejo, aunque el ejercicio de olerlo le provocaba rinitis. Sentía verdadero placer cuando pasaba sus manos por la suave cubierta de cartulina gruesa o de velluda badana. Pero no solo eso lo conmovía, sino también las historias que la narrativa le regalaba. Ya de grande, por su mente siempre desfilaban los protagonistas que habían calado hondo en su cerebro y en esa región que solemos asociar con el corazón. Por esa galería, pasaban don Alonso Quijano, Augusto Pérez (¡qué feliz oxímoron creó don Miguel de Unamuno!), Aniceto Hevia, del que heredó el nombre, Martín Rivas; la Pachacha, la gallina desclasada; el anciano Padre del oficial que renegaba de su origen; José Arcadio Buendía, Santiago Nasar, de cuya ominosa muerte se enteró durante un viaje interminable de Santiago a Valparaíso. Sufrió con Rafael San Luis y esa inveterada costumbre de perderlo todo en el pináculo de la felicidad; se amargó con la paranoia de Juan Pablo Castel, que reclamaba para sí, como único heredero, la vida de María Iribarne: sufrió también con la pena infinita de Allende, cuando le gritó ¡insensato! al enterarse de que la había asesinado... En fin, le gustaban los libros, las historias, los lugares, los personajes, los parlamentos e hizo suyas muchas de sus declaraciones, como la de Martín Santomé, cuando, en su Tregua, se describe como un triste con vocación de alegre. En fin... Para él, en definitiva, los libros eran su todo. Quizá por eso, no pudo dejar de llorar cuando se vio parado en la plaza O'Higgins, colocando un trozo de arpillera en el piso y sobre él sus ejemplares más queridos, como los de Quimantú, que decidió comenzar a vender para complementar su muy escasa pensión de jubilado de 66 años.



2° Lugar Intento de homicidio

Pablo Araya Bravo

62 años, Valparaíso

Ya entrado en años, el hombre se decidió a dar el paso. Era ella o era él. No podía prolongar más la situación; eran muchos los años soportándola, viendo su cara de pancutra, su actitud indiferente, ese darle vueltas a las cosas para llegar siempre donde mismo. Ese día la esperó a que apareciera como siempre, detrás de la ventana... Se mantuvo quieto durante largas horas trazando el plan que lo haría terminar con esa asfixiante situación. Dormitaba de vez en cuando. De improviso movió con sigilo la cortina y allí la vio venir con el tranco que la caracterizaba.

Se frotó las manos con parsimonia y se dirigió a la cocina. Tomó un cuchillo verificando con los dedos su filo y se agazapó junto al alféizar. Aguantó la respiración y se preparó a dar el salto. Ella era lenta, muy lenta, es por eso que se mantuvo impasible, decidido a no fallar esta vez. Midió a ojo la distancia que los separaba de la ventana y saltó. Apretó con fuerza el cuchillo en su mano derecha y encajó un certero golpe en aquel cuerpo mortificante. Al clavar el arma sintió un crujido sordo y un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza. Percibió destellos por doquier y cayó en un profundo letargo.

Despertó desnudo en una habitación desconocida. Intentó moverse...

—¡¡Hola!! —gritó, creyéndose ya detenido por las autoridades...— Uds. no imaginan los padecimientos que soporté, ¡por eso lo hice! —continuó.

Repentinamente, dos hombres gordos aparecieron sonrientes tras una puerta.

—Otra vez aquí, viejo loco —exclamó uno de ellos.

—Claro, pero ahora cumplí mi promesa. La borré definitivamente de mi vida, ¡la maté! —respondió el interrogado.

—Parece que no —dijo socarronamente uno de los gordos, mirando cómplice a su compañero.

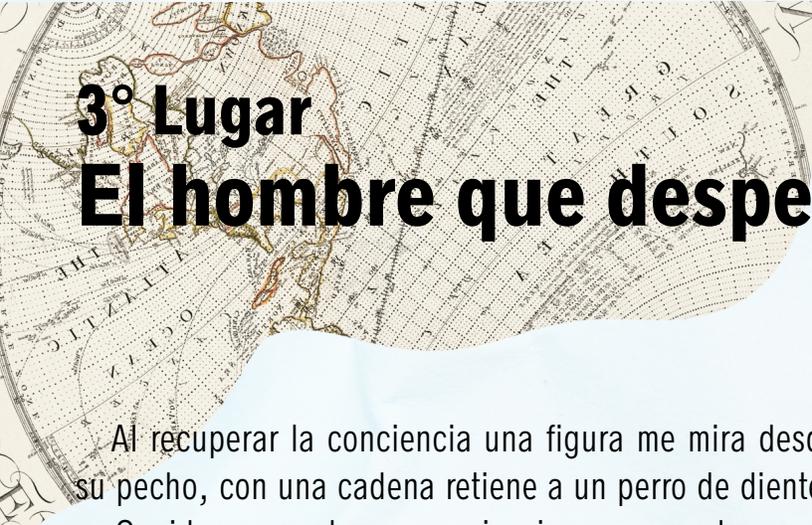
—¡No puede ser! —repuso el hombre— la puñalada fue certera. Sentí como se rasgaba su carne y caía pesadamente al suelo.

—¡Tranquilo! —gritaron los gordos...— tranquilo.

Anocheía.

—Te tenemos una sorpresa viejito. Vino a verte la "muertita", tu enemiga del alma. —rieron a carcajadas— Es la tercera vez que te tirai por la ventana pa matarla, viejo loco. Esta vez tuvimos que sacarte de entre los cables eléctricos, estabai colgando de una farola...

Repentinamente abrieron las cortinas del ventanal y allí estaba ella: la luna; blanca, radiante, esplendorosa, alumbrando el recinto como si sonriera. Intacta. El hombre, los ojos desencajados, con un grito dibujado en el rostro, la miraba espantado.



3° Lugar

El hombre que despertó abstracto

Jorge Laubrin Nilo

Valparaíso

Al recuperar la conciencia una figura me mira desde el centro de su rostro. Discos plateados brillan en su pecho, con una cadena retiene a un perro de dientes anaranjados, impreciso, amorfo, incomprensible.

Cogido por un brazo, camino inmerso en el recuerdo de mis lápices de colores, en la añoranza de mi vaso de cerveza, en la perdida imagen de Alejandra y en el terrible dolor del cuerpo, que ya es una naturaleza de moléculas cambiantes, una tridimensionalidad ambigua de materia y espacios vacíos, imprecisos. En una esquina creo reconocer a Alejandra, es una mancha de pintura desgastada en una pared, la llamo con sonido gutural. Más que una llamada es un grito de animal horrorizado.

En la oficina de policía una mujer toma mis datos, pregunta mi nombre, mi edad, si he consumido drogas o no. Me mira con ojos grandes, perfectos. Es una diáfana figura digitando en un computador, lo puedo ver a través de ella, pues se hace gradualmente una sutil transparencia, multiplicada en finísimas láminas diluidas, como tinta bajo el agua. Su voz pregunta en ecos:

—¿Cómo ha sido el accidente?

—Creo que ocurrió durante el sueño, durante una pesadilla— respondo.

Brotan carcajadas en la solitaria oficina, desde la cual, también yo desaparezco.

El mundo se ha transfigurado gradualmente, personas y cosas han cambiado, se han derretido, evaporado; mutando los planos, los colores y las texturas. Contrastando en superficies, armonizando en otras. Los árboles se dispararon en múltiples direcciones, cielo y tierra se hacen manchas indefinidas. También mi cuerpo cambia, busco mis manos, busco mis piernas en esta desagradable pesadilla. Deseo despertar y lo hago, mas todo es exactamente igual al sueño.

Mi cuerpo es un gran espacio blanco y fragmentos azules se liberan de él, hundiéndose en un vacío gigantesco, creando estelas verticales que desaparecen en la profundidad. A mi alrededor todo se expande en abismos horizontales entre nubes de moléculas cambiantes. Es un universo irreconocible.

Amé tanto las cosas, la materia y la perfección de esta, hasta en pequeños detalles. Admiré los perfiles plenamente definidos en el marco de la ventana, la rectitud de los ángulos en los cortes de la madera, el cilindro perfecto de la taza de porcelana. Amé la precisa ejecución, la obra maestra. Amé tanto a Alejandra y la amo, pero en el curso de una noche todo ha desaparecido. Su hermosa imagen se ha reducido a formas disparatadas, dislocadas, que no evitan que este amor desaparezca. En este delirio interminable, descubro que me he reducido a partículas dispersas, por lo que mis ojos disgregados ya no reconocen el paraíso.

El accidente sobrevino en pleno sueño, luego de llorar desesperado la partida de Alejandra, luego de comprender que nunca volvería a ver sus ojos, después de saltar del edificio. Aunque desperté y me incorporé frente al policía, paulatinamente fui pereciendo de terror, al saberme parte de este infinito, incomprensible, terrible y despiadado, universo abstracto.

Ganadores categoría

ESCRITORES INÉDITOS





1° Lugar

El abismo de las mareas

Ruth del Valle Ulloa

69 años, Viña del Mar

En el tibio otoño de este año, en la caleta de Pichicó, Quinta Región, los pescadores notaron algo diferente en la playa.

Entre las rocas que la marea había golpeado durante siglos, apareció un vacío, una mácula negra donde no debía haber nada más que arena húmeda. Era un círculo oscuro, una gran anomalía plasmada en ella, algo extraño que no podían describir.

Las rocas cercanas, desgastadas por siglos de agua, sal y viento, parecían doblarse hacia la mancha sin tocarla. Los atrevidos de siempre se acercaron, pero ninguno pudo determinar si aquello era un charco, una ilusión de la luz, o un abismo real.

Contaron que al principio las olas parecían ignorarlo, rompiendo a su alrededor, sin perturbar la forma del vacío, pero quienes lo miraron durante mucho tiempo comenzaron a sentir algo más que la simple curiosidad; una atracción suave, casi imperceptible, que los llamaba a aproximarse más, como si algo en el centro de la anomalía les susurrara en el lenguaje antiguo de las sirenas.

Aquellos que pasaron cerca de la formación, regresaron diferentes. Contaron que sus reflejos en el agua no correspondían a sus propios rostros, sino a versiones distorsionadas, arrastradas por las olas como fantasmas atrapados en un ciclo sin fin.

Decidieron, intrigados —porque esos hombres y mujeres no se asustan con tan poco—, llamar al doctor Álvarez, médico del pueblo cercano y estudioso de estos sucesos, quien en un comienzo descartó cualquier explicación mística.

—Un fenómeno óptico, las olas y el reflejo del sol juegan con nuestros sentidos —declaró. No obstante, se quedó sentado entre las rocas, y al poco, su semblante cambió a una mezcla de fascinación y miedo. Pasó horas, un par de días, hasta que se rehusó a comer o dormir.

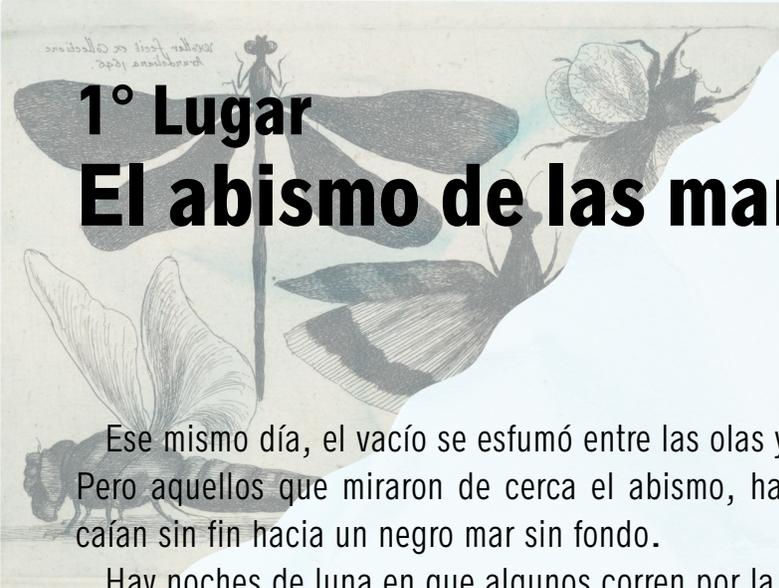
—Murmuraba en voz baja —dijeron los niños, y a los cuatro días el doctor declaró a los que preparaban los botes:

—Eso no es un hueco, es un espejo que refleja algo más profundo, un abismo entre realidades —y volvió a las rocas a seguir investigando. Nadie entendió sus palabras, pero resonaron en la caleta de Pichicó.

El océano continuó avanzando y retrocediendo con su ritmo eterno, pero la sima permanecía inmutable, como si existiera al margen de las mareas.

Un día el doctor Álvarez desapareció, nadie lo pudo encontrar, aunque lo buscaron por toda la caleta y el pueblo. Pareció que el vacío lo hubiese reclamado para siempre.

La última nota cuerda encontrada bajo una piedra decía “La marea no trae respuestas, solo refleja lo que tememos ver”.



1° Lugar

El abismo de las mareas

Ruth del Valle Ulloa

69 años, Viña del Mar

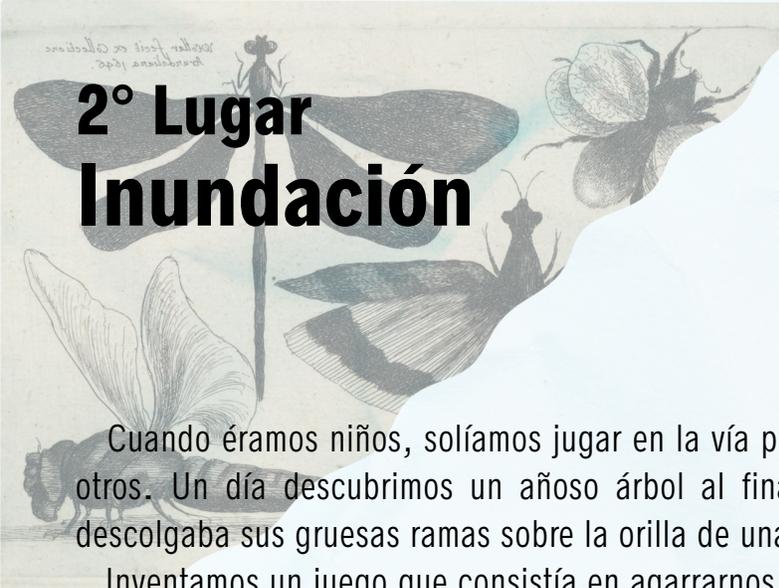
Ese mismo día, el vacío se esfumó entre las olas y la espuma.

Pero aquellos que miraron de cerca el abismo, hablaron de noches interminables, de sueños en los que caían sin fin hacia un negro mar sin fondo.

Hay noches de luna en que algunos corren por la playa, sudorosos, aterrados y gritando incoherencias.

Las mujeres de la caleta se persignan y se aferran a sus rosarios, rezando largas letanías mientras los niños observan, miedosos, la enorme cantidad de gaviotas y alcatraces que gritan sin cesar por toda la playa.

Ayer, en el periódico de Puerto Montt, una pequeñísima noticia: “Extraña e insólita mancha negra apareció en la arena, entre las rocas de la playa de Guay-Guay, y tiene intrigados a los pescadores de la zona”.



2° Lugar Inundación

Erika Olivares Abarzúa

71 años, Villa Alemana

Cuando éramos niños, solíamos jugar en la vía pública a saltar a la cuerda, al luche, a las bolitas, entre otros. Un día descubrimos un añoso árbol al final de la calle. Se trataba de un enorme castaño que descollaba sus gruesas ramas sobre la orilla de una quebrada, en cuyo fondo había un estero seco.

Inventamos un juego que consistía en agarrarnos de las ramas, impulsándonos hacia adelante, quedando suspendidos en el aire por breves momentos y después nos devolvíamos a la orilla del barranco. Tendríamos alrededor de siete a doce años y tanto las niñas como los niños disfrutábamos de esta entretención.

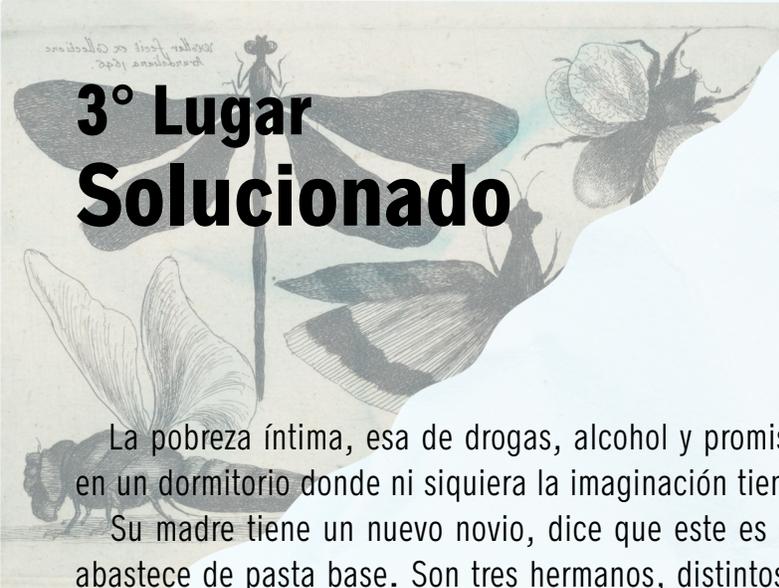
Un domingo nos encontramos todos allí. Fuertes lluvias habían azotado la zona durante la semana anterior, de manera que el suelo estaba cubierto de barro y el estero llevaba un enorme caudal de agua, que a uno le recordaba al chocolate. A pesar de ello, fuimos a jugar a la orilla de la hondonada. Primero se lanzó Antonio, después vino José. Llegó el turno de Pedro, un niño esmirriado, que con gran entusiasmo se asió de una rama y se impulsó hacia adelante. Como el suelo estaba impregnado de agua, el árbol empezó a crujir en forma alarmante y a moverse hacia el lado hasta que se desplomó con gran estrépito, permaneciendo con sus raíces expuestas al aire. Todos quedamos sin aliento.

El oscuro torrente iba aumentando cada vez más, llevándose todo a su paso: piedras, ramas, troncos y mucho lodo. Pedro fue arrastrado en forma violenta, subiendo y bajando debido al ímpetu del agua. Unos cuantos metros más adelante, tropezó con otro árbol cruzado en el estero. Se encaramó a duras penas y quedó a horcajadas. Pero el tronco se dio vuelta y empezó a moverse, empujado por la incontenible fuerza de la corriente.

Varios kilómetros después, el chico desembocó en un gigantesco río, y aunque trataba de mantenerse a flote, se hundía y chocaba con obstáculos que hacían peligrar su precario equilibrio. Tenía el cuerpo adolorido y lleno de heridas. Estaba aterido de frío ya que no solo su ropa, sino también su alma estaban empapadas. ¡Cómo le habría gustado estar en su casa, tomando una leche tibia! ¡Si hasta sentía el olor del queque de manzana con canela que hacía su mamá y tanto le gustaba!

El océano se extendía frente a sus ojos de manera infinita. Ya estaban fallándole las fuerzas, cuando sintió una presión inconmensurable que lo embistió con violencia. Las olas lo arrastraron hasta el fondo del mar y volvió a salir a flote. Volvió a hundirse, y de repente, fue izado en una red, junto a una innumerable cantidad de peces, crustáceos, algas y ramas que lo arañaron, mordieron, pincharon. No sintió nada, porque la vida ya se le había escapado.

Los rudos hombres de mar se quedaron en silencio, acongojados al ver la silueta exangüe del niño sobre la cubierta. Con extremo cuidado y ternura, lo llevaron al depósito de hielo, allí donde almacenaban los peces.



3° Lugar Solucionado

Alcides Peralta Santibáñez

60 años, Viña del Mar

La pobreza íntima, esa de drogas, alcohol y promiscuidad, aquella que solo se respira desde dentro, tal vez en un dormitorio donde ni siquiera la imaginación tiene cabida.

Su madre tiene un nuevo novio, dice que este es el amor de su vida. Lo conoció en una fiesta, ahora él la abastece de pasta base. Son tres hermanos, distintos padres y un dormitorio con un par de camas. Chechi, su hermana, no está conforme con la situación, ella es la única que trabaja y mantiene el orden. Siempre le dice que lo hace por Janita, su hermana menor.

Janita nació distinta, carga con una condición diferente, esa condición de dependencia; la condición de miradas extrañas, de risas y pena, aquella condición de un eterno amor para entregar. Cumplirá quince años en unos días. Desde hace algún tiempo se ha puesto pretenciosa, empezó con el lápiz labial de su madre y hoy su hermana tiene que esconder su cosmetiquero. Piensa regalarle algún maquillaje en su cumpleaños, le alegra la vida. A veces no entiende lo que dice por su gran lengua que casi no le cabe en la boca, pero sabe al ver sus ojos distintos que quiere hacerla feliz.

Le enseñó como ir a la botillería, le dice:

—Necesito dos cervezas.

Ella corre al patio en donde guarda las botellas vacías, viene por el dinero, compra y al volver anuncia:

—Solucionado.

Siente que ella quiere evitar problemas para ser felices. Cree, además, que ella se percibe como un problema y evita otros para vivir en armonía dentro de ese hogar inconcluso. A veces opina alzando la voz en las discusiones entre Chechi y su madre, lo que termina en risas, luego les pide que se abracen y así lo hacen:

—Solucionado.

Una tarde, con sus amigos del barrio conversaban y reían. Uno de ellos quiso hacer una broma y al empujarlo cayó, todos rieron menos Janita que lo acompañaba, ella le lanzó una piedra que le rompió la cabeza.

—Solucionado.

—Saca a esta huevona enferma de aquí —dijo muy exaltado su vecino.

—Vamos Janita —le ordenó preocupado por la hemorragia que provocó el pedrazo.

—Solucionado —murmuró la niña.

Por fin llegó el cumpleaños de Janita, clavó un cartel de felicidades en el comedor. Su madre estaba drogada cuando cantaron el cumpleaños feliz. La niña apagó las velas y su felicidad la desbordaba. No se dieron cuenta cuando el novio de su madre se había instalado en la íntima fiesta. Quería verla, ella dormía y él insistía. Por los efectos de la cocaína, la agresividad lo dominó y empujó a Chechi, que le impedía el paso. Ella cayó golpeándose la cabeza. Se acercó a su hermana para ver como estaba, los insultos y gritos del hombre continuaban. De pronto, silencio. Fue al comedor, vio a Janita con el martillo ensangrentado, el mismo que usó para clavar su cartel. El hombre, con su nuca sangrando, estaba inconsciente en el suelo, pensó lo peor.

—Solucionado —escuchó.

Cuento póstumo

El hoyo en la pared

En memoria de
Norma Castro Marcos

Participante de la II versión de Travesía (2020)
Homenaje de su hija Rocío Fuentes Castro y familia

Siendo niña, como a los nueve años, ocurrió algo extraño en mi vida. Conversábamos con mamá y mi hermana menor, ella tenía como cinco años, estábamos tomando el té en el comedor y nos fuimos a jugar. Cuando volvimos de jugar, la mamá nos contó que el domingo nos vendrían a visitar los tíos. Nosotras nos pusimos contentas porque la tía nos traía de regalo dulces y galletitas de anís.

El domingo cuando llegaron las visitas estábamos felices con nuestras galletitas y dulces. También la tía traía unas fotos familiares antiguas que había encontrado en un baúl, no recuerdo si era para mostrarlas o para dejárselas a mamá.

Durante la hora del té, la tía sacó las fotografías y comenzó a mostrarlas. Mi mamá se puso muy contenta a revisar las fotos y se reía, le producía mucha alegría ver su familia.

En un momento, mamá nos mostraba las fotos y nos mostró una muy especial para ella, en la que aparecía ella y su mamá. Mi hermana chica indicó con su dedito y exclamó: esa es la señora que sale del hoyito en la pared en la noche. Nadie le dio importancia a su comentario, ella tenía 5 años, pero hablaba bien. Los demás siguieron conversando sin darle importancia a la niña, sin escucharla tal vez.

Cuando las visitas se fueron y nos íbamos a acostar, mamá le preguntó a la niña de qué abuelita hablaba y ahí la niña contó, en su inocencia, que de ese hoyito que estaba en la pared debajo de una mesa de noche en el dormitorio, salía un humo que luego se convertía en una abuelita; hacía aseo, se dirigía al comedor y compartía con la niña. Eso, según ella, paso varias noches seguidas.

En ese momento, le pregunté a mamá quién era esa señora y ella me dijo emocionada que era mi abuelita, su madre. Le pregunté dónde estaba la abuelita, porque no entendía que mi hermana la viera en la noche y yo no. Y me cuenta que había fallecido 5 años atrás, ahí comenzó mi eterna búsqueda a semejante situación, tan especial.

Y cuando nadie estaba cerca, me agachaba y metía mis deditos en el hoyo de la pared tratando de descubrir algo, o tal vez de verla yo también. Asomaba mi ojo en el hoyito e imaginaba que había otra casa al lado donde estaba la abuelita que veía mi hermana, sin explicarme por qué yo no podía ver nada y ella seguía soñando con la abuelita. Comencé a crecer y no vi nunca a la abuelita, a pesar que la busqué mucho.

Durante años traté de buscar una explicación a ese hoyo en la pared. Ahí surgió la inquietud de buscar explicaciones de por qué personas fallecidas vuelven y pueden materializarse. Pasé años con la curiosidad del hoyo en la pared y hasta hoy busco respuestas.

CUENTOS

Escritoras publicadas





Un ceacheí por las animitas

Héctor Araya Vallejos

76 años, Quilpué

Se juntaron en un rincón del cielo, afuera del palacio celestial, todas las animitas de Chile. Eran tantas, que hasta San Pedro se asomó a verlas. El parloteo llegaba clarito al aposento real del mismísimo Dios, quien levantó un dedo, se cerraron las ventanas y quedó todo en silencio. Pero algo quedó resonando en sus oídos divinos que lo obligó a alzar su ceja, para que volaran a verlo unos serafines que eran para los mandados. “Vean qué pasa”, fue la orden altísima. Los angelitos salieron en bandada a ver qué tanta bulla.

No es fácil describir los asuntos del cielo. Yo estoy recién llegado, esperando en el limbo, haciendo fila. Relato esto porque soy, mejor dicho, fui, reportero de la tele. Traté de entrevistar a un arcángel que pasó cerca, pero ni me miró. Una vieja de la fila me susurró: “los arcángeles son contemplativos y mudos”. San Pedro, que vestía túnica blanquísima, bien planchada, no aceptó mis preguntas y murmuró: “sin comentarios, sin comentarios”.

Con vergüenza, porque soy, era, chileno, me di cuenta al tiro de qué se trataba todo.

—¿Me cuida el lugar? —le pedí a la vieja que ya era como mi amiga.

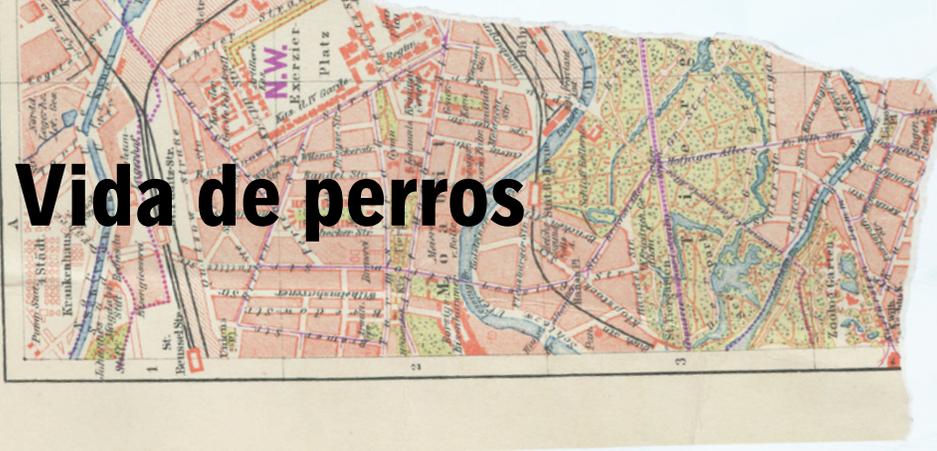
Me fui levitando hacia donde las animitas estaban, válgame Dios, armando carpas y marcando las nubes, este cúmulo pa ti, este estrato pa mí, rayen por dónde iré la calle, levanten pancartas y banderas, los cabros chicos que ayuden. ¡Una toma en el cielo! Mis ojos espirituales casi se me salían de las órbitas espirituales.

Un animita de pelo largo era el líder de la revuelta. Le pregunté, carepalo, qué era todo esto, y que si lo habían pensado bien antes de hacer este atrevimiento. Me respondió:

—Las animitas de Chile tenemos derecho a tener un lugar propio en el celeste cielo. Estamos cansadas de habitar en los humildes sucuchos que nos construyen en los lugares donde nos toca la mala suerte de morir. Nos destruyen nuestras viviendas precarias para instalar condominios, llenan el entorno con muñecas, flores artificiales, neumáticos, tragamos el polvo de las carreteras, el inclemente sol... Somos solo una expresión pintoresca de la religiosidad popular. Nuestras almas también quieren gozar de la vida eterna y sus beneficios consabidos. Los aplausos y las consignas eran lo que San Pedro y el Santísimo Creador escuchaban.

No supe quién impartió la orden. Dicen que fue el Diablo que metió la cola, la Santa Inquisición, en fin, la cuestión es que apareció una legión de ángeles vengadores a despejar las nubes tomadas. Se armó la trifulca más grande de la historia celestial y si no hubo muertos es porque Dios es grande y porque nadie se muere dos veces.

Allá van bajando resignadas las animitas. Algo consiguieron, un compromiso por parte de las autoridades: su petitorio sería analizado durante los próximos siglos hasta encontrar una solución satisfactoria per secula seculorum. A la distancia, escuché emocionado un ceacheí por las animitas de Chile. No me aguanté las lágrimas y grité despacito: ¡Viva Chile mierda!



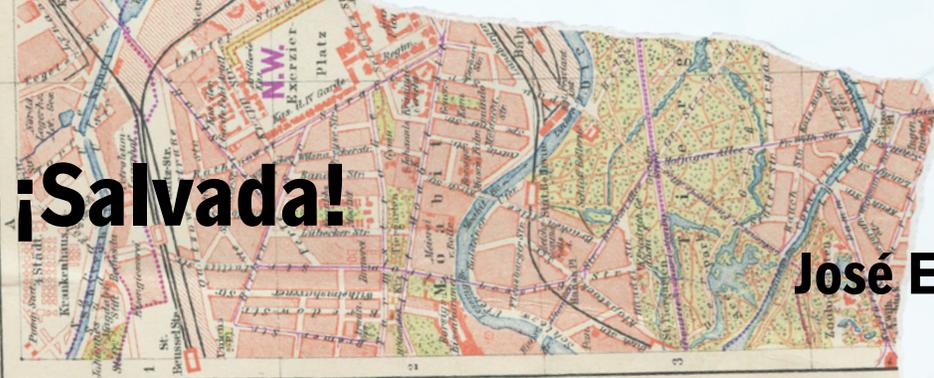
Vida de perros

Enrique Marchant Díaz
Quique Luna

64 años, Algarrobo

Claramente, sé dónde voy. Me subo todos los días a la micro en Merced con Mosquito. Tengo un par de cicatrices en la cabeza y parece que huelo mal. Indiferente a los pasajeros, avanzo por el pasillo y me echo en uno de esos espacios inútiles en que no cabe un asiento; a lo más, una persona de pie. Un paradero antes de Plaza Italia, me incorporo, miro el timbre que siempre alguien pulsa y, cuando la máquina se detiene, me bajo entre la gente en la Alameda, a la entrada de la Fuente Alemana. Me siento en la vereda, a la sombra en verano y bajo el techo del paradero en invierno. Me rasco y espero sin ansias que se abra la puerta del restorán. Una de las maestras cocineras, distinta cada día, me deja una ración en tiras de vacuno y cerdo. Como sin apuro, duermo la siesta y luego me devuelvo caminando serenamente a Merced. Deambulo por el sector; descanso, observo, duermo a ratos. A veces, cuando estoy de ánimo, bajo hasta el Paseo Ahumada y, desde ahí, hasta La Moneda; recorro el perímetro, la explanada y me doy tiempo para divertirme ladrando a los carabineros.

Al atardecer, regreso a Merced con Mosquito y desaparezco entre los zombies con corbata o cartera que vuelven a sus casas gruñendo y también ladrando después del trabajo.



¡Salvada!

José Ernesto Jiménez Ferrada

64 años, Valparaíso

Llegué corriendo a la Facultad de Ciencias esa mañana y caminé apurada hacia mi sala de clases. En el pasillo Newton, Tutín dormía acurrucado contra la pared. Me maulló tiernamente cuando me incliné junto a él y acaricié su pelaje. Siempre lo regaloneaba. Recordaba esto mientras contemplaba por la ventana algunos colibríes suspendidos entre las flores del viejo aromo, y mis respuestas del examen continuaban vacías. Me encantaba mirar aquel aromo; me tranquilizaba cuando estaba tensa. Volví mi mirada al resto de la clase. Nadie escribía nada, excepto, Lalo.

Había llegado 15 minutos tarde al examen final. Mi guagua de 4 meses lloró toda la noche y yo pegué los ojos apenas un rato de madrugada.

Estaba en blanco, no entendía nada. La hoja sobre el pupitre era un enjambre de letras y números que flotaban sobre un fondo gris, y yo sabía que necesitaba un 5,2 para aprobar el ramo.

Mientras mi mente divagaba en el vacío, di un salto sobre mi asiento cuando la alarma de evacuación se escuchó por los altoparlantes y activó la aplicación en nuestros celulares. El profesor nos instruyó que nos dirigiéramos al lugar seguro de la Sede, no sin antes, cerciorarse que dejáramos los exámenes y los celulares sobre el pupitre... era lo que indicaba el protocolo.

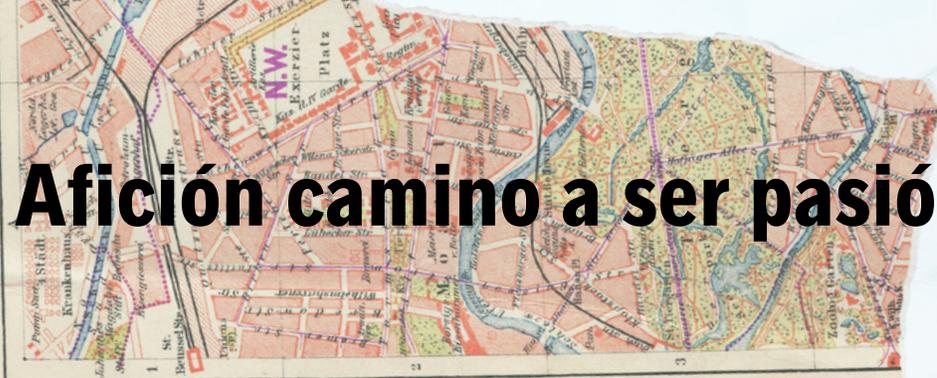
La extensa fila de estudiantes que caminábamos por los pasillos iba aumentando a medida que se abrían las puertas de las otras salas de clases, y el efecto embudo se acrecentaba en las escaleras. Así, entre empujones y tropezones, logré llegar al patio central, donde en una gran barahúnda humana tratábamos de inferir qué había pasado. “Parece que viene un Tsunami”, decía alguien por ahí. “No, parece que delincuentes trataron de ingresar a la sede”, se aventuraba otro más allá.

Yo busqué un lugar aislado, porque tanto ruido y desorden me abrumaban y sabía que me podía descompensar. Me dirigí hacia el gran aromo en el extremo del patio, justo bajo mi sala de clases. Allí estaba Lalo, solitario. En verdad, nadie hablaba con él, era el nerd de la Facultad, pero como yo soy un poco autista, nos llevábamos bien y conversábamos a menudo. Le comenté que estaba bloqueada con la prueba, que no había hecho nada. Lalo me sonrió contento y luego, en voz baja, me recitó las respuestas, una a una. Las había memorizado todas.

Después de algún rato, se nos informó que todo había sido una falsa alarma, que no se sabía quién la había accionado, y que debíamos regresar a nuestros exámenes.

De vuelta en mi pupitre, empecé a responder todos los problemas en mi hoja de respuestas, con total seguridad y absolutamente confiada de la información que me había dado Lalo.

Mientras tanto, al interior de la caseta de la portería de la Sede, Tutín estaba atento a brincar nuevamente, apenas el ratón volviera a aparecer por arriba de la cornisa, que estaba justo sobre el sensor que activa la alarma de evacuación.



Afición camino a ser pasión

Julieta Díaz Pérez
63 años, Quilpué

Todas mis tardes, entre las dos y las cuatro, están reservadas para esta nueva afición camino a ser pasión: ser miradora de aves en mi jardín. Y no digo "observadora de aves" porque, automáticamente, me sugiere la idea de un compromiso mayor, tal vez perteneciendo a algún grupo de expertos, y lo mío más bien es contemplar y descubrir interesantes comportamientos que dejaré capturados en algunas narraciones.

El área de este pequeño vergel no es más de cuatrocientos metros cuadrados, suficiente para llenarse de vida, nutrido de una variada flora: un prominente y flexible maitén, una generosa damasca, tres retamos, un espino, una parra, un palto que nunca ha hecho su presentación de credenciales, un níspero de abundante cosecha, un lúcumo estéril, un limón y un naranjo que no han dado familia, un aromático pittosporum, dos membrillos, un peumo, un romero, un almendro, una rosa mosqueta, un glorioso maracuyá, tres gomeros, un fragante jazmín; y algunas plantitas de bajo perfil: ligustrillos, rosas, calas, mucha manzanilla y una robusta doca desafiando vigorosamente la gravedad.

Desde este bucólico escenario, he sido afortunada testigo de prácticas de construcción del nido, de gastronomía, de higiene, de amoroso cortejo y de crianza, como también de decesos.

Dos veces, se dio la exclusiva oportunidad de presenciar cómo una diuca preparó su crudo de cuncuna frente a mí, inclusive como si quisiese brindarme tiempo suficiente para anotar la receta que a continuación les comparto:

Ingredientes

Una cuncuna fresca y tierra para adobar.

Preparación

Subir a una altura como la suma de caballo y jinete montado a pelo.

Pararse firme en la tabla de aterrizaje y azotar con energía reiteradas veces la presa que cuelga del pico. Luego saltar a tierra, ahora los golpes van adobando de minerales la proteína y suavizando su pinchosa piel.

La cena, es en comedor aparte sin intrusos, donde imagino dos o tres piquitos abiertos esperando la deliciosa preparación de mamá.

Respecto al baño, observo que gorriones y zorzales son de largas y muy chapoteadas zambullidas. Decididamente brincan al agua, aletean en ella, se sientan, se paran, se sumergen de pico primero, de cola después. Salen, se olean, se sacuden y nuevamente un piquero por al menos tres veces más. Cuando se piensa han decidido plumas secar, arremeten otra vez para un último refrescar.

Vuelan, vuelven al árbol originario, se posan en uno de sus múltiples dedos abofeteando el aire con sus húmedas alas.

Los gorriones son más dolcevita. Su fuente de agua predilecta, es aquella del trampolín de ramitas. No tienen problemas, al igual que sus antepasados romanos, en compartir colectivamente su remojo en pileta, aunque pequeña esta sea.

El anochecer está destinado para observar el baño en seco de luna del cercán. Sus movimientos son tan náuticos como los del gorrión, pero eligiendo pequeños hundimientos con tierra fina y suelta, muy pero muy suelta para batir sus alas y quedar cual empolvados de bizcocho manjar.

Se cierra la jornada esperando qué nos deparará mañana.



¡Cómo ser una gota y no morir en el intento!

Elba Meneses Cortés

67 años, Concón

Era una gota bella. Contornos de sutiles redondeces y perfectos extremos aguzados, conjugaban simetría y delicadeza. Convivía en perfecta armonía con cientos de gotas semejantes en perfección geométrica y luminosa transparencia. La llamaban Margo.

Margo y sus amigas vivían en un paradisíaco paraje, inmerso en una gran montaña al sur-sur de alguna parte del mundo. Inexpugnable, de exuberante belleza salvaje.

Formaban un escultural cuerpo de aguas prístinas, que recibía desde la altura un magistral velo acuoso que nacía de lo más recóndito de la montaña virgen.

Caía libre en un movimiento continuo y desigual. Era intenso y potente, traía consigo el rugido del corazón de la montaña y, otras veces, era suave e íntimo como el llanto contenido de una emoción.

Algunos días, en el remanso de la laguna, se reflejaba la faz de una luna brillante y misteriosa, y en otros —sin luna— los detalles oscuros y sinuosos de tan alucinante paisaje; con sonidos de silencio, interrumpido por el silbido del viento entre los árboles, el quejido de algún animal o el canto de un ave nocturna.

A las gotas, les divertía el movimiento de las aves y se maravillaban de sus coloridos plumajes. Observaban curiosas animales desplazándose entre las ramas de los árboles o en hogareño cobijo; se embobaban de tanto insecto, cuyos cadáveres caían a sus cristalinas aguas cuando cumplían el ciclo vital, y se asombraban con el sonido de cada recién nacido, en la explosión primaveral.

Adoraban al sol que cada mañana se asomaba tímido, desde atrás de la montaña. Entibiaba, envolvía y modelaba —cual escultor— todo el paraje, iniciando la fiesta diaria de la vida.

Un día, la montaña dejó de llorar, ante los ojos atónitos de Margo y sus amigas, el bosque se tornó seco, resquebrajado y el sol comenzó a abrasar como un infierno.

Ellas comenzaron a experimentar extraños cambios; se desvanecían, difumaban y, evaporadas, ascendían hacia un cielo infinito y desconocido.

Allí, se reunieron con otras gotas...las lágrimas de un padre emocionado ante el nacimiento de su hijo; gotas de sudor del obrero que trabaja duro e incansablemente, sin esperanzas; gotas de tinta del escritor que se siente fracasado; gotas de sangre que ha derramado un joven baleado en una calle de su barrio; gotas blanquecinas de leche materna y muchas gotas más.

Conformaron un suave y esponjoso tejido algodonoso, que se extendía elástico en graciosas formas.

—¿Cuánto tiempo estaremos atrapadas aquí? —se preguntaban.

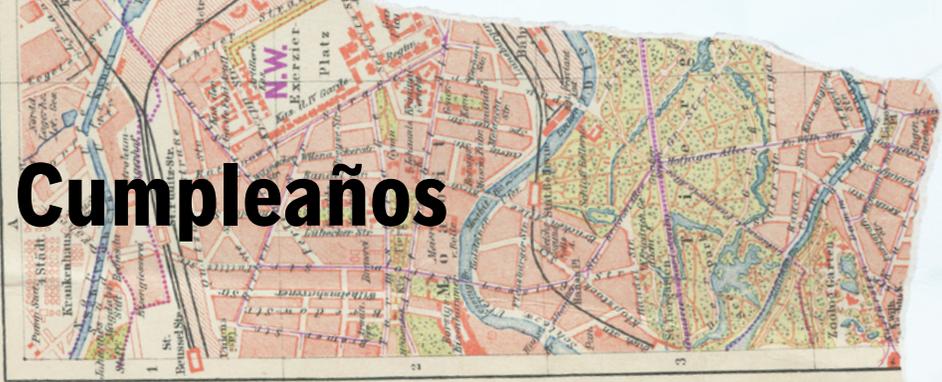
En una noche fría, que congelaba hasta los pensamientos, de cielo encapotado de nubarrones, Margo y sus amigas comenzaron a dar giros envolventes. Sintieron una tibieza extraña y empezaron a descender.

—¡Hemos vuelto a ser gotas! —gritaban emocionadas.

En su caída libre, cristalizaron sólidas y firmes. El paisaje era agreste y mineral. Delicadas, cubrían extraños tallos enhiestos, con sendas espinas.

Una mano pequeña las cogió y con gran ternura comenzó a moldearlas.

Al tiempo que una voz clamaba: —¡Está nevando en San Pedro de Atacama!



Cumpleaños

Emilia Poblete

80 años, Quilpué

Mañana ya seré mayor que ahora, tendré otros días más para festejar la vida. Un día 23 de diciembre llegué al mundo con tres comadronas que me ayudaron a nacer en mi casa. Mamá tuvo serios problemas, paro respiratorio, desmayos y, apenas alcanzaron a sacarme, me dejaron en una cómoda que estaba abierta, pero que después, con todas las carreras para aliviar a mi madre, alguien cerró. Allí me quedé quietita y con muy poco aire... Cuando mi madre, ya más repuesta, reacciona y pregunta “¿dónde está mi guaguita?”, ellas empiezan a correr y a correr y yo no estaba por parte alguna. De pronto, una de ellas dice “yo te la pasé a ti” y la otra, que ni se acordaba “yo la dejé... yo la dejé en la cómoda, ay, pero estaba abierta y ahora cerrada”. La abren y ahí estaba yo, negra pero negra negra y una de ellas, que era mi tía, me empieza a dar palmadas en el popis, pero sin reaccionar por segunda, tercera, cuarta y yo seguía callada y negra, negra y callada. A la quinta entonces doy un resoplido ahogado e inolvidable y desde ahí empecé a respirar normal. En eso mi tía se da cuenta que estoy helada como mármol y mi mamá me abraza en su pecho, acunándome calentita. Calmó mi llanto y muy pronto estaba pegada a su generoso pecho dadivoso, calostro uniendo nuestros lazos indisolubles.

Fui creciendo sin problemas y las comadronas cuando iban a verme se asombran de verme tan bien: “Oh la ahogada, qué susto nos hizo pasar”. Por un tiempo fui la ahogada que volvió a la vida, hasta que Mamá les pidió no llamarme más así, porque yo crecía sanita y de ahogada no tenía nada. Quizás qué planes tendría Dios conmigo, que aún estoy en este mundo, pero casi casi que no estoy. Pero lo más decisivo fue lo que dijo la comadrona vieja: “si está niñita no se nos fue negra y helada como estaba, está niña dará que hablar, nadie aterriza en esta tierra así como ella, pues Anita”. Mamá se rio.

Con lo lejos que vivíamos de la ciudad que “va a dar que hablar”... ¿dónde?

Bueno pero algo de razón le concedo a esa vieja comadrona, hoy muchos amigos y conocidos me saludan desde el extranjero por mi cumpleaños, nada me pasó. Además, mi mamá muy sabia, cuando empezaron sus dolores, se bañó y cambió las ropas de cama, sacó sábanas y fundas de esa vieja y pesada cómoda heredada de mi abuela —entonces quedó allí como un nidito donde faltaban las ropas—, y fue ahí donde me depositó la comadrona en los apuros de mi madre, y que después alguien cerró con los nervios. Pero me convenzo: yo venía bendita.



El afán de mis días

Teresa Carpintero Durán

62 años, El Tabo

De regreso a casa, el viento le robaba el alma y susurraba su tristeza. Aunque llevaba más de tres años casada con Pedro, un hombre dedicado a su trabajo en una hacienda de la zona, su vida era muy solitaria y taciturna. Juana, con el tiempo se acostumbró y pensaba que lo prefería así. Pedro no volvía hasta entrada la noche, generalmente, borracho y de mal humor. En estas situaciones, Juana nada le decía, lo evitaba, refugiándose en el dormitorio.

Ese amanecer fue más frío que otros días. Abrazaba sigiloso las pequeñas casas de madera, revestidas de tejas de alerce cubiertas de nieve. El pueblo estaba asentado en el confín del mundo, entre montañas y mar. Tenía cuatro calles y una plaza cubierta de nieve en invierno. Acompañaban al blanco distintos tonos de grises y verdes nevados en la zona del bosque. Allí vivía Juana de 40 años. Mientras los lugareños se incorporaban a la gélida mañana, ella recorría las calles congeladas que conocía de memoria. La nieve se reflejaba en su piel blanca, o tal vez, la piel de Juana se reflejaba en la nieve. Caminaba, distraída en sus pensamientos, en sus pesares, hacia el almacén de doña Gemita, la única tienda del pueblo.

—¡Hola Juana! Ta' fría la mañana hoy, ¡Ojalá alumbre el sol más ratito! mi chica —le dijo doña Gemita con entusiasmo, mientras ordenaba las papas en el canasto de la entrada del local.

—¡Hola doña Gemita! Sí, ta' muy fría la mañana, hasta la nariz tengo colorá pues, y las manos las tengo como témpanos, mi chica —respondió agradecida por el breve intercambio de palabras con su única amiga, disimulando se desánimo.

“Cada día tiene su afán”, le decía su madre. De niña siempre lo buscó. No lo encontró. Los recuerdos se desvanecían con el pasar de los años. Todavía no ha encontrado el afán de sus días. A medida que caminaba hacia su cabaña, el suelo crujía, tenía entumecidos los pies; la nieve no daba tregua a sus zapatos gastados.

En la tarde, a pesar del mal tiempo, la mujer cruzó el bosque cercano a su cabaña y se dirigió al mirador. Sentada en una roca, envuelta en un chal de lana de oveja, contemplaba hipnotizada el ir y venir de las olas. Descubrió el punto exacto donde se unían el mar con la montaña en el acantilado. El oleaje se estrellaba furioso, dejando su huella en la imponente montaña que, a pesar de los embates, se mantenía firme y erguida. Juana respiró profundo, sintió la frescura extrema de mar y montaña recorriendo cada milímetro de su cuerpo, en el instante que un manto de confianza y fortaleza la envolvió. “Algo ha cambiado en mí”, pensó Juana con un dejo de sorpresa “¡Por fin, encontré el afán de mis días!” dijo, mientras tranquila emprendía el regreso a casa.



El “Escribiente”

Carmen Saure

68 años, El Tabo

Un día, su máquina de escribir de color azul cielo se bloqueó con la letra K. Él quería escribir Kamikaze y sobre el papel se leía camino. Otra vez quiso escribir k y salió cariño y así hasta que las teclas se unieron todas pegadas y no pudo separarlas. En eso pensaba. “¡La unión hace la fuerza! Vamos, “Cielito”, —así la llamaba— me ocuparé de ti cambiándote la cinta, aceite y limpieza. Ahora sí estarás bien...”.

Su cuarto olía a café y humo impregnado en los muebles y cortinas. Allí se tumbó en el sofá maloliente, pensando “qué haré sin ti”, regresando más tarde luego de una siesta profunda y no menos angustiada, pensando en su trabajo retrasado y las cartas sin terminar.

Volvió a su escritorio. Tenía las manos sudadas y le temblaba el labio inferior.

En eso, observándola, “cielito” se puso a trabajar sola, escribiendo frases de repudio y de enojo hacia él. ¡Que por qué perdía el tiempo en banalidades!, ¡Que se concentrara en lo justo y profundo!, ¡Que escriba con el corazón, que abra la mente!, ¡Que dejara de ser un estúpido!, y así más y más frases. La dejó desahogarse.

La aventura continuó y él solo firmó la correspondencia. Ella, “cielito”, tuvo el poder y no quiso compartirlo.

El escribiente bajó la cabeza y aprendió de ella, ahora con humildad. Admiraba su franqueza y su manera de dar vuelta las palabras, jugando con los sentidos y sentimientos.

Le preguntaba:

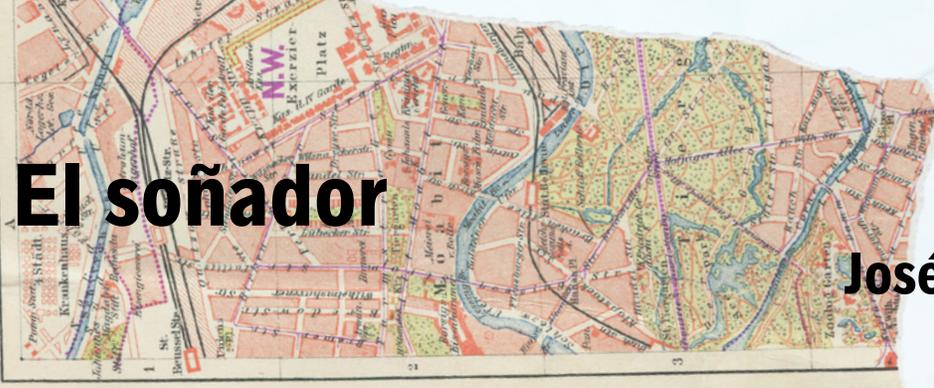
—¿Cómo lo lograba?

Ella, simplemente, le respondía que había que buscar en las profundidades de la mente y en los saberes del corazón. Para no equivocarse.

El escribiente retomó, al fin, a su trabajo con timidez. Ya no era el mismo. “Cielito” se bloqueaba cada vez que había un error. Adelgazó y sus ojeras eran oscuras y profundas. Se enfermaba casi a diario. Ella, “Cielito”, su tirana, no lo dejó en paz ni un día más. Se fue consumiendo.

Seguiré yo sin ti, le escribió. Seré la escribiente que siempre quise ser con valentía y cariño. Será ese el camino a seguir. No pudiste entenderlo en su momento. Hoy es tarde para ti.

Kamikaze apareció súbitamente en el papel blanco.



El soñador

José Carlos Curipani Toledo

63 años, Viña del Mar

“...entonces, comunicó a su padre Ea un nuevo plan:
Amasaré la sangre y haré que haya huesos.
Crearé una criatura amable, 'hombre' se llamará.
Tendrá que estar al servicio de los demás, para que ellos vivan con cuidado”
—Marduk

Miró, y no vio nada; solo la ausencia de todo. Lo único que sintió en sus ojos fue el inconmensurable vacío que lo envolvía. Presintió que no existía cosa alguna. Creyó que sus ojos aún estaban cerrados y los volvió a abrir, pero nuevamente percibió la ausencia total que lo cercaba y abarcaba. Entonces, decidió dormir.

En el umbral del letargo imaginó alzar su mano y dibujar un resplandor en medio de la oscuridad que lo rodeaba. Con su imaginación pudo distinguir entre claridad y espacio lóbrego. Así pudo ir por entre la oscuridad guiado por la luz que él mismo había elevado a su alrededor.

Avanzó en el sueño, y más adelante pensó en la presencia de profundidades aterradoras debajo de sus pies y de espacios infinitos sobre su cabeza. Por obra de la luminiscencia creada en su imaginario pudo distinguir con claridad por donde caminar para no caer en el averno siniestro que presentía por abajo. Se sentía caminar con la atención puesta hacia lo alto.

Ya en medio de la somnolencia, vio fabulosas porciones de glebas avanzando sobre las extensas aguas que daban paso a inmensas masas barrosas, que a su vez se iban cubriendo de vegetación mientras se sometían dóciles a la fronda brutal que la pisoteaba.

En ese momento se percató que la visión del sueño le mostraba cielos, planicies, aguas, luces, forestas y sombras sin contenido.

Pero, las imágenes que lo rodeaban eran desabridas; fútiles.

Se quedó suspendido en el sueño hasta que pensó en dar mejores virtudes a sus pensamientos; y se figuraron seres que volaban por las claridades, bestias que iban sobre cuatro extremidades mientras otras se arrastraban sobre las llanuras o entre las masas de agua que había premeditado. Al final elucubró un ser parecido a lo que él creía era su propia representación.

Ya habiéndose adentrado profundamente en el sueño y extenuado por lo especulado, descansó y se dejó transportar —sin ofrecer resistencia— hasta el final del sueño.

Creyó sentir que todo a su alrededor ebullició. Abrió los ojos y vio sus bóvedas repletas de entes y éter. Hasta donde abarcaba su pensamiento —conjeturaba— se encontraba cubierto por formas toscas y pesadas; y otras vacuas y fugaces. Miró de nuevo y sintió que todo estaba inerte.

Decidió despertar y vio que todo estaba quieto y que aún nada existía.

Entonces, sopló y todo se puso en movimiento.



En el jardín de mi casa

Fernando Squella Narducci

75 años, Viña del Mar

Es invierno, el frío cala los huesos; los árboles del jardín de mi casa yacen desnudos. Pálidos y sin abrigo, miran taciturnos el pasar del tiempo. Ya no hay razón por la cual beber de manantiales. En las raíces la oscuridad es total. El indolente órgano sufre como un cadáver el peso de la humanidad, saturada de una húmeda hipocresía, llena de fantasmas que aprovechan la pasajera apatía para hurtar su porción. De nada sirve clamar al cielo con su bifurcado ramaje. Tendrán que esperar lo esperable. La evolución así lo mandata. La obediencia es obligatoria. Las demacradas hojas, otrora devotas del sol, ya huyeron con la complicidad del viento, o quedaron atrapadas por un suelo húmedo que las herborizó. Sea cual sea el destino final, siempre será mineral.

Por muchos velos o caretas que usemos, siempre existirá una rendija por donde mirar la verdad. El sol traspasa cualquier voluntad, da luz y contorno; interrumpe la latencia natural con la hinchazón de las yemas y el posterior asomo de los brotes, plegadas nervaduras succulentas, que como alas de mariposa van emergiendo de la crisálida. Es su aliado, el dueño de su destino. Lo siguen sin decoro, como lo hace la flor de un girasol. El tono dominador del verde no tarda en ser salpicado por variadas formas y colores de flores que, con su néctar y polen, atraen a incestuosos visitantes a desflorarlas. Usan el poder para satisfacerse con lo justo y necesario. ¿Será que con ambición no hay solidaridad? Alguien dijo, “En la medida de lo posible”. Pero, ¿será que quién más tiene quiere más? Digamos que el ejercicio del “poder” no apunta necesariamente al mejoramiento de la dignidad de las personas.

Fue durante la primavera que conocí a una pretenciosa mariposa que quería ser ella y flor, al mismo tiempo. Sin embargo, reconozco el ropaje robado de un bazar, donde abundan las baratijas con que nos blindamos para sobrellevar una vida, habitualmente carente de asombro. Solo el colectivo suele darnos, equivocadamente, identidad y propósito. Pero hay que decir que existe una gran diferencia entre una espiga de trigo con grano y una vana. Únicamente quien tiene vida propia conoce la libertad. La mariposa vivió esclavizada por las dolorosas mudas de piel. Murió en soledad, sin legado. ¿Será cierto que la naturaleza no se merece nuestro perdón? ¡Cuánta arrogancia la nuestra! Amén.



Hojas en silencio

Enrique Muñoz Vega

65 años, Concón

Ahí estaba el cuaderno de apuntes. Mi mente congelada, y las manos vestidas de frío. Por la ventana los rayos del sol hacían arder la mesa rústica. Casi inconsciente, hojeaba cada página en blanco con absoluto silencio.

De pronto, grabé tres palabras iluminadas y las escribí de inmediato: muerte —ella— primero. Permanecí en un estado de pánico momentáneo. Sobresaltado, las repetí reiteradas veces. La memoria registró una imagen sobrecogedora.

Vi las manos de mi abuela. Ellas apretaban las mías con insistencia, diría que en modo de súplica. Había olvidado su premonición casi desesperada cuando me dijo hace unos meses atrás:

—¡Es imposible que tú mueras primero que yo!

Le respondí con mucha ternura:

—Viejita querida, tú sabes que estoy enfermo hace unos meses... nada ocurrirá de lo que tanto te angustia... soy joven...

Besé su frente y una lágrima brotó de mis ojos e hizo cerrar lentamente los suyos. En ese preciso instante su corazón latía ya en otra dimensión.

Ahora mis emociones permanecieron confundidas. Porque en un acto de magia sorprendente, el lápiz escribió otras palabras extrañamente perturbadoras: tú estarás muerto antes que tu abuela...

Leí esa sentencia varias veces. No comprendí qué significaba. Respiración profunda, me levanté muy desconcertado de la mesa que se congeló en forma inesperada. Corrí hacia la puerta de la habitación, pero no tenía picaporte. Intenté abrirla y fue imposible que cediera. La golpeé con todas mis fuerzas, hasta que una voz misteriosa detuvo mi escape desesperado. Y descomprimí la tensión, preguntando con escalofríos:

—¿Quién es? ¿Qué es lo que pasó? ¡Responde por Dios!

En aquel momento, desde ese frío profundo, sentí que la abuela venía a dejar flores perfumadas a mi tumba.



La abeja floja

Carmen Saure

68 años, El Tabo

No!!! No quiero ir a trabajar. Tengo las flores que son mis amigas y me están esperando para conversar y otras veces para cantar.

No!! La vida es muy corta y ustedes solo saben trabajar y limpiar... ocuparse de los chiquitos que no paran de crecer y esa reina que come doble y engorda.

No! No me importa. Hoy estoy castigada. Tengo que barrer y cuidar la entrada. No puedo salir. El perfume que me envían mis amigas me vuelve loca de alegría . Se ríen y me dicen que cuando pueda volver a salir me cobijarán entre sus pétalos, y dormiremos un poco.

Sí! Soy una floja! La vida es muy corta. Quiero conocer el entorno. Hay un riachuelo, por ahí lo escucho bien y me encanta ir a tomar agua , a darme un chapuzón.

No! Veo que nadie quiere venir conmigo a jugar y volar haciendo piruetas con la brisa. Mismo las flores bailan y cantan. Soy feliz con ellas.

—¿Por qué me tocó vivir así?, me pregunto.

La despótica reina no para de mandurriar, no solo a mí sino a todas. —Falta agua —grita—, hace calor, hagan algo. De aquí unas semanas vienen más críos, necesitan más comida.

—A Trabajar!

Hoy sencillamente no regresaré a la casa. Me siento cansada de no hacer nada. Me acostaré entre tus pétalos y dormiré. Tal vez no despierte y solo sueñe que mañana seré una flor como tú, un lirio hermoso blanco o una azucena rosa. Qué cansancio. Cerró su ojitos y durmió.



La caminante

María Isabel Quintana

84 años, Viña del Mar

Camino a ninguna parte y llevo conmigo los recuerdos de antaño.

Verde, siga. No es el verde de los árboles de hoja perenne en eterna primavera, no los árboles bajo los que me siento a descansar mientras escucho el viento entonar canciones silenciosas. No el aroma a tierra húmeda.

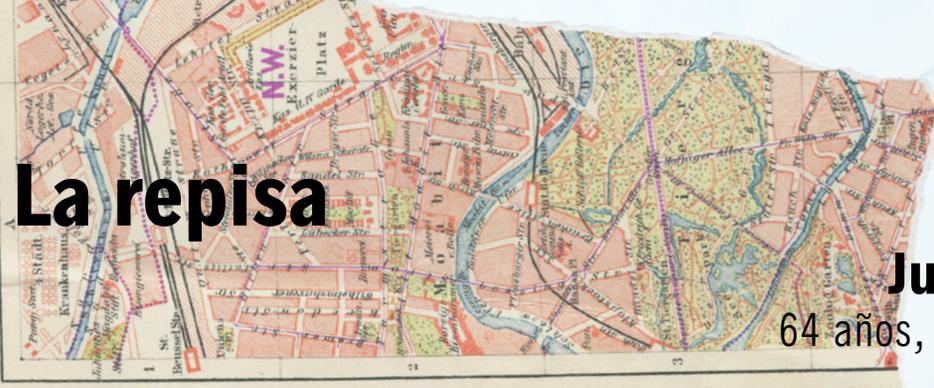
Rojo, pare. No es el rojo del pájaro carpintero que con su rítmico golpeteo hace que me detenga a buscarlo, es un martillo mecánico que rompe el pavimento y hiere mis oídos.

De pronto, un aroma a ciprés ¿de dónde viene? Es un joven recién afeitado que, con una sonrisa enfrenta mis ojos sorprendidos.

Sigo abriéndome paso en medio del gentío, rozando por aquí y por allá, no son las ramas tiernas de los ñires en crecimiento. Mi andar es automático, la vida que escucho no es la que sube a borbotones desde lo más hondo de mi sangre. Repito quedito palabras que no quiero olvidar.

Un fluir de agua me ubica junto a un riachuelo cantarín que ante cada piedra cambia el tono de su voz. Contengo las lágrimas al ver que solo es un grifo, que acaba de ser arrancado de cuajo, por el impacto de un camión.

Recupero el aliento apoyada contra un generoso abedul, y antes de reiniciar el camino me planteo la duda, si la próxima corriente de agua que escuche no será la que hace la barca de Caronte cuando me transporte a la otra orilla.



La repisa

Juan José Flores Cárcamo

64 años, Placilla de Peñuelas, Valparaíso

Todas las mañanas, apoyada con el bastón, recorre el largo pasillo de la fría casona. Bata y camisón parecen cimbrarse al compás del lento caminar y ronroneando entre las piernas avanza el gato. En el rito diario detiene la mirada frente a la repisa observando las figuritas de loza japonesa, piensa que debe sacudirlas y sacar el polvo que les quita el brillo.

El manajo de llaves tintinea y el chirrido de las bisagras, al abrir la mampara con vidrios de colores, trae consigo la claridad del día evocando vitrales de antaño. El felino da un salto escabulléndose a la calle, pero al sentir ladridos vuelve corriendo a casa.

Ella contempla el silencioso vecindario que parece estar quieto como las bolsas de basura que esperan al camión del aseo. Observa la jardinera llena de rosales, promete regarlas al atardecer, gira la vista de un lado a otro, no hay nadie a quien saludar, preguntar la hora o desear los buenos días, cierra la puerta y retorna por el pasillo.

Vuelve a parar en la repisa, la fina madera de caoba tallada con rosetones cobija el portarretratos de peltre con aquella foto en blanco y negro. La mira largo rato como si el tiempo y los días felices estuvieran detenidos allí, y sin querer, unas tímidas lágrimas recorren los surcos arrugados de su rostro. Suspira y avanza con lentitud hasta el fondo.

Después de un par de horas regresa por el mismo camino y va apilando una gran cantidad de cajas en ese pasillo, la loza envuelta en papel de diario, más allá atados con ancha cinta de embalaje, libros amarillentos y viejos cuadernos; la ropa de cama, frazadas y otras prendas de vestir se asoman a través de bolsas transparentes.

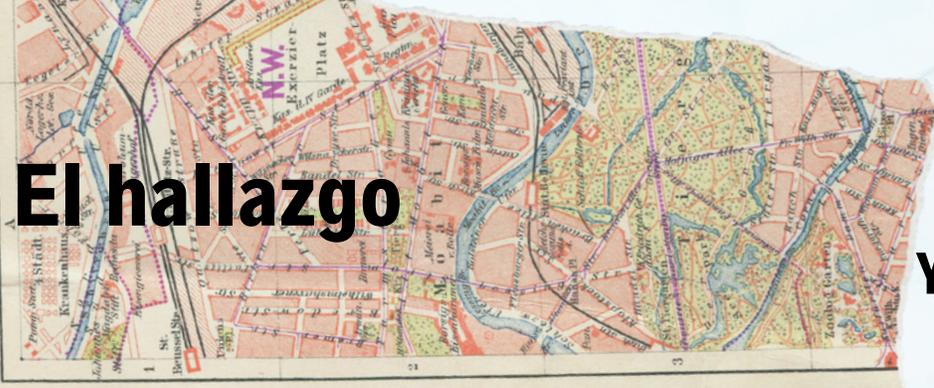
El carro de la mudanza vendrá al atardecer. Cincuenta años viviendo en aquel lugar, llevando a cuestas su viudez, pero el dinero de la pensión es exiguo, no alcanza para solventar los gastos de la casa; migrará a los suburbios y arrendará una pieza grande donde puedan caber todas sus cosas.

A eso de las siete de la tarde oye el persistente sonido de una bocina, el vehículo de flete ha llegado y comienzan a llenarlo de cajas y muebles. El eco de las habitaciones vacías parece adueñarse de los fantasmas de la soledad.

En el pasillo no queda nada, solo el sonido de sus pisadas y el golpe del bastón. Por última vez detiene su andar junto a la repisa, guarda las figuritas de loza en una cajita, temblorosamente toma el portarretratos, lo abraza con fuerza y de su interior cae una pequeña llave.

Se sorprende, siempre estuvo escondida dentro de ese marco la llave de aquel diario de vida escrito en la adolescencia, lleno de anécdotas y desventuras, amores y desdichas, tarjetitas y poemas; después de tantos años ahora volverá a leerlo.

Cierra la puerta, se aleja con sus recuerdos mientras sus manos acarician al gato que ronronea dentro de una caja de zapatos.



El hallazgo

Yolanda Luongo Morales

71 años, Valparaíso

Un rostro me mira y pregunta cosas que no entiendo. Yo respondo con pánico en mis ojos. Entonces el rostro dice: “Ya, vámonos a mi casa”. Antes de esto, no recuerdo nada. Y tampoco quiero hacerlo. Porque cuando lo hago, siento pavor y me pongo a temblar.

Ya no quería ni siquiera respirar. Es todo lo que recuerdo hasta antes de encontrar a Mimma. Unos hablantes decidieron que fuera a su casa. Asintiendo con sus cabezas replicaban que todo sería muy bueno para mí. En sus brazos, yo temblaba como una hoja, un espanto terrible se había apoderado de mi cerebro y mis músculos. Solo sé que el miedo se mezclaba con tristeza y soledad durante muchos días.

Cuando llegamos a su departamento, todo me pareció muy extraño. Ella me cantaba y me decía cosas que yo no lograba entender. Y daba vueltas por toda la casa buscando un lugar que me gustara. Siempre hablaba bajito, como para no asustarme. Yo le agradecía en silencio, pero seguía temblando. No lo podía evitar.

Por las tardes, me tomaba en sus brazos y me llevaba a dar unos paseos por lugares desconocidos. Pero era muy raro, porque a pesar del pavor, recordaba lo lindo que era sentir su respiración suave y tranquila calmándome.

Dentro de mí, yo quería ver los árboles, y esos espacios llenos de cosas tan diferentes; como por ejemplo, aquellas personas altas como postes que hablaban tan fuerte y cuando reían, todo se volvía más estrepitoso aún.

Una tarde escuché a Mimma decir: “Recordar el pasado es cosa difícil. Es como mirar a través de un vidrio roto y polvoriento”. Fue en uno de esos tantos días cuando reparé que había empezado a quererla, con su voz suave, su pelo blanco, sus canciones extrañas y divertidas. Así, tímidamente empecé a bailar para ella.

Los días pasaron y cada lugar era más mío. Podía distinguir cada árbol, cada esquina o rinconcito para marcar el camino a casa.

¡Ahora soy tan feliz! Despierto en la mañana y bebo agua fresca. Luego despierto a Mimma con el mejor de mis bailecitos, y juntas damos paseos por esas calles que ella me enseñó a diario y que yo hice enteras para mí.



Un despertar inoportuno

Jorge Cepeda González
Cristian Losenn

77 años, Puchuncaví

Tendido en la cama el hombre la vio salir desde el baño entre pinceladas de bruma de su mente afiebrada. Caminaba decidida, cimbrando sus anchas caderas con un movimiento sensual, envuelta en un aroma de erotismo que impactó su rostro. Guiada por la mano de Juvenal, Julia se tendió a su lado.

Antiguas escenas de una historia conocida irrumpieron fugazmente en su memoria, evocando los incipientes encuentros del juvenil pololeo en que, ignorantes y nerviosos, se entregaron por vez primera al compromiso de la intimación; también, aquellas inolvidables tardes de campo, enlazados bajo cómplices matorrales, anhelantes tras la persistencia del goce placentero; los furtivos encuentros en la secreta playa —alejados del mundanal ruido—, fundidos con la blanca arena, celadora de sus más íntimos deseos; y los hermosos y templados días de casados.

Con amorosa entrega se abrazaron y besaron, dando inicio al acostumbrado trámite. Luego, cual libreto conocido, se entregaron al juego erótico de las manos que, prestas, acariciaron con frenética sensualidad valles y cimas, guiadas por un cadencioso y susurrante jadeo lúbrico. Al cabo de largos minutos, sublimados por la centelleante excitación, Julia, cual jinete al galope en un corcel, emprendió con ímpetu el asedio final, fundida en un solo cuerpo con su compañero, quien, ansioso, intentó coronar con éxito el enlace. El despertador, marcando la hora de levantarse, se lo impidió.

Confundido y con una extraña sensación de tristeza y orfandad bajó de la cama —vacía y desordenada como un campo de batalla— dispuesto a prepararse para enfrentar el día. Le esperaba una larga jornada aquel 21 de julio y debía tener la casa dispuesta. Pronto se llenaría de familiares, hijos y nietos, visitantes infaltables en aquella fecha en que juntos evocarían el recuerdo de la amada Julita, en el tercer aniversario de su muerte.



Misión secreta en el banco

Raúl Santíz Téllez

84 años, Valparaíso

Las decisiones que tomé anoche me hicieron despertar temprano. Debía llegar al banco antes de que abriera sus puertas y comenzara la atención.

Me puse la chaqueta elegida y revisé que sus 6 bolsillos estuvieran libres. Cuando salí con ella comprobé que me seguía quedando algo “amplia”, pero sería mejor, porque así no se notaría cuando llenara los 6 bolsillos. El bus me dejó a una cuadra del banco. Me felicité porque —como deseaba— no había nadie esperando que abrieran.

A las 09 horas exactas, 2 vigilantes abrieron las puertas. Al ingresar, advertí que otro cliente venía llegando. Miré cuál de las cajas quedaba más cerca de la salida, mientras observaba dónde se ubicaba el recién llegado.

Quedé tranquilo. Subiendo al segundo piso, pasé entonces a la caja que había elegido. Junto con saludar al cajero, le extendí mi documento que acreditaba que debía retirar 15 millones de pesos. Me miró con algo de sorpresa. “¿Cómo los va a querer?”, preguntó. “Solo billetes de 20 mil pesos, en fajos de medio millón”, le respondí con seriedad. Comenzó a sacar atados de billetes y a contarlos en su máquina, asegurándose de que yo viera que hacía los fajos como se pidieron.

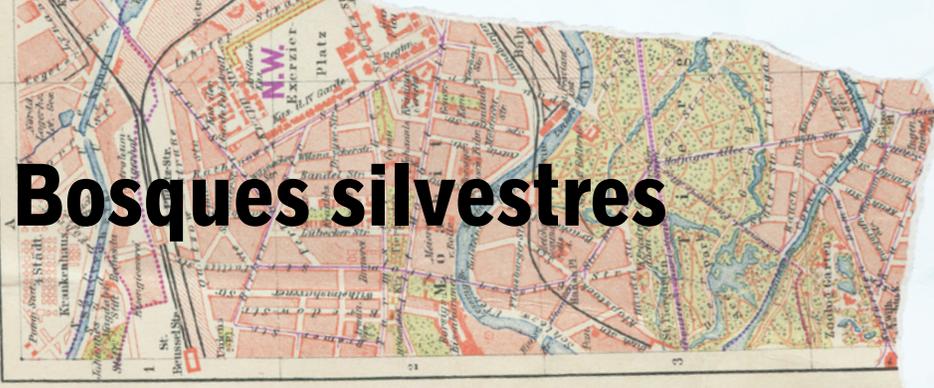
¡Increíble! No puedo recordar cuánto tiempo transcurrió, pero sí sé que fue extenso, mientras me preocupaba que siguiera llegando más gente al banco. Cuando un calorcillo de nervios comenzaba a invadirme, dijo que estaba todo listo. Me fue pasando, uno a uno, 30 fajos de medio millón cada uno. Tratando de guardarlos con algo de tranquila rapidez, repartí 10 fajos en mis 6 bolsillos de la chaqueta, más otros 5 en los bolsillos del pantalón, no sin antes extraer y desplegar una pequeña bolsa de género rojo, donde quedaron cómodamente los restantes 15 fajos.

Me giré para preparar mi salida. Todavía había poca gente. En el exterior aún todo parecía desierto. Agradecí y me despedí del cajero al emprender mi salida del banco, observando atentamente a diestra y siniestra, para prevenir cualquier ataque inesperado.

Esta opción, ir solo y no acompañado, me convenció de ser la mejor, aunque más riesgosa, sin duda, pero segura si hacía todo temprano.

A una cuadra del banco estaba el paradero de buses. Y como una ayuda divina, el taxi colectivo que me servía no tardó 5 minutos en llegar. ¡Fue como si lo hubiéramos acordado previamente!

Llegué a casa sonriente y antes de que hablara algo, mi esposa me dio un estrecho y prolongado abrazo. Su nerviosa espera había concluido. Yo estaba felizmente de vuelta con el pago total de mi finiquito.



Bosques silvestres

Mauricio Acuña Pérez
63 años, Quilpué

Quando nace el sol en la montaña, mi amigo recorre el bosque silvestre. Hoy ha comenzado su caminar desde los árboles cargados con frutos jugosos; luego ha cruzado un espeso prado donde abundan las flores rojas y amarillas. Le encanta ese olor que emana de la tierra húmeda y de las hierbas frescas mojadas que ha dejado el sereno.

Al salir de la pradera, el cristalino murmullo de un arroyo llega a sus oídos. Acelera sus pasos hacia el riachuelo, sabe que allí puede hallar alguna presa pequeña. Se detiene en ese hermoso y tranquilo lugar. Con paciencia mira todo el entorno, la agudeza de sus ojos le ayuda a darse cuenta que en el agua y recovecos de las rocas no hay indicios de vida.

El hambre se le revela con el resonar de sus tripas. Se dice: “me arrepiento tanto de no haber comido de los frutos que tuve a mi alcance”. Levanta su peluda cabeza, mira el cielo y medita: “quizás pueda hallar algún pajarillo distraído o sus huevos”.

El peligro acecha a mi amigo, él no lo sabe. Se confía en la ley del más fuerte, por eso sigue buscando una presa. Mientras concentra sus sentidos privilegiados, un olor especial que ha llevado el viento invade su olfato. Es una esencia química penetrante que le sugiere arrancar y esconderse. En condición de alerta, sus ojos ven un destello de luz, seguido de un estruendo, proviene del otro lado del río, donde se forman sombras por la abundante vegetación. Sus estímulos se activan provocando que sus ojos se enrojecen, su pelaje se engrife y su corazón se acelere.

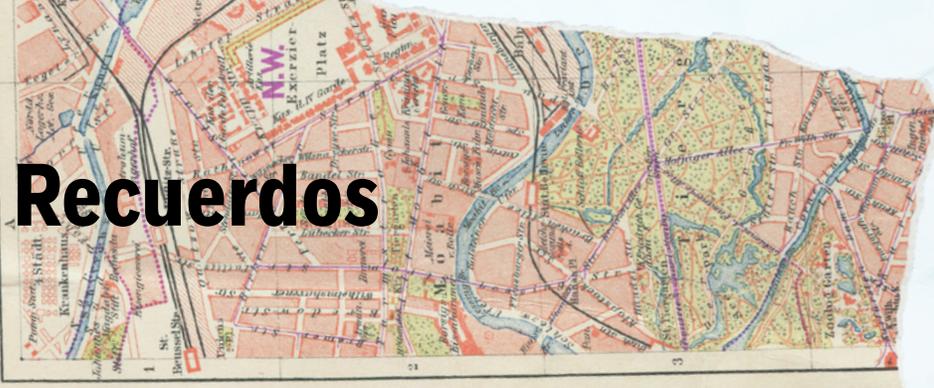
Es el primer miedo que presencia en soledad. Su instinto aconseja correr y ocultarse ¿pero dónde? Con agilidad salta hacia un tronco, donde adquiere más altura, mira su entorno, descubre que no está solo: hay muchos animales que arrancan, trepan, se esconden en los árboles y guaridas.

Su nariz la siente mojada por secreción... se tranquiliza... recuerda su vida de cachorro... “Esto yo lo viví con mi padre”. Sin mediar más tiempo, se oculta en el interior del tronco del árbol. Se queda en silencio, quieto... muy quieto...

Mientras tanto, al lado norte de la ribera caminan dos jóvenes, uno es alto y rubio; el otro gordo con pecas. Ambos tratan de atravesar el río. Sus pasos son torpes al esquivar las rocas del torrente. Cabeza gacha, buscan un paso donde el agua sea menos profunda. Quieren llegar pronto al bosque silvestre. Ambos cargan escopetas. A viva voz comentan:

- ¡Tenemos que llegar con algún cuero!
- ¡Viste que casi le doy medio a medio a un conejo!
- ¡Ojalá podamos encontrar y cazar al último zorro azul! Su piel vale un dineral — comenta uno de ellos.

Quando eres el último de tu especie y no lo sabes, sigues con tu natural comportamiento. Sin embargo, el precio de tu vida ha adquirido un valor inapreciable. Para muchos eres un trofeo; para muy pocos, un valioso espíritu sagrado.



Recuerdos

Óscar Lizana Farías

76 años, Viña del Mar

La pandemia del COVID-19 estaba menguando y el frío húmedo en Viña del Mar no quería dar paso a los aires primaverales, aquellos que me habían convencido de venir a vivir a la, en aquel entonces, Ciudad Jardín.

Decidí entonces viajar a Santiago. Se me ocurrió visitar a mis hermanos en la casa donde nos criamos: Nueva de Valdés 987, en el barrio de Avenida Matta. Recuerdo bien esa dirección pues escribí cientos de cartas cuando estudiaba en el extranjero. La pandemia y todo lo que pasamos durante la cuarentena me hizo consciente de que nosotros tenemos fecha de vencimiento pronta a cumplirse. Por tanto, no era mala idea juntarnos a pasar un rato agradable...podría ser el último. Envié sendos WhatsApp a mis hermanos fijando día y hora.

Mi hermana Leticia habitaba aquella casa. Mi visita coincidía con el aniversario de la muerte de mamá, acaecida muchos años atrás. Mi hermano José Luis también estaba presente con sus aires de gran señor.

A eso de las dos de la tarde, mi hermana nos invitó a pasar al comedor para almorzar. El olor de cierta comida me puso en alerta.

—Les preparé algo rico —agregó sonriendo.

—Ay, hermana, qué lata, pero ya almorcé —dije.

—Cómo que almorzaste. ¿cuándo? —preguntó molesta.

—Hoy fui rápidamente a almorzar pescado frito —y para que no quedara duda agregué —con papas fritas.

—O sea que antes de tomar el bus almorzaste en Viña.

—En Caleta Portales —dije socarronamente.

Era mentira. Estaba muerto de hambre.

—¡Qué lástima! Yo te había cocinado legumbres —dijo levantando el cucharón humeante de la olla.

Aquel olor pestilente a garbanzos me golpeó la cara. Se estaba burlando. Mamá me obligaba a comerlos. De repente caí en cuenta de que mi hermana estaba tratando de refregarme algún rencor guardado.

—¿Por qué no se los das a tus gatitos? —contrataqué. Cuando niños teníamos la creencia de que las que amaban los gatos se quedaban solteras.

—Tuve que quedarme a cuidar a mamá mientras ustedes hicieron su vida desentendiéndose de ella —dijo y sus ojos se llenaron de lágrimas— yo la cuidé hasta que murió.

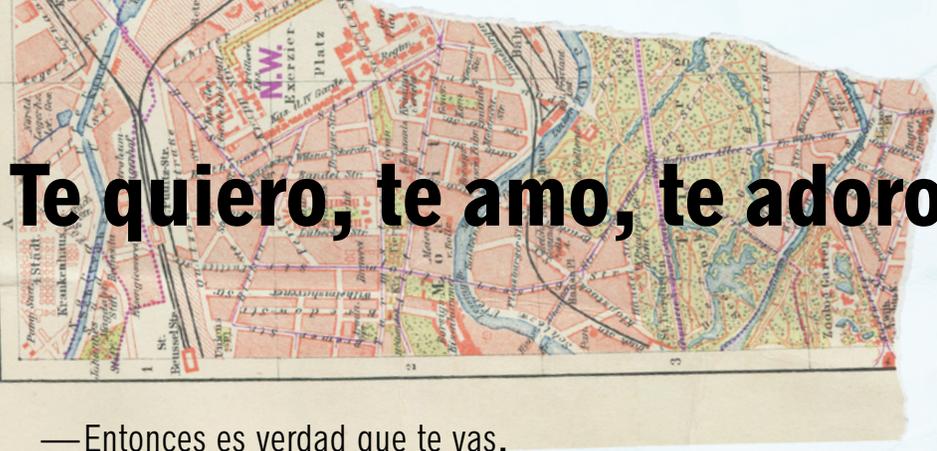
—Cuidados que te pagaste quedándote con esta casa. Y nosotros ¿Qué? Tuvimos que sacarnos la cresta para tener un techo.

—Pero, no se pongan a discutir ahora —terció José Luis.

—Tú te callas. No se me olvida que eras el regalón de mami. Tampoco se me olvida que siendo dueño de una empresa, que te enriqueció, no fuiste capaz de darme un trabajo cuando yo no tenía qué dar de comer a mis hijos —le reproché con amargura.

Mi hermano enrojeció de ira. Mi hermana lloraba. Lo más aconsejable era que me marchara de allí. El horno no estaba para bollos. Al salir de aquella casa en que nos criamos alcancé a escuchar un “ándate a la mierda”.

¿De dónde se me habrá ocurrido mencionar que me gustaba el pescado frito con papas fritas?



Te quiero, te amo, te adoro

Omar Rubio Orellana

77 años, Viña del Mar

—Entonces es verdad que te vas.

—Sí, es verdad.

—Y ¿adonde irás?

—No es de tu incumbencia, creo.

—¿Cómo puedes decir eso? Por supuesto que me importa.

—No te preocupes, sé cuidarme sola.

—¿Y te vas, así nomás? ¿Y nuestro perrito Max, que te sigue en las caminatas?, ¿y la gatita Mishi, que duerme a tu lado? Bueno... ¿y también yo...? ¿Y tus susurros de amor, con besos mordisqueados? ¿Y tus te quiero, te amo, te adoro, en éxtasis navegados por la vía láctea, como decías? ¿Y tus juramentos de amor por y para siempre, bailando canciones con violines y bandoneón? ¿Qué pasó? ¿Qué fue? ¿Qué hice mal? ¿Qué te ofendió? Desde hace un tiempo noté que tus abrazos ya no eran apretados, tampoco tus besos mordisqueaban. Y los susurros escasearon.

—Si hay algo que no es eterno, Juancho, es el amor, se dice por ahí. Ya no te quiero, no te amo, no te adoro. Fue lindo, hermoso y agradezco tus atenciones, dedicación, cariño... pero se acabó. No hay más. Me llevo a la Mishi. Espero me des derecho a visitar al Max.

—Por supuesto, siempre serás bienvenida. Quedaré a tu espera, rogaré a los planetas y al Multiverso para que vuelvas. Yo aún sí te quiero, te amo, te adoro.

—¿Me ayudas? Ha llegado el Uber

Beso en la mejilla, y el corazón partido.

CUENTOS

Escritoras inéditas





Agosto de 2050

Eugenia Guerra Marchant

70 años, Viña del Mar

A mis 96 años conservo algo de memoria corta, y la larga sigue intacta. Queridos bisnietos, hurgando en esa memoria quiero comentarles, sin ánimo de latearlos, lo agradecida que estoy de la vida por el privilegio de haber sido testigo de los avances y retrocesos de la creatividad y las capacidades del hombre.

En la década del 2020, sucedieron varios eventos apocalípticos, pandemias, sequías, lluvias que arrasaron ciudades enteras, incendios, temperaturas extremas, cambio climático evidente, etc., pero hubo mujeres sabias, hombres sabios y juventud comprometida e impulsora de cambios en su relación con su entorno, quienes juntos aunaron fuerzas y lograron hacer conciencia en los grandes líderes de las potencias mundiales de que había que parar un rato, debido a que íbamos por un precipicio en caída libre, que era necesario cambiar la forma de producir y consumir bienes.

Esa es la razón o las razones por las que ustedes ahora, intercambian todo tipo de artículos en la feria de trueque de este pequeño pueblo.

Ustedes no alcanzaron a conocer las industrias contaminantes, los supermercados, los denominados Mall, enormes y apabullantes, ahora todo se produce a escala local sin intención de enriquecimiento, tan solo vivir sencillamente con lo básico es el lema de la humanidad. Ha costado esta reconstrucción, pero el hombre, una vez más, fue capaz de sortear los obstáculos y vive en paz consigo mismo, con sus pares y con su entorno.



Amiga Rosita

Elisa del Carmen Flores Cerda

73 años, Viña del Mar

Era un día domingo y una fuerte brisa entumecía mis dedos al caminar. Fue cosa de intuir nuestra cercanía, justo cuando yo veía casi imposible conocer personas amables y generosas. Pero todas estas inquietudes se disiparon en el instante en que nos saludamos; y en ese mágico acto nació mi amistad con Rosita. ¡Qué gran emoción sentía cuando llegaba a visitarme! Almorzábamos rico y saludable, cocinado con paciencia infinita por mí, antes de salir a recorrer la playa y los jardines aledaños en cómodas zapatillas. Su entusiasmo siempre estuvo en caminar largos trayectos, a toda hora y sin descanso. Pese a ser mayor ella era más ágil que yo. Quizás yo venía cansada de antes, del señor marido y de los hijos. Ella me lo hizo ver sabiamente. Que me despegará y pensara en mí. En mí y en ella como cómplices de nuevas hazañas en este territorio acogedor; pero llegó el invierno y debíamos cuidarnos. Las salidas a la plaza y al mar dieron paso a largas conversaciones encerradas en casa junto a un té o un mate. Un kuchen o sopaipillas también eran infaltables. Y gracias a su buen manejo de la retórica, como ex profesora, leíamos por turnos antiguas cartas de inolvidables amores, y algunos poemas de nuestros escritores preferidos. La confianza era absoluta entre nosotras, y las familias de ambas celebraban el nacimiento fortuito de nuestra amistad. Por la mañana o la tarde, siempre aparecían anécdotas medio olvidadas; o elementos anexos acerca de temas complejos. Y si nos repetíamos en el relato de pequeñas historias, o las recordábamos algo borrosas, no nos importaba. No existía el aburrimiento estando juntas. Nos escuchábamos con admiración, respeto y afecto. Juntas sabíamos que de aquí en adelante no tendríamos miedo a nada; ni a las molestas veredas empinadas ni a los insistentes vendedores de azucaradas palmeras. Hasta que un día se enfermó grave y sus hijos decidieron trasladarla a la capital. Desde aquel día, solo puedo confesar que guardo recuerdos de mi hermosa amistad con Rosita, durante los largos inviernos o agitados veranos, en este pueblo costero.



Animal sintiente

Luis Ahumada Flores

65 años, Viña del Mar

Hummus, qué duda cabe, es un gato sintiente. Cuando pequeño fue abandonado a la vera de un camino rural. Junto a su hermana caminaron en direcciones opuestas, ambos buscándose la vida. A su hermana nunca más la volvió a ver.

Su camino hacia la sobrevivencia comenzó por la casa de un matrimonio mayor. En la puerta de entrada, con una mirada mustia y la fragilidad propia de su edad, tocó la puerta. Desgraciadamente, al matrimonio no le gustaban los gastos.

—¿Qué hacemos? —Consultó la mujer a su marido— ¡Es tan pequeñito! No va a sobrevivir solo.

—¡Preguntémosle al vecino! —Sugirió el marido.

—¡Buena idea! —Respondió la mujer.

En la casa vecina, Hummus encontraría lo que sería su hogar definitivo. Sin embargo, la adopción no fue inmediata. La familia venía saliendo de una experiencia triste. No estaba preparada para integrar a un nuevo miembro. Hummus tuvo que pasar esa primera noche subido al parrón de la casa, muerto de frío y con susto de ser atacado por los perros del lugar. Su llanto desconsolado despertó a quienes finalmente lo acogieron en el hogar.

Los primeros días fueron de conocerse. Aprender los olores, el sonido de las voces, los recovecos del lugar. El campo era un mar abierto donde poder jugar. Observar los pájaros, intentar cazar una lagartija, perseguir un conejo, se transformaron en sus pasatiempos cotidianos. De vez en cuando, entre sueño y sueño, Hummus pensaba en su hermana. La tristeza asociada a sus primeros pasos se calaba en sus huesos.

Luego vino la pandemia. Confinamiento total. Junto a su familia, Hummus aprendió a observar la pantalla del computador. Las clases virtuales se transformaron en su mayor entretenimiento. Por fin, pudo ser el protagonista. Cual actor de cine, aprendió a interactuar con otras mascotas que aparecían de forma intermitente. Mover la cola, mirar fijamente a la cámara, escuchar las risas, eran parte de su actuación.

Un día, inesperadamente, llegaron a casa dos gatas pertenecientes a familiares cercanos. Pepa era una gata mayor, madura, tímida, a veces huraña, aunque de mirada dulce. Chiqui era todo lo contrario, extrovertida, llena de energía, ganas de saltar, correr, interactuar. Para Hummus no fue fácil aprender a jugar con animales reales. ¿Podrían atacarlo? ¿Hacerle daño? ¿Humillarlo? Sin embargo, ambas gatas se transformarían en sus amigas inseparables.

Al finalizar la pandemia, Hummus sintió una responsabilidad especial con su familia adoptiva. Le habían entregado tanto cariño sin pedir nada a cambio. Su sensibilidad le permitía saber cómo estaba cada uno. Si se había levantado triste o alegre. Si alguien estaba enfermo o preocupado. Así, Humus aprendió a acompañar al que se encontraba más débil. Los quería a todos por igual.

Hummus hoy es un gato feliz. Atrás quedaron esos momentos de angustia, de temor al abandono. Una Ley lo protege, lo reconoce como animal sintiente. Por fin Hummus puede dormir tranquilo. Nunca más volverá a ser un gato abandonado. Solo perdura el recuerdo de su hermana.

Año 2024, en la tierra

María Angélica Latín Peña

76 años, Quilpué

El tiempo escondido en cada rincón de su vida, de pronto comenzó a tomar tal importancia en Susana que, entre libros, manualidades y otras cosas, siente que tiene que agilizar su vida. Con su mirar cansado, observa el calendario que adorna la pared del dormitorio y que faltan pocas semanas para ¡Navidad del año 2049!

De mal humor ella interactúa con su asistente de voz inteligente. Alexa, desgastada por el tiempo, a veces no responde, enojando a Susana, que no queriendo ver la realidad del futuro prefiere ocultarse en su jardín de flores y frutales. Pues bien, odia esa voz metálica que insistente cada mañana en hacer sonar la campanilla para llamar, hasta que ella responde.

—Te dejo leche y galletas. Susana, debes comer o te llevo al Centro de Cuidados Humanos, ¿Sabes lo que eso significa?

Recibe leche y galletas, escuchando el odiado adiós de tantos años igual. Disipado su mal humor, camina por el oscuro pasillo de la casa fijando sus ojos en su trofeo que cuida desde el año 2024, una taza sin oreja, sublimada con unos niños jugando en la playa con su desgastado platillo azul, ¡es una linda taza china de aquel año confuso!

Susana suspira añorando esos perdidos años donde la humanidad parecía dividida en dos: buenos y malos. Era muy difícil entenderse. El mundo se desmoronaba lento. En secreto los científicos preparaban máquinas de reemplazo humano. ¡Nunca pensó que los viviría!

Susana observa el payasito de percal y satín desteñido que cuelga de la puerta del closet, con su lagrimita artificial... que parece reírse siempre de ella. Los pañitos a crochet, amarillentos y empolvados sobre su velador ya no le recuerdan a la abuela materna.

Sobresaltada ante un momento fijo de su mente, da un grito de terror. Sufría pensando que se repetía el momento aquel en que las máquinas de brazos largos la atrapaban cuando intentó llegar a la playa y ver por última vez el oleaje marino, desde entonces ella vive encerrada en su propia casa.

La mente envejecida de Susana a veces le juega bromas y ella ve cosas creyendo que son reales. Ese día en su escueta pieza ve desde su cama el majestuoso y viejo arbolito de Navidad con todos sus colgajos atesorados y ágiles luces danzantes que se encienden y se apagan.

Entrecerrando sus ojos mira asombrada la maravilla de ver la familia completa y ella entre ellos tan feliz. ¡Es la Navidad de Susana!... Es su Pascua...

El día 25 de diciembre de 2049, entran a su pieza los del Centro de Cuidados Humanos y la encuentran muerta con una sutil sonrisa en su cara, y sobre el velador, un libro desgastado por el tiempo “NEXUS” del autor Yuval Noah Harari.

“Todo hombre tiene una chispa de bondad y una chispa de maldad, avivad la bondad para no perecer”.



Bajo un cielo estrellado

Mónica del Tránsito Álvarez Vera

76 años, Quilpué

“El amor no mira con los ojos, sino con el alma”
Shakespeare

Emeterio siempre supo que la vida en el campo no era para cualquiera: algunos la veían como un martirio, otros como un refugio. Para él, eran ambas cosas. Este hombre de 76 años, casado y sin hijos, se dedicaba a sus propios cultivos, que distribuía semanalmente en la ciudad. A pesar de un mundo convulso por la pandemia, la soledad y el aislamiento, Emeterio siempre estuvo proveyendo sus mercaderías al público.

Durante el día, él preparaba las verduras que comercializaría en el mercado de la región. Alrededor de la medianoche, encendía su camioneta, revisaba la carga y comenzaba el viaje, un éxodo que lo llevaría a su destino hacia las dos de la mañana. A su lado, como siempre, iba su amada, su fiel compañera. Para muchos, aquel trayecto nocturno podría ser monótono, pero para ellos se convertía en un momento mágico. A esa hora, el campo parecía otro mundo, con sombras largas, árboles inmóviles y un cielo estrellado. En la quietud de la noche, detuvieron el vehículo y bajaron en silencio, sobrecogidos por la belleza del paisaje estrellado que los hacía sentirse pequeños.

La gran dedicación que tenía hacia su trabajo lo llevó a descuidar su salud. En un control médico le detectaron un engrosamiento en la próstata y le recomendaron que se realizara varios exámenes. Sin embargo, siendo un hombre de campo, decidió no darle importancia y continuó con su vida de manera normal. Con el tiempo, empezó a notar ciertos malestares. Cada noche, se veía obligado a detener la camioneta para bajar y aliviar su cuerpo.

Los dolores se hicieron constantes, y un día tuvo que ser ingresado en el hospital Van Buren de Valparaíso. Nadie de su familia podía ir a verlo. Sólo se comunicaba por celular con su esposa, quien le acompañaba en la distancia. Los días pasaban, y Emeterio se deterioraba cada vez más. Lo único que deseaba era ver a su amada. Un día, a través de la pantalla del celular, le pidió que lo llevara a casa. Le dijo: “Quiero morir en tus brazos”.

El último deseo de Emeterio estaba a punto de cumplirse: iría a su casa para reunirse con su amada. Sin embargo, debido a los protocolos del hospital, no fue posible. Los días pasaron y el estado de Emeterio se agravó.

El 14 de enero de 2021, en la soledad de su habitación de hospital, Emeterio sintió cómo su cuerpo, cada vez más frágil, parecía desvanecerse poco a poco. Con los ojos entrecerrados y una paz inesperada, creyó ver a su amada, de pie junto a su cama. Extendió una mano temblorosa, y en un suspiro de alivio y amor, comprendió que estaba emprendiendo su viaje eterno. Cerró los ojos por última vez, con el consuelo de saber que, en algún rincón de la eternidad, ya estaba junto a ella bajo un cielo estrellado.



Brujos

Héctor Cuitiño Colín

74 años, Valparaíso

El viento, la lluvia, azotaban fuerte a la danza del tiempo. El archipiélago continuaba oscuro, las diminutas casas en las lomas, percibidas por el pequeño resplandor que dejaban ver sus ventanas más el ladrar y aullidos de los perros, hacían un espectáculo poco apto para caminar en una noche “extraña” por el ripio de la huella para llegar al muelle.

—Buenas —saludó el hombre que acababa de salir de un recodo del camino, desde un sendero cerrado por zarzamoras a cada lado.

—Buenas —contesté— debo alcanzar la lancha pa Mechuque...

—Vamos amigazo, yo igual voy pa’ allá —miré de reajo y pude ver un pedazo de su rostro tapado por el poncho que cubría su cuello, algo vi; tenía un diente de oro que brillaba al conversar, cuando la luz de la luna se asomaba entre nubes.

Me sentí raro, algo pasaba. Mi paso fue acelerándose poco a poco, noté sudor en mis manos y mi respiración me hizo comprender que mi cuerpo, por alguna razón, había tomado una actitud de alerta. Recordé el ejercicio de respiración para calmar los ataques de pánico, inhalé y exhalé repetidas veces. Me tranquilicé, pero llegué a una conclusión: tenía... ¡miedo!

Pregunté fuerte, para que escuchara a través del viento y la lluvia:

—...¿Y cuál es su nombre amigo?, yo me llamo Héctor, soy de Llau Llau.

Mirándome directo a los ojos, sin siquiera poner cuidado en lo irregular del camino, contestó congelándome con su mirada...

—Soy Mario Barrientos, “Malandrín” me dicen mis amigos. Vivo al frente de Mechuque... hoy salí al cuidado.

“Salir al cuidado” pensé, y seguí. Empezamos a bajar por un recodo del camino con barro, lluvia y viento... A la orilla, una casa, su estufa a leña prendida, contaba el humo que salía por su chimenea. Los perros ladraron, recogí unas piedras para ahuyentarlos. Bajamos rápido la pendiente, ellos cruzaron la tapia corriendo hacia nosotros, alisté mis piedras. Algo pasó, repentinamente se detuvieron y sentaron, mirándonos desde donde estaban, sin ladrar.

—Menos mal —dije.

—Parecían bravos —me respondió.

Al final, mirando el muelle dijo:

—Siga, pasaré a orinar.

—Ya —le dije— debo alcanzar la lancha, es la última.

Le di la mano; un frío extraño me invadió por completo. Sus manos apretaron fuerte, pero frías, como sin vida. Corrí hacia el Muelle, Malandrín se perdió entre los matorrales.



Brujos

Héctor Cuitiño Colín

74 años, Valparaíso

Escuché:

—Apúrese don Héctor, el canal se va a poner chúcaro más rato.

—Llegué, don Mario me trajo rápido.

—Qué Mario —dijo el lancharo.

—Don Mario Barrientos... —respondí.

“Jajajajaja”, escuché la risa de todos los tripulantes, algo brilló entre ellos en la oscuridad, alguien gritó:

—Le salieron “al cuidado”...es buena señal....

—Qué pasa —pregunté, con miedo a la respuesta...

—Don Mario Barrientos, “Malandrin” es un espíritu que sale al camino en las noches de temporal a cuidar a los caminantes que lo merecen.

—Pero, lo vi, hablé con él, conversamos.....

—Don Héctor, “Malandrin” murió hace 15 años; a secarse, cámbiese y tómese un café. Nos vamos.

Pensé, mis ancestros lo hicieron otra vez.



Caminata

Damaris Seomara Matus Pincheira

69 años, Viña del Mar

De Tembagapura a Hidden Valley hay casi 5 kilómetros de distancia, todo en subida por un camino de tierra y ripio obtenido del despeje de los túneles de la mina. A ambos lados de la ruta, la vibrante selva de montañas característica de Papúa. Muchos usan esta ruda caminata como ejercicio o entrenamiento por su demandante elevación.

Un grupo de mujeres, esposas de trabajadores de la mina, acordaron hacer el recorrido juntas con la idea de realizar una actividad saludable y entretenida. Algunas eran trekkistas habituales, otras, de las que no hacen ningún tipo de ejercicio. Además, como reflejo de la realidad del campamento minero, había representantes de todos los continentes. Se reunieron frente a las oficinas de Recursos Humanos y cerca de las 8 de la mañana iniciaron la subida.

Desde el principio se hizo evidente la diferencia entre experimentadas y aficionadas. Las primeras se mantuvieron en silencio comentando la situación con frases cortas. Las otras en cambio conversaban y reían animadamente al mismo tiempo que se iniciaba el ascenso.

El día estaba inusualmente despejado y caluroso lo que supuso una exigencia y esfuerzo mayor. A mitad de marcha, Ronhel, la sudafricana rubia y blanquísima, comenzó a sentirse mal. Todas paramos, la hicimos sentarse a la sombra y llamamos a su marido, el doctor Tim.

El rostro de Ronhel estaba rojo y caliente, así que algunas vertieron lo que les quedaba de agua en su cabeza, cuello y brazos, pero nadie reservó para darle de beber. Hubo un momento de pavor en el grupo, se veía exhausta y a punto de perder el conocimiento. Todas hablaban y proponían soluciones descabelladas, hasta que Lindiwi se adelantó con timidez y dijo:

—Yo tengo agua.

La miramos como a un ser divino. Se escuchó todo tipo de exclamaciones de felicidad, sin embargo Ronhel, reuniendo lo que le quedaba de energía, se enderezó y con ojos llameantes gritó:

—De ninguna manera tomaré agua de esa botella —y se dejó caer de espaldas a la sombra.

Diez minutos más tarde arribó el doctor Tim en su camioneta, con una enfermera y agua embotellada que no había sido tocada por los labios de una negra.



Caso cerrado

Eduardo Reinaldo Leiva Vega

78 años, Olmué

Separando hebras colorinches desde la cesta de hilos creativos de mi inconsciente para urdir algún buen cuento, me encontré Paulina, mi hija de diez años, sentado frente a una página en blanco del compu, en mi covacha íntima. Rodeado de libros rancios, en un desorden caótico, empolvados como dulces chilenitos de La Ligua y con uno que otro ácaro apasionado por las letras o la retórica, ¿tal vez?

Había llegado corriendo a mi lado con sus rizos dorados inquietos aún, una carita de rosa matinal y los dos pícaros ojos azules bañados en lágrimas. Me abrazó, haciendo pucheritos; y en modo acusete, acotó: “mamá no quiso escucharme, metía un pastel al horno; molesta, me gritó: ¡Ve con tu padre chiquilla de moledera! ¿Puedes creerlo, papito lindo?”.

Manipuladora, con su aire regalón, me vació el balde de agua fría de una: “¡Estoy enamorada!”. “¿Qué?!” , grité para mis adentros. Me quedé congelado, sin manifestar emoción alguna.

—¡Vaya! Y ¿quién es ese afortunado caballero que osa robarme a mi encantadora princesita?

—Se llama Tomás, papi. Pero él todavía no lo sabe. Se lo diré esta tarde.

—Menuda empresa, Paulinita.

Sequé sus lágrimas y la besé. Ignorando cómo salir del atolladero sin lesionar su corazoncito acorralado por ese amor naciente, dilaté un poco las cosas preguntándole: “y ¿cómo es Tomás?”. Su carita se iluminó y respondió: “le dicen “fantasmita”, tiene su piel pálida, el pelo trigueño y ojitos de miel. ¡Toca la batería, papi! Su voz es suave y es tiernito ¡Me encanta! Usa lentes. Es el mateito del curso”.

Un dechado de virtudes, pensé: “Disuadirla no será fácil. Su atracción por Tomás parece ser auténtica. Bellacos primeros amores...”. Siguiendo su línea confesional, indagué: “¿se lo dirás esta tarde en el colegio, entonces?”

—No, papito, no tenemos clases. Los docentes están en paro por algo de una deuda histórica que no entiendo. Así que lo invité a casa, a la hora de once.

—Pe, pe, pero, ¿tu mamá lo sabe?

—¡No! Te recuerdo los derechos del niño, papá; la ley y nuestras libertades...

—Sí, sí, algo sé. Aun así, creo que merecemos estar informados de cualquier decisión que tomes. Es de respeto mutuo. Y me parece, está incluido en esa famosa ley que mencionas.

—¡Ok, ok, iré a decírselo!

Luego de quedar en vilo dándole vueltas a esta acometida reivindicadora de derechos y amores primeros de Pauli, sonó el timbre. Era el fantasmita. “Qué mote más bien puesto”, me dije. Entró con una pachorra asombrosa. Después de saludarnos, se sentó en el living de pierna arriba. Oriana, mi esposa, sin delantal y de pelo acomodado, le acercó jugo de naranjas y galletas.

Mis ojos, moviéndose entre Tomás y mi hija, estaban atentísimos a los menores detalles. Nos contó que su padre era arquitecto y su madre psicóloga. Que él pretendía ser percusionista de alguna orquesta sinfónica, pese a la oposición de sus padres. Paulinita necesitaba un babero, urgente. Enseguida, agregó: “después de Mateo, mi enamorado, la Pauli es mi mejor amiga...”.



Chicolás

Cecilia Josefa Lorenzo Schiaffino

80 años, Valparaíso

En Playa Ancha, vivía en una casa muy grande una anciana viuda que tenía tres gatos regalones y un canario. Como la anciana quería mucho a los animales y en Valparaíso hay muchos perros callejeros, ella a ciertas horas les ponía una gran olla de comida y un tiesto con agua para que tuvieran algo de comer. También ponía unos cojines usados, para el que quisiera dormir más cómodo.

Un fin de semana, su hija la pasó a visitar y escuchó unos fuertes ronquidos. La casa se estremecía:

—“¿Hay alguien durmiendo acá?”.

La anciana, con una mirada pícara contestó:

—“Ve a la última pieza y sabrás”.

Fue en puntillas y casi se desmaya del susto al ver durmiendo en un sofá a un perro inmenso, con el hocico abierto, la lengua colgando hacia un lado, mostrando una dentadura intimidante y a “pata suelta”, roncando como león.

Asustada, volvió donde su madre que le explicó:

—Lo adopté. Le puse de Nicolás, pero le digo Chicolás, pues el hijo del vecino se llama Nicolás, lo que se prestaba para confusiones.

Era el perro más bravo del barrio, hasta los gatos le temían. Le ladraba siempre a las mismas personas. La anciana lo justificaba diciendo “tienen malas vibras y Chicolás lo detecta”.

Había una nieta de la anciana que vivía en el barrio y estudiaba en la universidad. Chicolás la acompañaba casi todos los días. En invierno la anciana le ponía un chaleco viejo amarrado con medias de nylon. Lucía muy ordinario, pero a él no le importaba. Los estudiantes se burlaban de su tenida, pero él no le daba importancia. En una de las fiestas universitarias se elegiría a “mister” piernas y por supuesto salió elegido Chicolás, que se paseó por el escenario como si fuera su casa. También lo eligieron Rey Feo, nombre muy bien puesto obviamente.

El subía a la locomoción colectiva con la nieta y ya los conductores lo conocían. Nadie protestaba, era intimidante.

Cruzaba las calles en los pasos de cebra, y si había semáforo esperaba la luz verde para atravesar. Causaba mucha gracia ver lo astuto que era.

Un fin de semana la región estaba muy alborotada con la visita de un personaje importante. Muchas personas creen haberlo visto entre la multitud. Desde ese día, Chicolás desapareció para siempre.



Conciencia

José Miguel López Lira

61 años, Valparaíso

Sentado en el límite, surgió una llamada inesperada. Era una voz sorda en mi oído plano...

—¡Detente! —dijo. Hubo silencio y preguntó— ¿Dejarás caer tu alma?...

Elevó la palabra de ilógica manera, insistiendo:

—¡Escúchame!, ¡no!, ¡no es adecuado!

Y casi quieto dentro de mí, me detuve... Giré, y entre no entender y levantarme, sentí que estaba solo, despierto, soñoliento e inquieto. En el vaho, abrazado al espejo en ese rito diario, te distingo. Te encuentro, contemplándome. Y me induces escenas con tu gusto por el movimiento, por los matices naturales. Tu lado amable, ese agradable poder de ver los vasos, siempre, a medio llenar, ese pedir permiso para todo, el sufrir con ansiedad quieta (omitiendo tal vez silencios). Y vibro con tus momentos inventando historias, semejantes a tus abrazos de contención sin ninguna deuda. Todo hecho a medida, trazado como el destino en un punto de dos. Y te muestras, sin añorar, sí recordar. Siguiendo esa valerosa sensación de solo ser contigo, te observo siendo piel con mis palabras, como alma y cuerpo en real ficción...

Y en una sola directa frase dices: “¡Salgamos!”

Me levanto, me acomodo la ropa... Atrás los muros, los laberintos y el desapego.



Cuarenta años después

Humberto Arístides Morales Flores

76 años, Quilpué

Es época de juventud, ambos estudiaban en el mismo colegio. Fue un mirarse, desde un pupitre a otro, él con el caminar de un deportista, ella, una chica coqueta, con una chasquilla que la distinguía de las demás, ojos almendrados y una figura rutilante, vivaz, alegre. Entre muros de pasillos estrechos se caminaba en los recreos, hasta llegar al patio del naranjo. La pasión crecía, más en cada aniversario, luego una separación abrupta, cada cual tomó su camino.

Ella se casó y unos años más tarde él también, el tiempo se encargó de aplacar la separación de un amor de juventud.

Pasó el tiempo, pero en su época había una canción que a él le hacía recordarla, “Crazy Love” de Paul Anka. Recordaba a esa figura de mujer, llena de vida. Un día la escucho más de una vez —no existía la televisión como hoy en día, solo la radio estaba al alcance—, volvieron los recuerdos, y se preguntó ¿dónde estará?, ¿cómo estará?, ¿qué le ha deparado la vida?... “Búscala”, se dijo a sí mismo, y empezó un peregrinar sin resultados. Fueron treinta años de búsqueda, pero habían diez años de silencio.

Un buen día, un discípulo le llamó e increpó por tener los amores juveniles olvidados, era mucha la separación, pero un portal fue el que les unió: Facebook. Un mensaje, de ida, y una respuesta veinte minutos después, y así siguieron muchos más...

Desde ese momento se retomó lo que había quedado en el aire cuarenta años atrás.

Él tuvo que hacer un viaje a una ciudad muy cerca de donde ella vivía. Le prometió que lo iba esperar en el rodoviario, pero como una novia, se hizo esperar. Cuando ella cruzó parte del terminal, la reconoció al instante, “es ella”. Venía muy apurada, pasó directamente a los andenes. Él tomó su celular y le llamó; empezó a dirigir sus pasos hacia él, hasta que quedaron frente a frente. Hubo un abrazo que traspasó los tiempos, de esos que nunca más se olvidan. Eran dos adolescentes caminando por las calles de la ciudad, rumbo al hotel en que él se va hospedar. Ella gentilmente le ayudaba con parte del equipaje, con una maleta con muchos presentes. Era volver a los veinte; hoy ambos pintaban canas, pero eso es solo una apariencia, lo que importaba era lo que se sentía en el interior, y así ambos retrocedieron en el tiempo, con las formas de hoy.

Ella se iba a quedar en el hall del hotel, y él le dijo, que no, que le acompañara.

Habitación 303, un espacio que jamás se olvidará en sus vidas. El varón le entregó los souvenirs que le traía: libros, guantes, y otros. Dentro de esa habitación, pasaron muchas cosas. Desapareció la deuda de juventud, para quedar amarrados de por vida.

Hoy, son un matrimonio feliz y la vida les entregó un regalo que había quedado pendiente en el tiempo, cuarenta años después.



Cuarentena total

Christan Rudy Hurtado Barrientos

62 años, Quilpué

Llevábamos ya un tiempo prolongado discutiendo más de la cuenta, lo que fue acrecentado por mi permanencia obligada en la casa, por mi edad y la pandemia. A pesar que tenía una tos que no se me terminaba nunca, estaba tranquilo y no me consideraba una víctima más del COVID-19. A medida que pasaban las semanas, la mala relación escalaba. La autoridad sanitaria había decretado la cuarentena total, y yo sabía que apenas la medida se levantara te irías. Yo no quería eso, no a estas alturas, no con los hijos lejos, alejados. La tos no cedía. No dejaba de preguntarme dentro de mí, cómo es que después de tantos años felices habíamos llegado casi al punto de no hablarnos. Aun así noté la preocupación en tu rostro cuando la fiebre apareció, sumada a la persistente tos; no tardé en tener dificultades para hablar, entonces como pude te pedí que no te fueras. Mi súplica casi gutural te decidió a llevarme de urgencia al hospital. A pesar de mi negativa inicial, hube de rendirme y partimos. Cuando llegamos estaba todo colapsado, había gente por todos lados, no pudieron atenderme de inmediato. Con los minutos empecé a perder la conciencia, entonces con desesperación busqué tu mirada entre todos los enmascarados que me rodeaban:

—¿Dónde estás? —grité— no me dejes solo ¡por favor!

En eso te encontré, estabas llorando. Te bajaste la mascarilla y me dijiste en voz alta:

—Te amo viejo.

Mientras te perdía de vista, cerré los ojos con inusitada tranquilidad, no necesitaba más para descansar en paz.



El brasero traicionero

Olga Silvia Gálvez Rodríguez

78 años, Viña del Mar

La nieta era pequeña y gozaba de aquel idílico lazo que la unía a su amada abuela, que la cuidaba desde siempre. La familia acostumbraba por las noches reunirse en torno a un gran brasero, para conversar acerca de los acontecimientos del día acompañándose de un mate.

Este incidente ocurrió en una noche fría de invierno en que la abuelita le preguntó a la niña qué deseaba comer. Respondió:

—Quiero comer un huevo cocido.

Diligente, fue a prepararlo y ella la siguió. En ese momento sobre la parrilla había ollas con comida, leche caliente, teteras. Su vestido de lana gruesa enganchó en la rejilla volcando el contenido, alcanzando la pierna derecha que absorbió los hirvientes líquidos.

El ambiente se tornó caótico. La abuelita, como un rayo de energía, desgarró la ropa y alzó a la pequeña en sus brazos para luego sumergirla en una cubeta de agua fría. Acto seguido la envolvió en un mantel que estaba cerca conduciéndola hacia su dormitorio. El intenso dolor le provocó desmayo. Solo recuerda encontrarse en el dormitorio que compartía con su abuela.

Parte del tratamiento consistió en sumergirle los miembros quemados tres veces por día en infusiones de agua de matico tibia, lo que facilitaba el desprendimiento de las vendas adheridas a su piel. Las vendas que confeccionaba con sábanas antiguas de algodón, hechas de sacos de harina, ella las desinfectaba planchándolas repetidas veces.

Transcurrieron días en lenta mejoría. Llegado el momento que pudo salir al exterior, aún con vendaje en una pierna, lo que le impedía caminar, la cargó en sus brazos para acomodarla a la sombra de un frondoso árbol de su huerto, mientras se encargaba de su fatigosa labor de cosechar papas usando un azadón.

Llegaron sus primos y no pudo sumarse a su juego inocente, que consistía en lanzar piedras a través de una cerca. Desde su lugar de refugio los observaba. De repente sintió el impacto de un proyectil en la frente. La sangre escurría copiosamente por su rostro, manchando la ropa. Al escuchar los gritos de alarma, la abuelita abandonó su tarea y la trasportó al canal de regadío para limpiarla. El flujo se unía al agua y seguía el curso de la corriente.

Por cierto la noticia llegó al padre, alguien le escribió una carta de lo sucedido, maliciosamente. Aproximadamente una semana después apareció papá, quién decidió llevársela definitivamente a vivir con él.

Fue un instante muy doloroso, Pues se asía firmemente a las piernas de la abuela amada, llorando y suplicando. Constituíamos un solo lazo de afectos y apegos, desde que mi madre me puso a su resguardo a la edad de un año.

Así fue desgarradora la separación con ese ser amado.

Emprendimos el camino hacia el hogar paterno

Las cicatrices que permanecen en mi cuerpo, no eran nada en ese momento, superadas por el inmenso dolor que causó la separación. En un instante el capullo de amor que la envolvía se desintegró lanzándola a la nebulosa del futuro.



Un día especial

Norma Gómez Araos

63 años, Valparaíso

Para Rosario todo comenzó como un día cualquiera del año 1990, rutinario y angustiante debido a la situación económica y sentimental que vivía. Convivía con su pareja y tenían un hijo pequeño en común. Un hombre maltratador y alcohólico, además del padre de éste, un abusivo.

Ese día salió a comprar al mercado y, entre las cosas que trajo, venían envueltos en papel de diario unos huevos. Al desenvolverlos, se percató de una columna escrita, que hacía referencia a un libro de autoayuda. Se le iluminaron los ojos al leerlo, y su entusiasmo fue tan grande que comenzó a juntar dinero de los sobrantes de las compras diarias, hasta que logró comprarlo. Lo leyó una y otra vez, y cada vez se convencía que debía cambiar esa vida con la cual se sentía miserable. Pero nunca había trabajado, eso le daba vueltas en su cabeza, ¿sería capaz de trabajar fuera de su casa?, había salido de su hogar a escondidas por encontrarse embarazada y no tuvo el valor de contarle a su padre, por vergüenza. Ahora debería enfrentar una nueva vida, con su pequeño hijo y sola.

Un día, su pareja llegó tarde, borracho y —como lo hacía siempre— la golpeó. Al otro día, tomó la decisión de marcharse de aquel lugar. Con mucho miedo e inseguridad tomó a su hijo, algo de ropa y se fue a casa de una amiga que le había ofrecido su ayuda en varias oportunidades.

Había dado el primer paso, ahora tenía que buscar trabajo, pero ¿en qué? Su pareja siempre le había dicho que ella no era para trabajar y que no duraría en ningún trabajo, pero no podía regresar, ni arrepentirse.

Después de unos días se presentó a una entrevista en un supermercado para trabajar como cajera con un horario de turnos y fue seleccionada para el puesto. Trabajaba duro, sin reclamar, y hacía más de lo que se le indicaba. Estaba hambrienta de aprender este nuevo rubro y sentía por primera vez la posibilidad de sentirse libre e independiente. Fue ascendida y pasó a trabajar en el área administrativa. Ya podía pagar el arriendo de una pequeña casa y su hijo estaba en un colegio subvencionado.

Después de cinco años, tuvo la oportunidad de cambiar de empleo a pesar de que estaba muy agradecida del trabajo que tenía, pero estaba consciente que era una empresa privada y podía ser despedida en cualquier momento.

Este nuevo trabajo era muy distinto, debería aprender un nuevo léxico y comenzar desde cero, pero tendría la oportunidad de estudiar y obtener un título profesional, además de acceder a renovar su contrato anualmente, hasta que la nombraran titular.

Así pasaron los años y aquella niña, se convirtió en una mujer realizada, independiente, viajera. Su hijo pudo estudiar y convertirse en un hombre profesional. Se siente feliz, de lo logrado y valiente de haber aprovechado las oportunidades, venciendo el miedo y las adversidades.



Una nostalgia olvidada

Héctor Wilfredo Verdugo Poblete

67 años, Valparaíso

“La nostalgia, como siempre, había borrado los malos recuerdos y magnificado los buenos”

Gabriel García Márquez

En el verano del año 1972, Marcelo era un Lolo de 15 años. En esos tiempos los carretes eran llamados malones, y a Marcelo le encantaba ir a tirar pinta con sus pantalones pata elefante, plataformas y abundante cabellera.

En una de esas ocasiones conoció a una joven de su misma edad, la atracción fue instantánea. Bailaron juntos toda la noche hasta la última canción “Mendigo de Amor”. Se siguieron viendo al pasar los días y, sin darse cuenta, estaban pololeando. Eran felices, pero no todo es para siempre. Los padres de ella eran conservadores y creían que él era poca cosa para su hija, ya que era hijo de un carabinero y querían a alguien de mejor venir.

Pero el amor es más fuerte, y con sus adversidades, lograron estar juntos por cuatro años más de forma intermitente. Hasta que un día no volvieron más.

Ella después entró a la Universidad, donde su ideología tuvo un giro importante. Había sido criada de derecha, pero más adelante se unió al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, de lo que Marcelo se enteró años después.

En los 80, en una oportunidad la madre de Marcelo le comentó que esta chica contraería matrimonio ese mismo día.

—Esa niña aún está enamorada de ti —siguió su madre.

Quizá no era el comentario más indicado. Sintió una gran pena, todo el tiempo que habían vivido juntos, en un segundo, volvió a su mente.

Al poco tiempo se enteró que se fue exiliada a Suecia.

Marcelo continuó su vida, se casó tres veces, quizás en búsqueda de esa sensación mágica, que nunca sucedió.

El 2009, ambos se encontraron buscándose el uno al otro en Facebook, fue difícil ya que ella tuvo que cambiar su nombre.

Más adelante ella de sorpresa vino a Chile. Cuando llegó el día de verse él estaba muy nervioso, eran más de 30 años sin verla. Cuando ella le abrió la puerta de donde se hospedaba, fue surreal; se veía igual, su pelo largo, color azabache, su carita hermosa. En un segundo volvió al pasado, era un joven nuevamente. Conversaron hasta la madrugada, incluso hicieron el amor, como si fuesen aún unos pololos.

Entre todo lo que hablaron le dijo que había venido tres veces antes a Chile a buscarlo y nunca lo logró. Él le comentó que la había buscado incansablemente en las redes sociales sin éxito también.

En esa época ya estaba divorciado, pero debía ser honesto con ella, él estaba empezando una relación con otra persona. No era justo y tampoco consecuente con lo que pensaba. Lo más triste es que después supo que ella venía con la intención de tener un proyecto de vida juntos y ella volvió a Suecia.

Pasaron cinco años, Marcelo estaba solo sin pareja y se comunicaron nuevamente, pero aquella desilusión de hace cinco años volvió aparecer, y dejaron de escribirse finalmente. Hoy en día Marcelo aún recuerda esa nostalgia olvidada.



Paseos al atardecer

Laura Graciela Gutiérrez Sepúlveda

73 años, Viña del Mar

Una tarde cálida, con dulces aromas de frutas como lo es en esta estación, de pronto apareció ella, ronroneando, altiva y sonriente, como creo era su forma de ser. No la había visto antes ¿de dónde vendría? Entró y gatunamente se internó entre las patas de las sillas del comedor y, ubicando una en especial, saltó y comenzó lo que yo creo era su rutina de embellecimiento, súper relajada. Frote de patitas, pasadas por detrás de las orejas, lamidas en muchas partes de su cuerpo y, al final, una mirada fija a mis ojos, ¿llena de amor? Así lo sentí. Belleza, de esa manera, pasó a ser alguien más en mi hogar, en mi vida.

Mañana tras mañana llegaba a mi cama, topando suavemente mi nariz y, con esto, rescatándome de extraños sueños, proyectándome a momentos más placenteros, pero sí amorosamente obligada a hacerle su desayuno. Era la compañía de casi todos mis momentos, jugarretas en el aseo, lloriqueos en la cocina, ronroneos frente a la tele, locuras con los tejidos y, de pronto, enigmáticas desapariciones por unas horas —casi siempre tres— para luego, como en el primer día, hacer su entrada triunfal al atardecer.

Un día, sin siquiera saludar, Rafael, un chico vecino, vino muy inquisitivo, como no era su costumbre, preguntando:

—¿Y dónde está?

—¿Quién?

—Ella.

—Ella, ¿quién?

—La niña que hace un tiempo llegó a esta casa.

—¿Qué dices? Aquí no viene desde hace mucho ninguna niña. ¿Estás enamorado?

—No vine para que se burle de mí.

—Bueno, entonces explícamelo y dime a quién buscas, porque aquí no vienen muchas visitas y menos niñitas.

—No puede negarlo. Tarde tras tarde, una bella niña entra en su casa. Ha ido a la mía, pero solo la ronda y, luego de largas miradas, se va. No hemos hablado, pues me acerco y ella se aleja. Varias veces la seguí y ella entra aquí, siempre a la misma hora.

—Aquí no ha venido nadie y creo que debes retirarte, porque lograste alterarme.

Días después vi a Rafael. Se veía irritado y no me saludó, lo que perturbó mis pensamientos por algunas horas, pero que Belleza calmó haciendo su entrada habitual al atardecer. También, algunas veces, me pareció verlo vigilando mi casa desde la esquina.

Una semana después supe de una tragedia. Una bella joven, casi desconocida, había sido encontrada muerta. ¿Suicidio o asesinato? Asistí junto a los vecinos del pueblo al funeral y allí, en sus conversaciones, no hubo unanimidad en las razones de su partida tan trágica y enigmática. Y lo peor, ver a Rafael tan destrozado, con la mirada perdida, tan solo y yo sin saber cómo ayudarlo. Aunque en mi cabeza tenía mil palabras de consuelo ninguna de ellas brotó de mis labios, pero sufrí con él.

Belleza seguía con su rutina, pero ya en las tardes no salía a su acostumbrado paseo. Se quedaba en la ventana mirando al camino, emitiendo extraños sonidos al maullar.



Domingos de verano

María Alicia López Acuña

70 años, Valparaíso

En los años '80, Laura llegó a Valparaíso por un traslado académico. Comenzó a ir a “cachurear” en la feria de los libros de la Plaza O'Higgins, donde compartía agradables conversaciones con algunos vendedores. Admiraba la “sapiencia” con que hablaban de los contenidos de los libros.

—Usted es muy erudito para estar aquí vendiendo libros —le dijo al librero.

—Yo sólo vengo los domingos de verano —respondió con amabilidad, mientras llegan algunos jóvenes, saludándolo afectuosamente.

—Profesor, ¿cómo está? Venimos para que nos recomiende textos sobre la formación del Ethos.

—Indispensable es en sus escritorios, jóvenes, toda la tradición literaria del mundo griego, en particular la tragedia griega: Esquilo, Sófocles y Eurípides, y desde la perspectiva filosófica: Sócrates, Platón, Aristóteles, que aquí pueden ver —les comentaba, señalando algunos volúmenes. El ethos, jóvenes, no se cultiva de la noche a la mañana —decía con mucho énfasis este erudito librero—, se requiere esfuerzo, constancia, un gran amor por sí mismo, e inquebrantable disciplina. Ante la adversidad se requiere no rendirse jamás.

A Laura le hubiera gustado contar con más tiempo para seguir escuchándolo ese domingo; se dio cuenta que ya no sólo le interesaban sus libros. Quería saber quién era él. ¿Por qué sólo estaba en los meses de verano en la feria? Un domingo se atrevió a preguntarle si se tomaría un café con ella. El librero aceptó, pues ya la había visto varias veces y empezaba a intrigarle también.

Mientras compartían sus cafés, el librero, de nombre Ernesto, comenzó un pausado y sentido relato. Dijo que de joven vivía en una pequeña aldea, a los pies de la Cordillera de Los Andes. Que venía sólo de paso por esta ciudad a estudiar una carrera, como muchos otros/as... pero que para él no fue así, porque al término del primer año en la universidad, fue nombrado ayudante-alumno y desde ese entonces ya nunca más dejó de hacer clases y se ancló en este puerto. Contó que encontró una universidad que estaba llena de vida a pesar de la trágica nube negra que cubría el territorio desde hacía una década, marcando un antes y un después en la historia del país.

—¿Has sentido de cerca la maldad de algunas almas? —le preguntó— ¿que te miran a los ojos cada día laboral sin mostrar algún grado de empatía, de solidaridad, de compasión?

—Fueron algunos nefastos directores de un Instituto, junto a otros docentes que, atemorizados e ideologizados, no levantaron la voz durante muchos años. Soy —prosiguió con su relato— un profesor a contrata (boleteo de marzo a diciembre) por ello es que estoy solamente los meses de verano, pues tengo la necesidad, para subsistir, de vender hasta mis propios libros.

Laura lo escuchó en profundo silencio. Su pesar le era bien conocido. Se quedaron un largo rato en silencio, ensimismados. Laura le dijo que entendía perfectamente sus sentimientos y sus esfuerzos.

—Ten la seguridad, Ernesto, que vendrán tiempos mejores —enfaticó Laura— pero que hay que persistir y no rendirse jamás, colega.

Regalos de amor para el alma

Sonia Miriam Reyes Sagardía

80 años, Viña del Mar

Delantal Color Celeste.

Para esta madre, eran recurrentes los atardeceres de domingo, el planchando de la ropa que ocuparía su familia durante la semana. Especialmente la de sus dos hijos escolares, con diferencia de cinco años entre ellos. Tarea que ejecutaba en una pequeña mesa, ubicada en su cocina.

En cierta ocasión, dispuesta a empezar su rutina, se sorprendió al ver sobre la mesa su delantal de profesora, planchado y correctamente doblado.

Entre asombro, emoción, quieta y en silencio, escuchó su propio pensamiento: “Por primera y única vez, en mi vida —recordaba— se ha planchado una pieza de ropa para mí”.

—Desconoces hijo que, debido a la muerte de mi madre, hube de ocuparme de la mía, sumada a la de mi hermano y que, a mis catorce años, cuando mi padre anuló su segundo matrimonio, hube de mantenerle la ropa que demandaba su trabajo como capitán de remolque.

Ha pasado el tiempo, la madre cumplió ochenta años y su hijo aún luce impecable vestimenta, tan impecable como la que planchó un día para su madre.

¡Aguarden! No es todo, la progenitora protagonista recibe un segundo regalo: platos lavados y arroz en la olla.

La misma madre se sentía culpable al dejar solos, sin su presencia en casa, a sus dos hijos, aunque nunca descuidados ni desprotegidos, pues se ocupaba de cada mínimo detalle. Vivía al límite de sus fuerzas, sola sin otra ayuda que el amor y la fuerza que de ellos recibía.

En otra oportunidad el menor, de tan solo 7 años, siempre risueño y juguetón, quiso sorprenderla y encontró a su regreso la cocina limpia y arroz graneado preparado. Su niño pequeño, había lavado la vajilla y encendido la cocina. ¿Cuánto tiempo le habrá demandado y qué habrá sentido su corazón?, se preguntaba.

Posteriormente se enteró que el niño llamó por teléfono a la esposa de su abuelo, solicitándole que le indicara como proceder.

¡Vaya! ¿Puede olvidar una tal manifestación de amor?.

Su segundo hijo aún cocina exquisito arroz y cada grano representa semillas de amor para su familia.

Hasta hoy, brotan lágrimas de emoción en los ojos de la madre cuando recuerda los regalos para su alma que recibió de parte de sus dos hijos, los cuales no conocían tipos de canje, solo observaban y amaban.

¿Te resulta esta narración un cuento realista o una realidad como cuento? Lo que sea, es para saber y contar.



El botón negro

Adriana Fernández Genskowsky

69 años, Viña del Mar

Isabel se fijó en el botón negro que estaba cosido con hilo blanco en la manga de la camisa de su cita. También observó que esta lucía algo desplanchada.

La nueva cita a ciegas parecía algo mejor que las anteriores. La observación era en ambas direcciones, pues él le dijo que tenía lindas y suaves manos, lo que había descubierto al saludarla y tomárselas. Ella se sintió halagada. Le contó entonces la anécdota del señor que, hace ya muchos años, le alabó las manos, recordándole las de su madre. Fue un breve momento, algo íntimo.

Pidieron café y galletitas, y se cambiaron de mesa, pues llegaba mucho sol. No había pasado mucho rato cuando se sintió cansada. Se paró haciendo un esfuerzo que pareciera imperceptible. Se despidieron suavemente, con agradecimientos mutuos por la agradable tarde. Quizás el universo le deparaba algo especial. Pensó que no sería mala idea una segunda cita.

Aceptó y fueron al cine, a ver una película gratuita. Nuevamente observó el botón negro, en la misma camisa, esta vez aún más desplanchada. Tal como la primera vez, no olía a nada. La película contenía algunas escenas que consideró algo incómodas, para la mínima confianza que tenían. Lo miró de reajo, pero él no movía ni un solo pelo de sus abundantes cejas, su mal cuidada barba y bigotes.

Los temas de conversación fluyeron forzosamente en medio de los cafés y los dulces que los acompañaban después del cine. Sentía que continuaban observándose y nuevamente comenzó a sentirse cansada. Esta vez caminaron varias cuadras. Él dijo que sentía frío. Los ochenta años recién cumplidos pesaban sobre su gran altura, aunque no lo quisiera reconocer. Fue una despedida cordial, aunque algo fría.

Nuevamente volvió a la aplicación de citas.

—¿Te parece un cafecito?

—Claro, así nos conocemos.

—¿Cómo te reconoceré?

—Llevaré una camisa escocesa.

—¿Con un botón negro en la manga?

—Disculpa, no entendí.

Esta vez el universo no se equivocaría. Lo miró de reajo. Todos los botones de los puños de las mangas eran blancos, cosidos con hilo negro. La camisa estaba pulcramente planchada.

El caracol de paladar exquisito

Miriam Jimena Vicencio Vargas

69 años, Valparaíso

En un lindo valle cerca de un caudaloso río, había una acogedora casa donde se destacaban principalmente los parajes verdes, mezclados de llamativos y variados colores; árboles con deliciosos frutos, otros ornamentales y jardines que parecían una alfombra persa, elaborada minuciosamente con la combinación de colores perfectos.

En esa casa no solo habitaban personas, sino también una fauna, flora y millones de bichitos muy necesarios en la simbiosis de la naturaleza. Se encontraban desde tiernos y bailarines colibríes, tórtolas, mirlos, hasta mariposas con sus coloridas alas, como si un pintor hubiera querido plasmar su pincel dejando una creación máxima. También existían lombrices realizando su magnífica labor de abonar la tierra, y abejas polinizando las flores. Habían pulgones, conchuelas y muchas plagas que llegaban para aprovecharse de las delicias que presenta un jardín, pero como la naturaleza es tan sabia, la misma cadena alimenticia las regulaba.

Pero vivían algunos habitantes que, a la dueña de ese maravilloso jardín, Rosa Elena, no le agradaban. “¿Por qué?” dirán ustedes, porque no había ningún compañero de ese hábitat que pudiera extinguirlos. Ellos se vanagloriaban de esa situación y se paseaban como Pedro por su casa, sabiendo que no corrían ningún peligro y que tenían ricos desayunos, almuerzos y cenas a su regalado gusto, comiéndose los frágiles pensamientos, las alegrías del hogar, las orejitas de osos, las petunias, etc. También se atrevían a trepar por las buganvillas, las camelias, los magnolios, las aves del paraíso, tantas bellezas y delicias existentes allí. Hacían de las suyas probando cuanto bocado se les antojaba. Eran nada más y nada menos que los **caracoles**, pues su casa rodante los hacía sentir muy protegidos.

Como Rosa Elena tenía un corazón sensible, le daba pena sacrificarlos, entonces optó por llevarlos a unas cajas de plumavit gigantes donde preparaba su propio compost y humus para abonar su jardín. Uno de los caracoles conversó con sus compañeros y les expresó que no le gustaba para nada la medida, a pesar que todos los días recibían la verdura que quedaba en la cocina después de preparar la merienda para los humanos: hojas de lechugas, repollo, acelgas, espinacas y así una variada y nutritiva dieta.

Un día el caracol líder les dijo a sus compañeros que le ayudaran a levantar la tapa de esa enorme caja para salir, con el fin de ir a probar otro menú porque ya estaba cansado de comer lo mismo y además siempre acompañado de muchas lombrices que no le agradaban. Una vez afuera de la caja dijo: “**Hoy iré almorzar a un lujoso restorán**”.

Sus compañeros esperaban ansiosos su regreso y cuando llegó se agolparon a preguntar si había sido una experiencia especial, a lo que él contestó: “¿Quieren una respuesta sincera?”, “¡Sí!” contestaron todos. Él respondió: “Lo que tenemos acá es mucho mejor de lo que yo esperaba, me quedaré aquí para siempre y a la vez les recomiendo ser unos agradecidos de lo que nos provee la naturaleza”.



El vino de las estrellas

Guillermo del Tránsito Vargas Gallardo

77 años, Quilpué

Don Bartolo despertó inquieto a medianoche, ansioso por una duda que le había surgido al ver las noticias la tarde anterior; escuchó que existían muchas posibilidades de que algunas personas en el planeta no fueran de origen terrestre. Muchas veces había tenido la sensación de que percibía o adivinaba algunas cosas, o que volaba; de esto no estaba seguro: si era en sueños o en la realidad. Además, le gustaba estar en solitario, y el materialismo no constituía ninguna prioridad para él. Desvelado, se acomodó en la cama tratando de adivinar si tendría su cuna en las Pléyades, o quizás era del Cinturón de Orión, o acaso de la constelación de Andrómeda.

Recordó que cuando era un niño lo trataban de “viejo chico” por sus comentarios e ideas bastante maduras. Con el tiempo, ya adulto, lo trataban de “alma vieja”. Cuando le preguntaban cómo podía emitir opiniones e ideas que eran tan acertadas o altruistas, respondía: “no sé, me nacen”. No se cuestionaba esta particularidad, para él era natural.

Sin poder dejar atrás la duda persistente sobre su origen, evocó algunos libros que había leído sobre este tema, como también la lectura de algunos sitios en internet y, del mismo modo, la concurrencia a algunas conferencias esotéricas. No había encontrado información relevante que pudiera develar su posible origen interestelar. Cansado, se dispuso a dormir.

En una reunión del grupo de tercera edad, escuchó a un par de ancianos que conversaban sobre el tema. Estaban muy entretenidos hablando de constelaciones y estrellas. Escuchó nombrar a la Osa Mayor, Orión, Casiopea. Al terminar la reunión los alcanzó y les confesó que había escuchado parte de la conversación porque le interesaba el tema. Lo integraron de inmediato, y lo invitaron a un bar a seguir hablando.

Así pudo saber que uno de ellos venía del Cinturón de Orión: se lo había asegurado un “maestro” que le había hecho una regresión a vidas pasadas, y que ello explicaba su inseguridad y violencia. El otro anciano, más apacible, relató que él venía de las Pléyades y lo había descubierto luego de un par de sesiones con ayahuasca, lo cual le confería paz y tranquilidad, además de otras cosas que ahora no recordaba, porque ya habían terminado de beber la tercera botella de vino. El oriundo de Orión sugirió otra botella, y Don Bartolo declinó, porque no estaba habituado y prefería ir a casa. Lo despidieron invitándolo para la siguiente reunión del grupo.

Cuando despertó, Don Bartolo se sentía cansado, el sueño le pareció una pesadilla. Le dolía la cabeza, tendría que tomar una aspirina. Se sentó en el borde de la cama observando las cosas de su pieza: el velador y una pequeña radio; el televisor; su ropa desordenada en una silla. Sintió el olor del perfume barato que usaba. Más allá, por la ventana, divisó unos árboles y el cielo azul. Moviendo su cabeza de un lado a otro exclamó con desazón: ¡soy terrestre!



En la huella de Monterosso

Jorge Pastene Beytía

80 años, Concón

Todo comenzó con el hallazgo de un cráneo petrificado. Entre otros rasgos, conservaba un diente en el cual, protegida por el esmalte y hueso maxilar, ¡sí! aún contenía su pulpa, semi-blanda. Fue de este hallazgo y posibilidad que le sobrevino la idea de extraer el material genético y suplantarlo en el mayor huevo a la mano, el de un avestruz. No le fue fácil investigar, ni inmediato dar con la mejor opción, que implementó al cabo de 4 meses.

Todo bien hasta aquel instante en que, sentado aún, dormía reclinado sobre su mesa de trabajo. Afuera amanecía. Quizá por esto o por la ansiedad de su expectativa, despertó. Miró hacia la incubadora, pestañeó varias veces como espantando al sopor, esto, ante su sorpresa jubilosa al observar... solo los restos del huevo, ¡ya eclosionado!

Demoró unos segundos en reaccionar. Miró alrededor. Casi saltando de su asiento se levantó luego, y buscó... nada. Miró bajo la mesa, hacia la ventana y... nada. Al fin salió del laboratorio, hacia la terraza cubierta de pasto sintético del piso superior, a respirar aire fresco. Entonces se percató, por un leve chillido que un pequeño dinosaurio le seguía.

El chillido se repitió, esta vez con el dinosaurio mirando directamente hacia él. Debió ser por instinto, pues aún resuena en su mente:

—“Tengo hambre mamá”.



Genoveva

Fernando Lara Quintino

78 años, Quillota

Esta narración la escribí para mi nieta Elisa.

Ocurrió cuando viví de ocioso en la Araucanía profunda, sin ninguna obligación. Un día me senté en el patio de la casa, frente al potrero, observando el sol entre las nubes. La brisa sureña me abanicaba el rostro, el sol besaba mi torso desnudo con toda impudicia. Entré en un sopor contemplativo. Cerré los ojos, lo que aguzó mis oídos: queltehues, bandurrias, aves de todo tipo, las ramas movidas por el viento. También, al mediodía, el infaltable avión de LATAM, volviendo a Santiago.

De pronto, oigo unas pisadas ¡cresta, un puma! pensé —eran mi obsesión de esos días. No me atreví a abrir los ojos, de puro miedo. Todo el mundo sabe que las pisadas de una persona no se parecen en nada a las de un animal. Incluso los pasos de dos personas tampoco suenan como los de un cuadrúpedo. Traté de controlar mi pavor rezando. Me parecía apropiado algún rezo de San Francisco, a quien le gustaban tanto las mascotas, pero no me sabía ninguno. Haciendo de tripas corazón, terminé con mi estado contemplativo a ciegas, para sustituirlo por uno "a tuertas", abriendo un ojo, porque ya sentía la respiración del puma en mi cuello. Mejor morir mirando de frente al felino que con los ojos cerrados o huyendo como un cobarde, que en realidad es lo que soy. Abrí un ojo, y como no recibiera zarpazo alguno del medio puma, decidí sin más, ya envalentonado, abrir el otro ojo, ¡mierda! una tremenda cabezota me miraba con unos ojos enormes, parecidos a los del filósofo Sócrates, encima de mi cara: ¡una vaca! que me miraba con toda parsimonia. Yo, estaba preparado para encontrarme con medio puma, pero otra cosa es una vaca entera, de color chocolate en polvo, o color mocasín de los '60s. Mirándola de fijo, le dije:

—¿Y tú, qué andai haciendo por acá? ¡Ya, mándate a cambiar!

Ella, monda y lironda, en vez de retirarse, me dice:

—Yo soy la que te tengo que preguntar ¿qué haces tú acá? Vengo acá desde que era una ternerita y nunca me topé contigo —agregó coquetona—, al que sí he visto es al Dr. Solar, dueño de este lugar, pero a él no me acerco porque tiene cara de mal genio. Dicen que es buena persona, pero enojón, y yo no me arriesgo a que me mande un peñascazo en el lomo. Incluso tiene un hijo que es Doctor de vacas.

Aún no salía de mi asombro, cuando le pregunto:

—¿Yo también tengo cara de enojón?

—No —responde.

—¿De qué tengo cara?

—De pajarón —responde sin inmutarse.

Dando media vuelta, sin despedirse siquiera, se aleja diciendo:

—Le toca mamar a mi ternero y no me lo perdona.

Alcanzo a gritarle:

—¿Vas a volver?

Mirándome de nuevo como Sócrates, responde:

—Nunca se sabe, nunca se sabe...

Genoveva le puse por nombre, porque me gusta que todo tenga un nombre, es una manía que tengo.



Las hadas del bosque

Jennie Elizabeth Stuart Lwowa

60 años, Caleta Horcón, Puchuncaví

Ya se esconde el sol detrás de los montes y cordilleras, mientras que la brisa suave del verano humecta con su rocío las aún tibias hojas de los helechos ancestrales. Las magníficas araucarias nos observan desde la distancia con su imponente sabiduría que, siempre generosas, nos regalan con exquisitos piñones, sus semillas envasadas en rígidos pero sedosos envoltorios.

El bosque ensombrece, y los animales de la oscuridad comienzan sus quehaceres. Un zorro cumpeo va detrás de algún desprevenido monito del monte, o quizás una despistada lagartija, y el pudú se esconde, mientras una lechuza blanca observa atenta desde una rama de lingue, y las ranitas de Darwin le cantan a la luna desde su fangoso charco. Pero ¡esperen! Una por ahí... otra por allá... pequeñas lamparitas de luz que se encienden... y se apagan para pronto volver a prender, como escurridizas hadas que jueguean entre el bajo follaje de un coigüe, o un mañío, volando por entre los juncos que bordean las húmedas orillas de lago, y posándose delicadas en los pétalos de un copihue que, orgulloso, cuelga de sus ramas, dando un espectáculo merecedor de aparecer en alguna serie de Harry Potter, o en algún fantástico cuento de Lewis Carroll. Pero estas no son de fantasía ni tampoco fueron inventadas ni importadas desde China, son reales y hermosas, vienen a deleitarnos con una sutil danza de efímeras luces intermitentes, una característica natural de éstos coleópteros mágicos del sur de Chile.

Es cierto que existen otros bichitos y animales que producen su propia luz, pero no son muchas las especies con esta esencia fantástica y maravillosa de la naturaleza: algunos peces y medusas en el profundo océano, otras algas en las orillas de algún lejano mar, o quizás un gusanillo desconocido, y las luciérnagas, las reinas de las sombras en el bosque, las hadas mágicas que dan vida a la oscuridad de la noche, y ahuyentan a los espíritus malignos del bajo mundo.



Infracción de tránsito

Jaime Godoy Morales Pablo Vito

76 años, Quilpué

Lo citaron al juzgado de policía local por estacionar su vehículo sobre la acera: una franja de tierra que seguía a la solera —de unos tres metros de ancho—, siempre llena de polvo o barro. Ya está abierto el gimnasio. El tránsito peatonal era escaso. En la esquina fue el incendio... Nadie osaría usar esa calle, salvo en caso de emergencia. Olor a café... Sirena de un carro policial... Un capuchino vainilla... ¿Endulzante? Pintura nueva... Mi tarjeta... Pasar al supermercado... Aquí sirven buenos cafés...

Llegó algunos minutos antes de la hora de citación... Mucha gente... Mal olor... Mi cédula de identidad... Me transpiran las manos...

—Buenos días, estoy citado a las... ¿Dónde debo presentarme?

—Espere en la sala, lo llamarán desde el salón de audiencias...

—¿Dónde puedo sentarme?

—¿Viene a declarar por su citación o a hacer vida social? Debe esperar a que lo llamen. Busque alguna silla desocupada, a ver si tiene suerte —le respondieron con una sonrisa burlona.

Desconsiderada... Debe tener problemas en la casa. Las 12:30... Llegué antes de las diez...

—Sr. H..., sala 1...

¡Qué oscura! Con poca ventilación... Al fondo, sobre una tarima, un gran escritorio lleno de archivos y documentos... Debe ser el del juez... Habrán ya atendido a unas sesenta personas... ¡Siéntese ahí!... El sudor de sus manos se incrementó... La boca seca...

La actuaría que lo atendería era una veterana de alrededor de sesenta años: hosca, pelo corto, con aspecto varonil y un sobrepeso considerable. Usaba unos lentes ópticos de marcos gruesos, con cristales oscuros. No podía determinar si ese era el color natural o un efecto de la baja luminosidad. Su extraña mirada lo amedrentaba. Tenía estrabismo en uno de sus ojos y no sabía con cuál lo estaba mirando. ¿Será de vidrio? Esta anciana me dejará detenido en un calabozo oscuro, hediondo, lleno de excremento y orines... Volveré al café cuando salga...

—¡Su nombre completo y RUN! —le gritó.

Policías... Un hombre engrillado y esposado... Venía cubierto de orina... ¿Será el autor del incendio o el que atropelló ebrio a los dos jóvenes que murieron ayer? Sus manos mojadas de sudor... Sentía el camastro duro y húmedo, y la fetidez de la fría celda a la que lo enviaría esa mujer.

—¿Por qué se estacionó en la vereda? —inquirió la actuaría.

No sabía cómo mirarla... A qué ojo.

—Estoy viejo y uso bastones... Iba al kinesiólogo.

—Eso no lo justifica, Ud. debe cumplir con la ley. ¡Salga! ¡Salga y espere afuera!

¿Con cuál ojo me estará mirando?

—Le notificarán la resolución de su falta.

Sesenta minutos después, una secretaria le comunicó:

—Debe pagar 3 UTM.

Pagó y se retiró raudo, feliz. No estaba encarcelado.

Un capuchino vainilla, por favor...



Kilómetro 15

Samuel Ricardo Tapia Castro

67 años, Los Andes

El celular lo despertó abruptamente. Era la madrugada. La voz del otro lado de la línea le dijo: “Su hijo está bien. Nos volcamos en el kilómetro 15. Yo lo rescaté”.

La intensa lluvia hacía más veleidosa y peligrosa la carretera. La neblina no permitía ver más allá del haz de luz de los focos. El kilómetro 15 es un lugar desolado, de noche, una boca de lobo. Lejos del radio urbano, nadie vive por ahí.

La sirena de un carro de emergencia y las señaléticas de la policía le indicaron el lugar. Miró lo que quedaba del automóvil volcado al fondo de una gran zanja. “Debería haber tenido consecuencias fatales”, le dijo el chofer de la ambulancia. Padre e hijo terminaron de pasar la noche en un hospital.

El sol de la fría mañana otoñal les acarició la cara. Ambos miraban cómo una grúa lentamente recogía lo que quedaba del auto y lo cargaba en un camión. Sus mentes aún estaban adormiladas por la desvelada y sufrida noche. El camión de la grúa con las chatarras de lo que era un auto, se alejó rápidamente. En medio del desolado lugar se quedaron padre e hijo. Conversaron sobre los hechos acontecidos en esa madrugada y en lo que le pudo haber pasado.

De pronto el joven dijo:

—Increíble lo que me sucedió, afortunadamente venía solo. En un abrir y cerrar de ojos me encontré volcado en el fondo de la zanja.

—¿Venías solo? —preguntó el padre.

—Sí —respondió el hijo.

Un silencio que se podía escuchar llenó la atmósfera del lugar. De pronto, un señor les dijo a sus espaldas: “Yo lo rescaté, venía con él”.

Escucharon casi sin sentido esas palabras. Instintivamente lo miraron de reojo por sobre sus hombros. Se voltearon para saber quién era. No había nadie en el lugar.



La belleza de las aves

Victoria Luisa Salinas Rivera

69 años, Valparaíso

Observando a través de la ventana estaba la niña Alessandra. Así, con una lluvia inmensa, los vidrios muy mojados con unas gotas que parecían decir “basta, ya hay mucha agua, y los ríos, los lagos y esteros ya se llenaban, y el exceso de lluvias, está causando estragos, e inundando los campos que nos entregan alimentos”. Al frente de su dormitorio, en otra casa con un techo amplio y sus tejas nuevas, en el borde superior, se posaba un palomo, de color blanco con gris. El palomo vivaz, grande y macizo, miraba a su alrededor. La quietud de la tarde, la lluvia, el silencio y la tranquilidad de los habitantes hizo que el palomo recordara una cita de atracción física. Fue entonces que se posó a su lado una hermosa paloma, menuda y con menos plumaje, de color blanco; se miraron ambos. Así como una pareja, un macho y una hembra, caminaron junto al borde del techo, se devolvieron y se miraron. Eran momentos felices, un encuentro casual y muy real.

Ambos sacudieron sus alas, enseguida la paloma emprendió el vuelo. El palomo se quedó quieto, observó a su alrededor, esperó un instante y pronto vio que estaba muy solo y la lluvia ya le mojaba su hermoso plumaje. Emprendió el vuelo, giró, y dio vueltas por un árbol. Fue en esos momentos que arribó la paloma blanca. Allí se quedó aceptando la cita, y rápidamente llegó él con su plumaje blanco y gris.

Se acercaron, se miraron, sacudieron su plumaje como diciendo, aquí estoy, compartamos los momentos de felicidad que son mínimos. Se quedaron quietos, movían sus alas, y se mostraron para una fotografía. Luego emprendió el vuelo el palomo y ella permaneció quieta recordando así su encuentro. Después de 5 minutos, emprendió su vuelo y desapareció.

Así es como la belleza de las aves nos hace meditar y recordar que las aves son felices con cortos instantes, no necesitan de una vida entera para disfrutar siempre. Las aves se conforman con momentos, solo sus cantos son permanentes, pero su vida es recorrer y recorrer montañas, mares, ríos, casas... en fin el mundo entero, pero con un vuelo así veloz, y feliz.

Moraleja: “Más vale poco, pero seguro”.



La bruja Sara

Gloria María Guzmán Zamora

84 años, Olmué

El abrazo del viento sacudió nuestros cuerpos y nos llevó hasta los roqueríos; bramaba como demonio encadenado y mezclado con sus rugidos, perdidas voces entrecortadas y lejanas llegaban hasta nuestros oídos.

Lo dejamos azotando y castigando las olas, nos internamos por la maloliente quebrada, cementerio de aves marinas, perros muertos y desperdicios. Subimos un trecho largo en fila india resbalando en el barro, lanzando improperios y empapándonos con su olor, hasta llegar al tronco caído, allí nos apartamos de la quebrada caminando por un verde y mojado sendero, el que nos guió hasta el sucucho de la bruja Sara.

Mis amigos, el huevo, el enano y yo, tímidamente la llamamos por su nombre, una, dos y hasta tres veces. Apareció rengueando en la puerta de la choza, observamos parches de madera, trapos sacudiéndose al viento, la puerta que no cerraba bien. Nos costó decidirnos a entrar. Empujé al enano y nos introdujimos en fila india.

El humo denso de los leños aún flotaba en el aire. Una mezcla de olores azumagados a sustancias podridas, a parafina, hirió nuestras narices. Un desorden de cachureos recogidos al azar en vertederos casi impedía el paso; pero en un rincón y en el suelo, el fuego chisporroteaba alegremente haciendo cantar la negra tetera y dando un poco de calor a ese espacio; era lo único rescatable de ese lugar. La Bruja se encasquetó en su cabeza mezquina de cabellos, un descolorido y apolillado turbante, adornado con un largo alfiler que remataba en una gran perla gris. De un solo manotazo desocupó la inmundicia de la pequeña mesa y colocó encima una bola de cristal, adivinatoria según dijo. Por más que escudriñamos intentando descubrir algo en ella, nada apareció. De pronto el chillido de un pájaro encima de nuestras cabezas nos hizo saltar, no teman dijo ella; es Merlín, mi compañero y protector.

Después de esto, nos sentamos los tres como pudimos a medio cachete, en una banca coja. La vieja con sus sarmentosos dedos, nos señaló un recipiente de concha de loco para que depositáramos unas monedas en él. Luego, satisfecha con su boca en jarra y sus ojillos inquisidores, agarró un naipe sebo y negro, cuyas puntas parecían mordisqueadas por ratones y fue diciéndonos mentiras o verdades con su voz aguardentosa y su fétido aliento a cenicero. De pronto, la pieza se iluminó y oscureció, las facciones de la vieja se perfilaron y se hicieron grotescamente más agudas, el pájaro lanzó un atemorizador chillido y el cielo se rajó con un gran trueno, estremeciendo la choza. Nos miramos atemorizados, nos levantamos bruscamente y salimos corriendo, tropezando con las mugres que estaban por doquier; a lo lejos se escuchaban los chillidos de la vieja.

—Vuuueelvannn... Vuuuuueeeelvann...

Llegamos a la quebrada. Nuestra bajada a puros resbalones fue más rápida. Enfrentamos nuevamente el viento, los roqueríos y la garúa que nos dejó un gusto salobre en la boca. Partimos acompañados de una fuerte lluvia, mientras la noche dejaba caer su cortina.



La caja de cartón

Carlos Alberto Iturra Briones

73 años, El Tabo

Saqué desde el auto la pequeña caja de cartón y la llevé con cuidado hasta el patio de la casa donde estaba reunida la familia. “¡Les traje un regalo!”, les grité. Abrí las tapas y tu pequeña cabeza perruna se asomó ante el asombro de todos. “Oooohhhh, qué lindo!”. “A ver, corrijamos, digan “qué linda”... es una dama”. Te paseaste en los brazos de todos en una animada aceptación como un nuevo miembro de la familia. Se cansaron de jugar contigo. Alguien corrió a buscarte un poco de leche y luego se barajaron muchos nombres para bautizarte. Me impuse. El color de tu pelo era el mismo de las galletas y no dudé que “Cookie”, te correspondía plenamente.

No me demoré en entender que un cocker aprende muy poco... o nada. Resultaron inútiles los esfuerzos para que caminaras tranquila o no destrozaras la ropa que caía de los cordeles de secado. Rompías y ensuciabas todo. No había cómo calmar tu energía. Corrías escaleras arriba, te subías a las camas y solo tras largos esfuerzos entendiste cuál era tu baño.

Los años pasaron y llegó la hora de casarte. Te buscamos un hermoso novio, pero parece que algo no te gustó de él. Toda la tarde jugaron a atacar la jaula de las catitas y a desordenarlo todo, pero de amor... nada. Quién se iba a imaginar que te enamorarías de un perro vecino y que tendrías una tarde de pasión cuando nadie se lo esperaba. Al menos tuviste sabiduría al escoger otro cocker. Tiempo después tu locura se había multiplicado por siete y hasta tú misma no soportabas a tus cachorros.

El tiempo no lograba calmarte. Pensabas que los gatos tenían malas intenciones para los tuyos, porque los atacabas elevándote por los muros para alcanzarlos (y destruyendo las plantas). El portón abierto era una invitación para que corrieras por todo el barrio y hubiera que hacer muchos esfuerzos para darte alcance y hacerte regresar a casa.

Muchos años después te enfermaste. Un tumor feo apareció en tu guatita y recurrí a un amigo veterinario que te dejó como nueva. La enfermedad regresó y mi amigo repitió la hazaña. Volviste, pese a tu edad, a disfrutar tus paseos al peluquero, y yo podía jurar que estabas con demencia senil, ya que actuabas como jovencita, revolcándote en el suelo y pidiendo las caricias de siempre.

Hace dos días te vimos rara. Entraste a la casa y te echaste. Tu cola apenas se movía. Respirabas con gran dificultad. No querías comer nada.

Anoche llamé a mi amigo y hoy vino a verte. Me hizo entender que querías ir a jugar a esos espacios sin fin donde podrás perseguir todos los gatos que quieras. Ya nos habías entregado suficientes años de alegría y amor. Puso fin a tus sufrimientos y lloramos al verte partir tal como llegaste a nuestra vida... en una pequeña caja de cartón.



La hoja de tilo

Laura Rosario Inzunza Vallejos

79 años, Valparaíso

Cuento número uno.

A la vuelta del ancho y polvoriento camino, Leonel la vio aparecer. Eran las cinco de la tarde de un caluroso día de febrero.

Se detuvo a un costado y la esperó bajo la sombra de un tilo. La miró acercarse. Apreció su figura esbelta, sus pasos ágiles, el movimiento ondulante de su amplia y floreada falda de percal; su gruesa, negra y larga trenza, que ahora había dejado caer al lado izquierdo de su pecho, seguramente, se dijo él, para no incomodar a la chupalla.

El predio, de una superficie de cincuenta hectáreas, era de unos parientes de su padre y estaba ubicado en el poblado de Río Claro, Yumbel. Desde niño, Leonel pasaba allí gran parte del verano. Con agrado se había ido, poco a poco, sumando a las faenas agrícolas. Acababa de cumplir diecinueve años. Era un mozo alto, atlético, de varoniles facciones, buen trato y de reconocida destreza en la siega, emparva y trilla a yegua suelta, de cereales y legumbres.

Carmelo era el único trabajador agrícola que habitaba en el predio. Vivían con él su mujer y sus cuatro hijos. Estos, como era común en los años cincuenta, después de asistir a la escuela del poblado, aprender a leer y escribir, se habían incorporado a las labores del campo. Su única hija mujer, Estela, a sus diecisiete años, era además requerida con frecuencia en la casa patronal para prestar servicios domésticos. Allí era muy bien valorada por su buen carácter, sonrisa fácil y habilidades para el trabajo.

Ella envuelta en aromas a lavanda y hierbabuena, al llegar junto a Leonel, se detuvo y le preguntó lo que ya sabía:

—¿Así es que usted se vuelve mañana a Valparaíso?

—Sí Estela, así es —le respondió él, con visible torpeza.

Entonces ella, con evidente preocupación dijo:

—Como hoy tenía que ir al pueblo, me dio a pensar que ya no nos íbamos a ver. También me dije: como ahora va estudiar en la Universidad ¡Capaz que ya no vuelva más por estos lados!

—¡Estela! A mí me gusta venir a este campo.

—¡Es que todo cambia! Cuando sea abogado, se va a olvidar de nosotros.

—Nunca los voy olvidar, no podría —balbuceó él. A lo que ella con voz húmeda, mirándolo intensamente dijo:

—Usted sabe que a mí me gustaría tanto creerle. ¡Usted sabe...!

En ese momento, una hoja se desprendió del tilo y en su caída, pasó muy lentamente entre ellos. Ambos, en silencio, clavaron sus ojos en ella y la siguieron hasta el final de su trayectoria.

Cuando levantaron sus rostros, se miraron intensamente, sin palabras, por un tiempo infinito. Luego, retomaron cada uno, su marcha.



La hormiguita del jardín

Catalina Iracheta Naranjo

72 años, Viña del Mar

En un país llamado Jardín, existían colonias de animales en miniatura, junto a muchos vegetales; todos participaban en comunidades, cumpliendo diferentes funciones. Sentada bajo un árbol, de pronto vi una gran cantidad de insectos que lo rodeaban. Fijé la mirada en dos columnas de hormigas cercanas a él. En una de las columnas, las hormigas iban de vuelta a su hormiguero, cansadas pero alegres, pues llevaban comida en su boca para la reina que reposaba en su aposento.

En la otra columna, las hormigas, iban ilusionadas comenzando su nueva aventura. No lejos de ahí, se encontraba un vigilante, un escarabajo encargado de la seguridad del jardín. Tenía una apariencia corpulenta muy diferente a las hormigas: su caparazón era duro, de color negro; muchas patas, dos de ellas en forma de gruesas garras; en la cabeza tenía dos antenas que utilizaba como sensores para su comunicación y unos grandes ojos ovalados y saltones.

Para gran parte de los habitantes de Jardín era un insecto poderoso y repudiable, salvo para las hormigas acostumbradas de verlo: no lo apreciaban, porque se confundía con el color de la tierra, y ellas, concentradas en su trabajo, no tenían tiempo de observar.

La más pequeña, conocida por todos como “la hormiguita”, al avanzar en la columna con su pesado alimento, vio que algo negro se movía; se paró porque el insecto le pareció sospechoso.

Los días fueron pasando y la escena se repetía, hasta que un día la hormiguita agotada decidió “romper fila” y descansar; momento importante para el escarabajo, pues lo aprovechó para contactarla y ganar su amistad. Cada vez que las condiciones le eran favorables, tocaba las antenas para llamar su atención e ir juntos a divertirse en busca de comida. Así fue ganando la confianza de su “nueva amiga”, hasta el momento en el cual se aprovechó y vilmente la atacó.

La hormiguita, muy acongojada, se acercó a la reina a contarle lo sucedido. Esta acogió su dolor y decidió, en su rol de majestad, comunicar lo que había pasado. Las hormigas se reunieron con mucho estupor para decidir qué hacer frente al ultraje de su pequeña compañera. Alborotadas, tristes y asustadas, peleaban produciendo una gran confusión, hasta que una hormiga obrera aconsejó a la reina que recurriera a la justicia. Esta estaba a cargo de una vieja y sabia chinita que trabajaba en las flores cercanas.

El tiempo transcurrió, y la chinita, después de sentenciar al escarabajo con el exilio, voló hacia otro lugar donde se requiriesen sus servicios. Las hormigas ampararon a la hormiguita y, con el temor de sentirse nuevamente vulneradas, continuaron con su función. Y en el Jardín todos los habitantes rogaban que en los días venideros no volviera a ocurrir tan aberrante hecho.



La lámpara de sus ojos

Hilda Isabel Campos Contardo

69 años, Viña del Mar

Esmeralda tenía la certeza de que sus ojos la guiarán para encontrar el amor de su vida, sobre todo después que una vidente, sin que ella le preguntara, le dijo “qué lindos ojos tienes, ellos te llevarán hacia la lámpara del amor”. Por eso imaginaba encontrarse con una lámpara como la de Aladino, frotarla y que un genio le concediera su mayor deseo, el amor.

Pero el tiempo pasaba y por más que buscaba no encontraba la lámpara ni el amor. Un día acompañó a una amiga que tenía una cita médica con un prestigioso doctor oftalmólogo, quien era además muy simpático y cariñoso. Cuando el doctor terminó de examinar a su amiga, Esmeralda le pidió si la podía examinar a ella, a lo cual él accedió.

El doctor amablemente le dijo “siéntate aquí, junto a la lámpara de hendidura”. Al escuchar eso, Esmeralda recordó los dichos de la vidente y por un momento pensó, “¿será lo que estoy buscando?”. Su pensamiento se esfumó cuando el doctor describía en voz alta la hermosura de sus ojos y alguien golpeó la puerta de la oscura consulta.

“Adelante”, la puerta se abrió dejando pasar un rayo de luz que dejó ver la figura de un personaje alto, algo desgarbado, pero que transmitía confianza. Al verlo, el doctor lo saludó cariñosamente y le dijo bienvenido, mi gran amigo y colega”. Mientras tanto, Esmeralda permanecía en posición de examen y solo había percibido un agradable acento extranjero del recién llegado. Sorpresivamente, el doctor llamó a su amigo y le dijo: “compadre venga a ver estos ojitos, si se enamora no es mi culpa”.

El amigo quedó prendado de inmediato con la belleza del iris y, a través de la niña, le vio el alma. Esmeralda sintió de inmediato la mirada penetrante, tierna y comprendió que por fin el amor verdadero había llegado.

Chabuca.



La oveja

Eloísa Olivia Soto Hernández

76 años, Quilpué

¡Oh, no veo nada! Todo es negro. Estoy naciendo en medio de la pampa magallánica. Mi madre me limpia. Siento mucho frío. Ella trata de abrigarme con su lana y con su hocico me empuja hacia atrás. Comienzo a oler y con mi lengua noto que es leche rica y tibia. Empiezo a mamar. Primero es el “calostro”. Esto me hace bien porque me protege de las infecciones. Dejo de tiritar. Mi mamá me lame fuerte. Está amaneciendo y a lo lejos escucho a mis hermanas. Están balando y no dejan de chillar. Intento pararme, pero aún estoy débil. Pese a ello, lo logro. Siempre estoy cerquita de mi madre. Tengo hambre a cada rato: mamo mientras mi mamá come pasto pegadita a mí. Siempre hace mucho frío, siempre hay mucho viento... por eso tenemos tanta lana.

Tengo dos meses y me alejaron de mi madre para inyectarme un medicamento. Apenas me sueltan comienzo a balar. Asustada, encuentro a mi madre y mamo. Curiosa, me separo de ella y veo muchos corderitos como yo a mi alrededor. Me siento perdida nuevamente, pero al balar ella llega corriendo (percibe mi olor). Las otras ovejas me rechazaron... Me equivoqué dos veces... es que son todas blanquitas... Menos mal que me reconoció, ¡qué susto pasé!

Tengo tres meses. A algunos corderitos nos capan o nos cortan el rabo, tanto por la higiene como para no dañar la lana. Llegan unos hombres a caballo, tienen perros y les silban. Los perros comienzan a separarnos y nos hacen entrar a unos estrechos corrales de madera. Al final, nos dan un chapuzón en un agua “especial”. Nos desparasitan para que las garrapatas no penetren en nuestra lana, que es muy preciada. Nos devuelven a la pampa y los perros vuelven a correr tras el silbido. Saltan sobre nosotras para guiarnos a otro lugar. Nos ponen una marca con un fierro candente que duele mucho. Tenemos dueño y no podemos perdernos. Me cuesta encontrar a mamá... ¡Uf, ya estoy a salvo! Estoy comiendo y bebiendo agua, pero igual me siento perdida cuando no estoy cerca de ella.

Cumplí un año. Tengo dos dientes. Me separan definitivamente de mi madre... Nos llevan a los corrales. Los perros ladran, saltan sobre nosotras, nos esquilan con unas máquinas, nos sacan la lana: ya está sequita, es verano, es justo el tiempo...

Al regresar, ya no encontré a mi madre... A algunas nos llevan al matadero: por la carne... El cuero también es muy apreciado en el extranjero: lo curten para hacer unos abrigos de gamuza llamados “gamulanes”. La lana sirve para hacer chalecos, frazadas y abrigos. Con nuestra leche fabrican quesos que los humanos aprecian por su rico sabor. ¡Todo lo nuestro les sirve!

Las primeras ovejas que llegaron a Magallanes fueron Corriedale. Ya nos manipularon genéticamente y ahora nos denominan 4M, Marin, Magellam, Merino. El año 2016 exportaron a 2.000 de nosotras a Ecuador.



La pelirroja

Ana María Vergara Díaz

69 años, Valparaíso

Dispongo el atril en la terraza, es más cómodo para pintar que estar dentro de este pequeño departamento. A veces me siento fuera de lugar en él, aunque he intentado darle un toque personal. Mandé a fabricar los muebles a la medida para que todo esté en orden, además lo mandé pintar en color blanco para que resalten mis óleos en la pared. En estos 2 años aún no me adapto a vivir en esta ciudad.

Ubico mis pinceles y pinturas sobre mi mesita de apoyo, cuando una conversación fuera de la terraza, en un tono elevado, llama mi atención.

—¡Aló!

—¡Aló! , ¿Dónde estás? —le responden.

—En el jardín del edificio —contesta ella muy molesta.

—Espérame, llegaré pronto.

—¿Se los contaste? Porque no quiero ser yo quien se los diga —se apresura a decir, pero la llamada se corta.

La chica viste pantalón y zapatillas negras, una chaqueta de jeans cuelga sobre su bolso. Tiene su cabello color rojizo y un tatuaje sobre la mano que sostiene el celular. La chica se sienta en la banca, saca un lápiz y cuaderno de su bolso, prende un cigarrillo y comienza a escribir.

Me sobresalta el timbre que suena insistentemente.

—¡Ya voy! , ¡dejen de tocar!

—Disculpa madre, no llevé las llaves —contesta David.

—¿Por qué vienes tan agitado, hijo?

—¡Debo contarte algo! —dice mientras su voz y sus manos parecen temblorosas.

—¿Puede ser más tarde, hijo? porque debo terminar mi trabajo.

David es mi único hijo, está pronto a cumplir 24 años y aún no le conozco ninguna novia. Espero que no la tenga todavía, hasta que obtenga su título. Estudia Ingeniería Civil en la Universidad. Es muy buen hijo, estudioso, ordenado y buen mozo, como su padre.

—¿Madre podemos conversar? —insiste David impacientemente.

—Enseguida, contesto el teléfono y hablamos —le respondo de forma distraída.

—Madre ¿quién te llamó?

—Era tu padre que nos invita a cenar, me dijo que debe comentarnos algo muy importante.

Noto en la voz de Andrés un poco de nerviosismo, eso me parece muy extraño en él.

Nos conocimos con Andrés en el liceo, él terminando la enseñanza media y yo comenzándola. Él, alto, moreno, buen mozo; me enamoré en cuanto lo vi, aunque ahora está más distante, trabaja demasiado y ya no tenemos tanto tiempo de pasear juntos, como antes.



La pelirroja

Ana María Vergara Díaz

69 años, Valparaíso

—¡Hijo, ya vamos, se nos hace tarde!

—¿Hablamos ahora, madre?

Cerramos la puerta del departamento y nos dirigimos hacia el elevador.

—¡Dime hijo!, ¿Qué es tan importante?

—¡No sé cómo esta noticia te afecte!, me voy a estudiar al extranjero, tengo una beca, hoy me avisaron y espero tu apoyo, madre.

En principio me siento abrumada ante tal noticia, pero la emoción me invade y abrazo fuertemente a mi hijo. En ese momento suena el timbre del elevador que está llegando, sus puertas se abren y allí está ella, la chica de cabello rojizo y tatuaje. En su mano diviso una carta.



La pesadilla

Víctor Hugo Moya Carvajal

80 años, Viña del Mar

“¡Increíble! ¡Insólito!”. Gimiendo, Luis despertó asustado a su abuelo Carlos, le dio un vaso de agua y le preguntó qué le sucedía. El hizo una pausa muy especial y dijo:

—Tuve una horrenda pesadilla.

Secó sus lágrimas e inició su narración:

—Estaba al medio de una multitud de personas. En este disturbio, todos gritaban por diversas reformas, la adrenalina fluía por mi cuerpo. Asimismo, observaba a un grupito de 6 o 7 personas con un comportamiento muy agresivo, que daban las órdenes propiciando, aparte de los desórdenes, las destrucciones de kioscos, fuentes de soda, tiendas, supermercados y farmacias. No solo las saqueaban, destruían y algunas de ellas las incendiaban. No sabía qué hacer, solo había banderas del pueblo mapuche, pero ninguna otra que simbolizara a los partidos políticos de izquierda, menos de la derecha. Sentía que me estaba ahogando, traté de abandonar el grupo, pero era imposible acercarme a la orilla. Sentía un cansancio, más aún, no sabía de qué se trataba; tenía miedo. Le pregunté a una persona de edad “¿de qué se trata esta movilización?”. “Mire compañero, dígame, ¿usted está jubilado?” Respondí no. “Pero luego estará...”, respondí sí. “Entonces, ese es un motivo de lucha, además, la justicia es parcial para la gente pobre. Existen muchos abusos, por ejemplo la salud, solo la gente adinerada tiene la educación asegurada, somos explotados por los dueños del país y, por último, hay numerosas demandas sociales, que incluyen la eliminación total de la Constitución del Estado, la que hizo el dictador”.

El sueño era confuso, mucha fantasía y realidad. Sabía que el país estaba soportando un sin número de protestas, las estudiantiles, de la CUT, de los empleados públicos, empresas del estado, profesores, personal de Salud, del Registro Civil, entre otras instituciones, y culminó con el estallido social en Chile (18 de octubre 2019), que aparentemente se debió por incremento la tarifa \$ 30 pesos en la locomoción pública (metro y buses de la región metropolitana, propuesta realizada por el panel experto). Recordaba en el sueño que el presidente, manifestó enérgicamente en ese día o al siguiente, la frase “estamos en guerra con un enemigo muy poderoso, implacable que pretende en última instancia, producir la inestabilidad del gobierno, causando el máximo daño posible”, pero, nunca identificó al adversario.

Estaba indignado con su comportamiento y quise pegarle, tenía pavor de perder mis ahorros, no poder financiar mis enfermedades, y vivir miserablemente con Lilia.

Carlos dijo:

—Abuelo, haga su aseo, para servirle desayuno e irme a la universidad.

El abuelo se sentó en un sillón, tomó desayuno y escribió en un cuaderno la ventura de este sueño, pero el ruido quedó en su mente ¿este estallido fue debidamente planificado o hubo una organización que preparó todo esto? A Colombia le sucedió lo mismo, pero con la presión tuvo que renunciar el presidente, la prensa se lo atribuyó a la Organización FORO SAU PABLO.

El abuelo dijo que era interesante tener presente los objetivos de esa organización, como, asimismo, estudiar la vinculación con Chile.



La política en mi vida

Tatiana Silva Rojas

60 años, Viña del Mar

Crecí con un padre que (tres hermanos hombres y yo la menor y única mujer), sintiéndose decepcionado de la DC por comulgar con los comunistas, marxistas y leninistas, que se comían las guaguas, decidió ponerse de lado del general que vino a salvar a Chile después de una terrible "guerra civil". Nunca supo que voté No para el plebiscito de 1988. Sin embargo, después de aquel día de Julio en Santiago, en 1991, cambiaría mi vida. Ese sábado caminábamos por la Alameda y entramos a la Feria Artesanal Santa Lucía, que había sido inaugurada hace poco más de un mes. Lo primero que pensé fue: "si supiera mi padre donde estoy...". Con tanta música folklórica y tanta zampoña (símbolo inexcusable del terrible comunismo), olor a incienso, hombres de pelo largo y barba (mi debilidad, siempre), tantas mujeres sin sostén, pelos desordenados, risa fuerte y obviamente el inconfundible olor a hierba, ¡a droga! Nos compramos pulseras de cuerito café y negro, que llevaba como mi mayor tesoro escondido. En un pilar, había una foto de un hombre y su historia. Me detuve a leer. Jorge me esperó pacientemente en silencio. A medida que leía, la tristeza me embargaba y no podía parar de llorar... ¿Cómo pudieron asesinar a un profesor, cantautor, poeta, director de teatro y activista social pacífico? Le destrozaron las manos y recibió más de cuarenta balazos. Su única arma fue la guitarra y la conciencia social. Fue un golpe certero a mi burbuja, pues aunque parezca increíble, yo no conocía su historia. Comencé a leer y escuchar sin parar toda la música del exilio, del desarraigo, de los muertos y desaparecidos, del dolor de ser expulsado de tu país y tus raíces. Comencé a caer en la cuenta por qué en mi casa solo se escuchaba a los Huasos Quincheros, Los Cuatro Cuartos y Las Cuatro Brujas. Me llené de valor y le pregunté en un almuerzo familiar a mi padre... ¿Conoces a los Inti Illimani? ¿A los Quelentaro? ¿O Quilapayún? ¿O la música de Victor Jara, el que fue asesinado por los milicos en el Estadio Chile?... Recuerdo su cara de rabia y desilusión... Me respondió que él no escuchaba música subversiva. ¿De dónde te salió esa idea?, preguntó capciosamente, y entrecerró los ojos, esperando mi respuesta. Le dije que leyendo, leyendo mucho y de todo. Creo que supo que, además de todo lo anterior, que teníamos océanos de diferencias. Esto venía a ensanchar y agigantar nuestras veredas que, más encima, eran paralelas. Comencé a entender por qué me provocaban tanta tristeza las letras de este folclor prohibido. Fuimos con nuestros hijos al concierto "Cancionero Chileno", en el Estadio Bicentenario Lucio Fariña, el 16 de Febrero del 2012. Schwenke y Nilo, Santiago del Nuevo Extremo, Sol y Lluvia, Illapu e Intillimani. El maestro Luis LeBert dijo: "No venimos a vender nada, solo venimos a mostrar lo que somos: un montón de canciones". Pedí perdón por mi burbuja involuntaria y nunca olvido, que antes de doblar a la derecha, prefiero darme la vuelta completa.



Las huellas del cuervo

Isabel Zerpa Rojas

64 años, Viña del Mar

A menudo detesto al cuervo.

Me acostumbré a cambiar constantemente de ruta y hora. Aun así —cuando creía que lo había despistado— lograba rastrearme, y me robaba —una vez más— mis hebras plateadas.

Me seguía. Sentía que me observaba con su astucia clandestina. Lograba sorprenderme tendiéndome una emboscada. Como una sombra, silenciosa y amenazante, se lanzaba sobre mí para despojarme de algunos de mis escasos cabellos, y se alejaba lanzando una profunda mirada burlona. Casi sonreía.

Esta mañana —sobre la nieve— vi las huellas de sus pequeñas patas y las seguí con curiosidad. Me encontré con algo inesperado: estaba cuidando el nido. Su acostumbrada mirada desafiante se convirtió en una súplica de temor. Abrió sus negras alas, esta vez para proteger a sus crías. La ternura emanada del amor penetró y se adentró hasta mi inconciencia. Entendí que algo mío le pertenecía. Nos miramos y eso bastó para crear el vínculo. Vi el infinito en la oscuridad de sus ojos.

Siguiendo sus huellas, me encontré en una repentina ensoñación. Fugaz distracción que cambió mi destino y mi realidad. Este no es el lugar al que vine. No hay explicación alguna. Ni ciencia ni magia, ni vidas ni muertes, ni antes ni después. Soy lo que soy dejando de ser.

De pronto, empezaron las extrañas apariciones. Dicen que los cuervos obsequian regalos a las personas que les agradan.

Antes, solía detestar al cuervo.



Mis recuerdos

Pilar Iracheta Naranjo

74 años, Quilpué

En una noche oscura, Estrella no puede dormir. Sabe que le queda poco tiempo, pronto ella solo será un recuerdo.

Reflexiona, sonrío y se pregunta ¿Cuántas personas querrán mantenerme viva en su corazón? Esto le produce nostalgia, también esperanza, sabe que sus seres amados no la olvidarán.

Piensa en sus propios recuerdos, son tantos, la vieron nacer y crecieron junto a ella. Se acompañan en todo momento. Han pasado, experimentado y sufrido una larga travesía. Podría decirse que son amigos.

Decide agradecerles, fueron sus fieles compañeros. En voz alta dice: “gracias, por estar conmigo mi vejez ha sido más llevadera. Han llenado mis vacíos, mi soledad. Muchas veces, me transportaron a mi mundo mágico donde pude pasear por los prados, a pesar de no poder caminar. También pude escuchar el susurro del mar o el sonido de sus olas que me llevaron a evocar mi juventud. Benditos mis recuerdos que me permitieron soñar”.

La noche avanza aumentando el recelo de Estrella, teme pasar sus últimos minutos en soledad. Con sus ojos húmedos y mucha angustia, pide a sus recuerdos “acompañenme por favor, así será más fácil despegar”. Siente una fuerza interior que la llena de paz. Su semblante se suaviza, su rostro se relaja, esbozando una sonrisa.

Las primeras luces del amanecer muestran una cama con sábanas frías, ya no está Estrella, sólo queda su recuerdo.



Narcisista

Ana María Campos Lenoir

68 años, Viña del Mar

La adolescencia nunca fue fácil, menos cuando tienes una estatura sobre el promedio y tu cuerpo es desgarrado, flaco, huesudo, sin nada que te haga parecer atractivo al sexo opuesto. Los ojos claros no lograban resaltar en ese envase tan poco agraciado. El bullying se instaló por interminables cuatro años donde fue objeto de burlas, todo tipo de memes por parte de los chicos, además de la mirada indiferente o compasiva de sus compañeras a las que observaba a la distancia sin atreverse a hablar.

Terminar con esa solitaria época fue un alivio, ni siquiera fue a la fiesta de graduación, nunca logró superar el miedo al ridículo. Ese sentimiento lo impulsó a cambiar su historia, y decidió estudiar educación física, eso le permitiría cambiar su aspecto y cultivar su cuerpo hasta transformarlo en objeto de culto. Su deseo se volvió cada vez más obsesivo, dedicando su escaso tiempo libre a dar clases de pilates para tener dinero extra para asistir al gimnasio y así lograr en menos tiempo su objetivo de convertirse en un tipo armónico, atractivo. Su plan estaba dando frutos, era el mejor de su clase.

Nada le impedía dedicar parte de su tiempo al gimnasio, ni el cansancio del entrenamiento, ni las horas de estudio podían derribar su fuerza de voluntad; tampoco las inclemencias del clima, a fin de cuentas en el sur siempre llovía. Por eso ese día no prestó atención al informe que daba cuenta de una alerta amarilla, por riesgo de desborde de más de un río que cruzaba en las afueras de la ciudad, muy cerca de la pequeña cabaña que arrendaba, lejos de las críticas de su madre, que no entendía su dedicación por cultivar su figura.

Esa noche la lluvia cayó con una intensidad inusual, pero él no lo percibió, estaba agotado, cayó rendido en su cama. Escuchó cómo el agua martillaba el techo y el viento golpeaba las ventanas, su cansancio sería la barrera que necesitaba para conciliar el sueño sin importar lo que ocurriera afuera. Nunca supo a qué hora se desbordó el río. Solo despertó cuando el agua azotó la cabaña, fue un ruido violento, explotaron las ventanas, del techo caía una cascada hasta que finalmente cedió inundándolo todo y ejerciendo presión hasta abrir las paredes como si fueran una débil cascara, dejando entrar barro, ramas, pedazos de troncos y quién sabe cuántas cosas más envueltas en la siniestra obscuridad.

No lograba entender cómo había llegado este torbellino que lo sacudía y arrastraba en las gélidas aguas de agosto. “Yo sé nadar, pronto saldré a la superficie, podré respirar, mi cuerpo es fuerte y poderoso”. En ese momento un fuerte golpe apagó sus pensamientos, solo pudo dejarse arrastrar durante las horas de obscuridad que duró la inundación. La obscuridad dio paso a unos débiles rayos de luz, lo peor había pasado.

Si hubiera imaginado este final no habría desperdiciado horas en el gimnasio, rindiendo culto al cuerpo que nadie podría reconocer, ni admirar como él lo merecía.



No se detuvo

Erica Gina Díaz Estay

74 años, Valparaíso

Se inclinó hacia adelante para empujar con fuerza la silla de ruedas por una empinada calle cubierta de piedras y tierra, lo cual dificultaba el paso. Era la media tarde de un día gris. El frío penetraba en sus manos agarrotadas de llevar por veintinueve años el peso de Exequiel, quien estaba presentando signos de una de sus múltiples crisis. Apresuró el paso, debía llegar pronto al cité. Calmarlo era su prioridad. Subió los tres peldaños. Sabía que su vecino, como siempre, diría la misma cantinela: ¡Haga callar a ese berraco! Abrió la puerta donde estaba su madre y, en sus manos, medio melón con un poco de jugo en su hueco. La abuela, melosamente ponía el jugo entre las babas y lágrimas de Exequiel junto con las pastillas calmantes. Levantó ese cuerpo espástico, largo, huesudo y sin armonía. Lo arrastró y lo acostó, estirando cada pliegue de la sábana. Hablando con dulzura y acariciando su cabeza, se acostó a su lado y sacó su teta para ponerla entre esos helados labios. Sintió que succionaba. Salía el suero. Acariciaba y palpaba cada rincón de aquel amado cuerpo buscando alguna posible escara. La actitud y ademanes eran los de una madre abnegada.

Poco a poco sintió que la crisis iba desapareciendo. Su corazón sentía una pequeña luz. Sus manos, ya más calmas, recorrían dentro del pañal en caso de que estuviera mojado. Su mano se enfrentó a algo inusual. Siguió con suavidad la inspección. Con sorpresa sintió el pene erecto de Exequiel. No se detuvo. Solo siguió acariciando y acariciando. Su mente en blanco no se atrevió a pensar. Reaccionó cuando sintió en su mano un tibio y lechoso líquido que empapaba. Miró a su hijo y vio en su cara una nueva expresión. No supo si era una expresión dulce, tranquila o satisfecha. Ella por primera vez sintió felicidad. Su amado hijo gozaba un poco de la sustancia de la vida. Agradeció. Se levantó liviana. Fue al baño, se lavó las manos, las pasó por su canosa frente. Se miró al espejo y no se cuestionó.



Normal

Iris Merillán Bustos

67 años, San Antonio

Es un domingo de verano, almuerzo en la casa de sus padres, rutina que se repite desde que se independizó y se fue a vivir con una compañera de trabajo.

Pololeaba con un compañero de su hermano que estudiaba Ingeniería, todo el mundo decía que hacían muy bonita pareja y por eso no entendieron que después de 3 años la relación se terminara. Ella se había recibido y estaba trabajando, a él solo le quedaba su tesis, por lo tanto, lo más lógico era el matrimonio o que se fueran a vivir juntos.

Sin embargo, no recuerda haberse sentido tan plena y feliz como ahora, por eso había decidido dar el paso de hablarlo con su familia. Quería vivir esta relación puertas adentro en un ambiente protegido del mundo exterior, pero sin esconderse de los que más amaba.

Mientras caminaba hacia la casa, una transpiración helada la recorría entera, los nervios se la comían y el dolor en su estómago era cada vez más intenso. No quería imaginar la situación ni la reacción de sus padres; su hermano ya lo sabía y habían arreglado para que en ese almuerzo estuvieran solo los cuatro. Cuando llegó saludo con un beso a cada uno. El papá fue el único que reparo en lo helada que estaba, pero ella no dijo nada y se fue a la cocina a ayudar a su mamá a traer los platos.

No supo qué comió y tampoco de qué se habló, solo quería llegar a la agüita de menta, que indicaba que su hermano se retiraba y ella se quedaba sola con sus padres.

Se los dijo directamente, sin rodeos, para que no quedaran dudas.

Su madre alzó la voz, se golpeó el pecho e invocó a la virgen; luego se puso a llorar.

Su padre observaba mudo. Cuando por fin sacó la voz, se dirigió a su mujer:

—No te aflijas con el tiempo se va a dar cuenta que está equivocada, ella no es lesbiana, ella es normal.



El Río Negro

Alejandro Torres Martínez

60 años, Valparaíso

Caminando en dirección a mi hospedaje decidí seguir derecho en dirección distinta. Al doblar la esquina encontré a mitad de cuadra a una muchacha sola que estaba apoyada en un muro blanco llorando callada.

Cuando pasé a su lado me detuve y le pregunté qué le pasaba.

—¡Nada! —me dijo con voz entrecortada y triste.

—¿Por qué estás llorando? —le pregunté.

Luego vino un silencio momentáneo, casi eterno, una intimidad verdadera que sienten sólo aquellas personas que han sufrido mucho en la vida y que de alguna manera, a pesar de aquel dolor, aún conservan el valor, la nobleza y la salud necesaria para seguir adelante.

—¡Estoy un poco complicada, eso es todo!

Me respondió mirándome fijamente con una sonrisa perfecta y acto seguido me ofreció su lata de cerveza.

Era una mujer joven, rubia, baja y de buen aspecto, cuyo rostro blanco resplandecía con la luz nocturna de la luna roja. Me contó que su pareja de años la había terminado por poco hombre, por cobarde, por hijito de mamá.

—¡Prefirió quedarse en la casa de su mamá a irse a vivir conmigo!

—¡Por algo pasan las cosas! —le dije— ¡No era tu destino!

—¡Seguramente! —agregó con tono calmado.

—¡Eres un buen hombre y atractivo! —me dijo.

Luego me pidió que la acompañase hasta la entrada del condominio donde vivía con su hijo mayor y me pidió que nos juntáramos al otro día en el mismo lugar, cerca del río a las 3 de la tarde.

Nunca más la vi, pero recuerdo bien el brillo rojo de sus labios intensos y un extraño pesar en su corazón que descubrí en el silencio profundo de aquella noche.



Scooter

Willy Romero Olguín

70 años, Quilpué

Hoy me levanté temprano, ya que tenía que cortar un trozo de manguera de 5 mm para reemplazar la que estaba rota, rasgada, de lo contrario no podría salir en mí scooter porque no pasaría bencina al motor de este por estar rota. Pero, ¿qué paso? ¿Por qué está rota la manguera de mí scooter? ¿Qué sucedió? Simplemente los gatos. Sí, los gatos de mi hija rompieron la manguera plástica, pero, ¿cuál de ellos? Veamos: la Yeli, la más tierna, de pelaje amarillo claro, ojos bicolor, uno celeste y otro verde; la Regalona, la que solo le gusta que le hagan cariño cuando ella quiere, de lo contrario se arranca. ¿Ella? ¿La Yeli? No, no lo creo.

Entonces ¿cuál? ¿La Yoi?, esa loquilla de pelaje bicolor, un poco brusca para jugar, que oportunidad que tiene se escapa al patio. ¿Ella? No, ella no lo haría.

Podría ser el Poe. ¿Él? ¿El Edgar Allan Poe?, ese gato negro, de pelaje bonito y brillante, pero completamente negro. Ese Chico, ese gato que tiene un gran nombre, pero todos le decimos Chico por ser el último en llegar, ese Chico fundido y regalón que siempre anda pidiendo que le hagan cariño. No, él no podría ser.

Entonces ¿quién nos queda? El Yin, nos queda el Yin. Ese gato romano que desde hace como 4 meses no lo dejan salir porque está comiendo comida especial, ya que tiene cálculos, y que a la hora de comer se le encierra en una pieza para que coma su comida especial y no se suelta hasta que los otros gatos terminen de comer. Ese gato que no lo dejan salir porque en el patio o en la casa de los vecinos puede comer cualquier cosa. Ese ¿ese gato? Ese gato regalón, ese gato que desde que no lo dejan salir está más huraño, más brusco para jugar, más agresivo. Ese que me rasguña las manos y los brazos cuando jugamos. ¿Ese?, sí ese, ese es, ese es el que rompió la manguera plástica de mi scooter, pero, ¿cómo?, los scooter, todos los scooter que conozco son eléctricos, no conozco ninguno a bencina, ¿cómo?, entonces ¿cómo?

Por fin abro los ojos, despierto y me doy cuenta que nunca he tenido un scooter, estaba soñando.



The lúcuma cake

Lucía Adriana Zuaznábar Corvalán

64 años, Viña del Mar

Hace ya 23 años...

Por asuntos de trabajo me encontraba en Estocolmo, Suecia. Mi compañero de oficina y yo fuimos seleccionados en Chile para asistir.

La invitación incluía reuniones acompañadas de un traductor, visitas por la ciudad y una comida formal de distensión que se realizaría en un castillo de época. La noche de la cena mi cuerpo tiritaba y no de poco abrigo, era por la profunda inseguridad que sentía de mi idioma inglés. La mesa era imponente en aquel comedor, pero para mala suerte mía, quien era mi compañero —que sí dominaba el inglés—, por cosas de protocolo, quedó sentado distante de mí.

Hasta ese instante todo transcurría de forma natural y agradable, sentía yo. Entre sonrisas tenues, algunos comentarios básicos sobre mi país, su gente, su clima y sabores típicos, percibí que el presidente y dueño de la empresa se interesó en mis discretas acotaciones, haciéndome una pregunta directa la cual, dentro de mi nerviosismo, logré entender.

—¿Cuál es el postre típico de Chile?

Arrebatadamente, casi sin pensarlo le dije, The Lúcuma Cake (torta de merengue lúcuma) que es mi postre favorito. Nunca medité en aquella apresurada respuesta. Él, educadamente respondió que no lo conocía y solicitó que se lo explicara. Los otros asistentes guardaron silencio ante tal interés.

Respiré profundo y con una tenue sonrisa empecé mi relato:

—Easy (fácil), you (tú) take (tomar) many (muchos) eggs (huevos), separate (separar) white (blanco) and yellow (amarillo) —no sabía decir clara ni yema, total con los colores supuse sería suficiente; la atención confluía totalmente en aquel relato— only (sólo) lo white (blanco) lo bate mucho —hice los gestos y ruidos de aquella complicada palabra batir, finalizando con oven (horno).

Entre ellos se miraban y murmuraban palabras en un tono bajito.

—Cream and fruit (crema y frutas)

Sabía que había elegido el más difícil de los rellenos. ¡Cómo explicaba el fruto!

—The (la) Lúcuma is a fruit (es una fruta) when (cuando) tú la eat (comer) te atorras —expresé los gemidos y mímicas de quien se ahoga al morder aquel fruto harinoso, seco aún sin procesar, para terminar con— and ready (y listo).

Sentí pequeñas, sutiles y educadas risitas que se incrementaron al pasar los segundos e inundaron aquella mesa. Aún inmersa en mi asombro de aquel mal relato, pero observando su reacción, sentí tranquilidad de haber sorteado aquel escollo del idioma

El responsable de aquella pregunta mantuvo su mirada firme sobre mí para expresar su comentario:

—¡La felicito! Sepa usted que mis días están completos de reuniones y cenas en las cuales me aburro lo suficiente como para distinguir cuando una velada me es entretenida. Le ofrezco un curso intensivo de inglés —tenía claras mis falencias— y que usted sea nuestra nueva Relacionadora Pública.

Para mi sorpresa había logrado no solo darme a entender sino también recibir una gran oferta de trabajo. Y sigo aquí, entre Estocolmo, Karlskoga, Gotemburgo y otras ciudades.

Mi vida había cambiado, y todo por The Lúcuma Cake.



El tren subterráneo

Marisol Eva Carrasco Canessa

68 años, Quilpué

Un viento gélido impactó su rostro al salir del departamento. Acomodó su abrigo, tomó su pequeña maleta y se encaminó hacia la estación del subway. Mañana estaré en Arizona, se dijo, allá el clima es cálido aún en invierno. La ciudad estaba desierta a esas horas de la noche, New York dormía y se escondía de los treinta grados Fahrenheit. ¡Muy tarde salen los vuelos nacionales! Las cuatro de la madrugada es una hora incómoda. Debería tomar un taxi, pero me saldría carísimo, en cambio el metro...

Solo se oían sus tacones y el chirrido de las ruedas de su maleta. Presurosa bajó las escalinatas, pasó por los torniquetes y siguió bajando hasta llegar al andén de la línea 7 que la acercaría al aeropuerto. Se percató de la soledad del andén. Por entre los rieles divisó ratas que se desplazaban en busca de alimento. Una fría y azulada luz de neón vacilaba y crepitaba. De pronto, en la lejanía del oscuro túnel divisó un fulgor. ¡Al fin el tren!

Se acomodó en uno de los asientos y se relajó. En cada estación descendían los pocos pasajeros que quedaban en el convoy, y súbitamente se dio cuenta que solo permanecía ella. Las luces amarillentas y pálidas parpadeaban, y el único sonido era el duro traqueteo del tren. Miró en torno suyo y divisó que algo se movía al fondo del vagón. ¿Será uno de esos vagabundos que pernoctan en los trenes?, caviló. Se irguió para observar mejor, pero en ese instante el tren aceleró, perdió el equilibrio y cayó al pasillo. La maleta saltó lejos. Se incorporó y trató de recuperar sus pertenencias. En ese momento avizó al sujeto que avanzaba hacia ella. Urgida, recogió de prisa su valija y huyó hacia la portezuela que conectaba con el siguiente carro, mientras el individuo, a su vez, aceleraba el paso y se aproximaba. Agitada, trató de abrir la pesada puerta de hierro y los segundos se tornaron eternos. Finalmente logró introducirse en el otro vagón al momento que la máquina arribaba en una parada, abriendo de golpe las puertas.

Preso del pánico, se precipitó fuera y corrió hacia las escaleras. Subió lo más rápido que pudo los interminables peldaños, y al doblar en un recodo, sintió que le aferraban el brazo con fuerza. No podía gritar, la voz se le había desaparecido y la estación estaba desierta: nadie vendría en su ayuda. Frente a ella un hombre desaliñado la observaba. Solo se escuchaban unos goterones de agua sucia que caían desde el techo de la bóveda, lo demás era silencio. Un murmullo gutural e ininteligible salió de la boca del sujeto, el cual le extendió un porta documentos que ella reconoció como propio y que probablemente se le había caído cuando el tren aceleró. Entre el terror y el asombro, y antes de poder balbucear siquiera una palabra de gratitud o emitir un gesto de conmiseración, aquella persona ya había desaparecido por los oscuros laberintos del tren subterráneo.



Un amigo robot

Mauricio Juan Velásquez Briceño

65 años, Quilpué

Estaba en el living de mi casa, ya todos habían partido, algunos a sus trabajos, otros a la universidad. Bueno, es natural que a mis pocos recién 65 años cumplidos, aún no me sienta tan solo, pero la bulla y el estrés ya no son parte de mi día a día. En un instante de mi vida, en realidad un largo instante, fui bombero; un accidente que me pasó la cuenta me ayuda a tener una buena pensión, pero una movilidad reducida. El sillón, el Miki, un perrito, y tres gatitos me miran y me acompañan. Veo las noticias, un gran estruendo me asusta, algo pasó en mi barrio, me entero por el grupo de Whatsapp, que un poste se ha caído. Falleció el Internet, en algunos lugares del barrio tampoco hay energía eléctrica. No hay TV, no hay noticias. Me siento aislado, solo, y pienso qué puedo hacer. Prendo mi computador, escribiré, necesito internet para ilustrarme sobre un tema del cual deseo redactar algo, ayer vi a un abogado del cual me impactaron sus “habladurías”. Deseo corroborarlas, las percibo increíbles, es decir me cuesta creerlas, pero no tengo internet, no puedo escribir. Es que para mí, y para muchos, el internet se ha puesto más que de moda, se ha convertido en esencial para muchas actividades de muchos, sobre todos para quienes nos relacionamos con la cultura, la política, la sociedad y los famosos proyectos, que intento concretar desde hace muchos años. Pero necesitaría un libro entero para hablar de ello, ahora solo me quedan 260 palabras que debo aprovechar.

Llamo a mi operador telefónico, son sólo 3 números, espero, es rápido, no más de 5 minutos, y aparece la amiga de todos: “Si usted es cliente marque 1, si no lo es marque 2, si desea ser cliente marque 3, si un día fue cliente marque 4, si no es nada de lo anterior maque 5 o espere en línea”. Aún tengo paciencia.

Y continúa el comunicado público: “Si desea ver temas de Televisión marque 1, si desea resolver dudas de internet, marque 2, si es por telefonía fija, marque 3, si desea roaming en América, marque 4, si desea roaming en Europa, marque 5, si no desea nada respecto a lo mencionado, digite su rut y clave de accesos telefónico, si no tiene clave marque #123, si desea crear clave telefónica marque #456, si no desea nada al respecto, solo espere en línea”.

Ya han pasado 20 minutos y he escuchado 12 veces: “Nuestros asistentes se encuentra ocupados, pronto lo atenderán”. Cuelgo, me siento en mi sillón, le hago cariño al gato más chico, y me dan ganas de buscar un amigo, del tipo robot, para que me ayude a solucionar mi problema de conectividad, y me hable del nuevo mundo, del cómo todo aparentemente funciona, pero en lo concreto no lo hace. Seguiré esperando que arreglen el poste caído y esperaré confiado que pronto pueda escribir sobre ese famoso abogado.



Un día de aquellos

Ana María Aránguiz Valdés

69 años, Valparaíso

Había una vez, en uno de los muchos cerros de Valparaíso, un grupo de niños que eran como almas gemelas. Su edad fluctuaba entre los 6 y 8 años, todos varones. Era una época donde no había muchos vehículos por las calles, lo que permitía jugar todo el día sin mayor peligro. La pelota era el juego favorito y la calle el lugar de encuentro. Se podían escuchar las risas, los gritos y las travesuras, porque eso abundaba. Uno de aquellos días fue negro para todos. Salieron a jugar, como siempre, a la pelota. Era tal el entusiasmo que ni les importaba cuando esta se escapaba cerro abajo: todos corrían tras ella y luego seguían jugando. En eso tiraron al arco y la pelota pasó de largo impactando de lleno en una mampara de cristal que algunas casas más añosas o pudientes tenían, el caso fue que el tiro certero la hizo añicos. Los valientes jugadores salieron arrancando y llegaron haciéndose los lesos a sus casas. Las mamás, que los conocían, intuyeron de inmediato que algo pasaba. La señora de la mampara fue a conversar con los padres, y los niñitos, quienes estaban con la cabeza muy gacha, sabían la culpa que tenían y asumieron el castigo.

Pasado el castigo volvieron los gritos, las risas, pelotazos y carreras cerro abajo cuando se escapaba la pelota. Así transcurría el tiempo en aquellas calles, lejos de separarse eran más unidos y pronto lo de la mampara pasó y la siguiente travesura aconteció poco tiempo después.

Estaban jugando cuando pasó una Citroneta, camioneta de un vecino que trabajaba en una distribuidora de álbumes y láminas. Les llamó la atención el afiche que llevaba. Corrieron detrás de ella y, mientras el dueño almorzaba, se miraron y sacaron un álbum para cada uno. Se repartieron equitativamente las láminas y luego salieron corriendo a sus casas.

Por supuesto que el dueño de la mercadería fue a conversar con los papás, ellos no dimensionaban la travesura hecha. Los retoños asumieron y devolvieron todo. Lo que sí tenían muy desarrollado era el sentido de lealtad pues no se culparon nunca entre ellos.

Lo que vino después los chicos no lo esperaban, ya que los padres estaban aburriéndose de sus maldades y también se iban a coludir.

Uno de los papás era muy amigo del teniente a cargo de la comisaría del sector y se puso de acuerdo con todos para darles la lección de sus vidas. Los reunieron y el teniente les explicó que lo que habían hecho era un delito y que tenía que llevárselos detenidos. Vinieron las promesas de “nunca más papito o mamita”. Los subieron a la patrulla, el teniente les explicó muy bien que el dueño de la mercadería no los iba a acusar por lo que sus papás irían a buscarlos, haciéndolos prometer que nunca más en la vida iban a tomar aquello que no les pertenecía.

Nunca se supo quién era el cabecilla.

Un mártir llamado Ramoncito

María Alejandra Sáez Cordero

61 años, Valparaíso

El cuento narra la historia del 1er bombero mártir de la 9a Compañía de Bomberos de Valparaíso, fallecido en el año 1906. Ramón Cordero Carroza, el que sigue apareciendo en ciertas circunstancias para no ser olvidado. Ramoncito, un bombero que no permite el olvido.

Verano del 2013. En el contexto de festejar un aniversario más de la 9ª Compañía de Bomberos de Valparaíso, ubicada en Avenida Brasil, un grupo de voluntarios se encontraba en la cocina del 2do piso. Algunos lavaron la loza y otros postulantes las guardaron. Los demás se dispersaron al 1er piso para conversar e ir a otras dependencias de la Compañía. Encontrándose en esas rutinas, se escuchó un fuerte grito y una quebrazón de platos, corrieron al 2do piso a ver lo ocurrido, en el suelo se hallaba una joven voluntaria desmayada. La socorrieron llevándola a la guardia nocturna, la recostaron, levantaron sus piernas y revisaron los signos vitales. Le trajeron un vaso de agua y luego de unos minutos despertó. Le preguntaron si tenía alguna enfermedad y respondió que no, que su desmayo fue ocasionado por un gran susto... “Un hombre se me apareció vestido con una chaqueta oscura, con su cuerpo calcinado y sobre su cabeza un casco aplastado”. Otro voluntario corrió escaleras abajo, en búsqueda de un cuadro que se encontraba en la guardia nocturna, era del mártir Ramón Cordero Carroza, Sargento 1ro fallecido en el año 1906, y le preguntó: “¿Él se te apareció?”, volviéndose a desmayar. Luego de un momento reaccionó y dijo “Sí, era él”.

Años antes, este mismo hecho le ocurrió a otra voluntaria de la misma Compañía.

En la actualidad el cuadro de “Ramoncito” cuelga algo torcido en la pared de la guardia nocturna de hombres. Cada vez que alguien lo endereza, ocurre un incendio de grandes proporciones en Valparaíso. Después de varios eventos similares se acordó no enderezarlo más.



Viña envuelto en llamas

Margarita del Carmen Véliz Pérez

76 años, Viña del Mar

Mi hijo Fernando llamó la noche anterior, me dijo que me invitaba a ver a una amiga. Me levanté muy temprano. Él fue a dejar a su esposa Rosita a su trabajo en la Universidad y de ahí me pasó a buscar. Fuimos a ver a la señora Mónica, la cual yo estimo mucho y además a algunas alumnas que yo capacité años atrás. Una de ellas ahora es pastelera, vende muchas tortas por Facebook, así que yo estaba con muchas emociones encontradas, porque perdió su casa y local donde con tanto esfuerzo preparaba todo; ahora vive en una pieza de emergencia, que con suerte tiene cocina y puede seguir haciendo tortas.

Mónica prestó una parte de su terreno donde hay cocina y ahí se hacen almuerzos para 150 personas. Así que bueno, ayudé un poco. A la señora Mónica la conocí hace tantos años, cuando era presidenta de un club de adultos mayores, ahí ella pedía los cursos de fomento productivo de Viña y me mandaba a hacerles capacitaciones de cocina, de repostería, de chocolatería, de pastillaje, banquetería y otros.

Ella había logrado tener una casa de dos pisos, un negocio grande con caja, cocina y con mucha pena perdió todo en el incendio. Fue muy fuerte para mí; y todavía estar de pie, trabajando con su gente, repartiendo almuerzo a su gente. Yo la admiro por su entereza y fuerza. Ahí lo perdieron todo, sus cosas, sus recuerdos en el incendio mortal más grande que haya pasado en Chile, en Viña del Mar. 33 personas fallecidas y todo en un montón de cenizas.

Estuve con ellas hoy. A veces uno no se da cuenta de todo lo que tiene, verlas con tristeza en sus ojitos, con lágrimas y pena. Yo estoy escribiendo también con mucha pena, con lágrimas en mis ojos y mi corazón oprimido.

Mi hijo trabaja asesorando en los lugares destruidos y mi nuera Rosita los vincula con la universidad en la que trabaja, pues sus alumnos de trabajo social suben y ayudan a los damnificados. Estoy orgullosa de mi hijo y de su compañera por trabajar con ellos, por compartir y escucharlos, por entender y guiar sus penas. Fueron invitados de honor al almuerzo en el comedor de vecinos, había garbanzos y ricas papas rellenas que yo preparé para todos.

Volvimos del cerro. A Mónica le deseo lo mejor, que luego puedan montar sus casitas. Gracias por este día, una enseñanza de vida, los tendré en mi corazón.

Contenta Señor, contenta.



Diseño y diagramación:
Revisión y corrección de textos:

Valentina Olivares Licuime
Ignacio Segura Farías